

UNIV. OF ARIZONA

861.6308 S21i mn
/Indice de la poesia Peruana contemporan



3 9001 03988 3387

Reune en este volumen, Luis Alberto Sánchez, un índice bastante completo de los poetas peruanos, entre los años de 1900-1937. No obstante la forzada ausencia material en que el autor de la *Historia de la Literatura Americana* vive con respecto a su país, ha logrado culminar esta obra, a la que ha consagrado mucho tiempo.

Dentro del plan de los "Indices" de poesía que realiza "Ercilla", cada uno de estos volúmenes es, además de antológico, informativo. Se trata de ofrecer un panorama lo más completo posible de la evolución literaria de cada república del continente, insistiendo, precisamente, en la época menos conocida por moderna: la del siglo que vivimos.

El *Indice de la poesía peruana contemporánea* se abre con la figura de Manuel González-Prada, con quien también abre Federico de Onís su importante *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. Termina con los liridas más jóvenes de estos días. Sánchez precede la obra con un panorama crítico escrito con la mayor objetividad.

Estamos seguros de prestar un verdadero servicio a las letras americanas al proseguir esta colección y reunir, así, en páginas compendiosas lo más importante y significativo de la literatura poética de cada república.

ERCILLA.

Obras del autor en esta Editorial:

PUBLICADAS:

Panorama de la literatura actual.—8.0 millar.

Haya de la Torre o el político.—5.0 millar.

Vida y Pasión de la Cultura en América.—8.0 millar.

Breve tratado de literatura general y notas sobre la literatura nueva.
—8.0 millar.

Don Manuel.—5.0 millar.

La Perricholi.—5.0 millar.

Historia de la Literatura Americana.—4.0 millar.

Índice de la Poesía peruana contemporánea.—2.0 millar.

POR PUBLICAR:

Balance y liquidación del Novecientos.

Escuafandra, lupa y atalaya (ensayos).

América: novela sin novelistas (nueva edición).

Meditaciones sobre un mundo nuevo.

Colección Biblioteca América

**INDICE DE LA POESIA PERUANA
CONTEMPORANEA**

LUIS ALBERTO / SANCHEZ

861.6308

C-210

Indice de la Poesía
Peruana Contemporánea

(1900 - 1937)



**Ediciones Ercilla
Santiago de Chile
1938**



Es Propiedad
Registro N.º 5791

COPYRIGHT by
Ed. Ercilla, S. A., 1938

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

INDICE GENERAL:

PROLOGO

	Págs.
La poesía peruana en los últimos treinta y seis años...	21
1.—El nuevo siglo...	22
2.—Chocano y su tiempo...	24
3.—El formalismo arielista...	25
4.—Colónida...	29
5.—Emoción social...	31
6.—Transición...	34
7.—"Amauta" y el Surrealismo...	39
8.—Los últimos...	41
9.—Cuadro sinóptico...	44

I

Manuel González - Prada

Cosmopolitismo...	49
Al amor...	50
Triolet...	50
Rondel...	51
Coplas...	51
Triolet...	52
Cuartetos persas...	52
Ritmo soñado...	53
Mi muerte...	53
Caballos blancos...	54
El mitayo...	54
Trozos de vida...	55

II

José Santos Chocano

	Págs.
De viaje..	59
La canción del camino..	60
La epopeya del Pacífico..	62
Los conquistadores..	64
Blasón..	64
Visión de pesadilla..	65
El vuelo de la garza..	66
¿Quién sabe?..	67
El elogio de Brummel..	69
La vida naufraga..	70
El nocturno de la nueva despedida..	70
Serenamente..	73

III

Manuel Beingolea

Aricota..	77
Diálogo..	77

Enrique A. Carrillo

Viendo pasar las cosas..	79
El trópico triste..	80
El sillón vacío..	80

José Fianson

Hortus conclusus..	81
----------------------------	----

Domingo Martínez Luján

Mater natura..	83
Las hojas de la parra..	84

Amalia Puga de Lozada

Intima..	85
1896..	85

Leonidas N. Yerovi

	Págs.
Mandolinata..	87
Recóndita..	89
Viajeros de ida y vuelta..	90

IV

Luis Fernán Cisneros

Sol..	95
Paz..	96
Muñeca limeña..	96

Adán Espinosa y Saldaña

Versos a Iris..	101
La señorita de Lenclos..	101
Rejonero imperial..	103

José Gálvez

Sonatina..	105
Palabras líricas..	106
El caballo de paso..	107
Plenitud..	107
La marinera..	108
Las santas Rositas..	109
Los bueyes..	110

Ventura García Calderón

Nada más..	111
A quoi bon?..	111
Pegaso..	112
Prosa para Omar Kheyam..	113
Blasón..	113
La carta que no escribí..	114

José E. Lora y Lora

Piedad..	117
Rubén Dario..	117

	Págs.
Aguas de Leteo..	118
El mismo fuego..	119
"La ronde de nuit"	119
Red, su sonrisa..	120
Tras el estío..	120

Felipe Sassone

Canción de primavera..	121
--------------------------------	-----

V

Enrique Bustamante y Ballivián

Elogio..	125
Elogio..	126
El poste..	125
Oroya..	127
Quenas..	128
Los morochucos..	129

José María Eguren

El duque..	131
Peregrín, cazador de figuras..	132
Las bodas vienesas..	133
Syhna la blanca..	134
El dominó..	134
La niña de la lámpara azul..	135
Noche I..	135
La Pensativa..	137
El cuarto cerrado..	138

Percy Gibson

¡Oh dulce amanecer!..	139
¿Dónde está?..	139
28 de julio..	140
Alba litúrgica..	142
Invocación a Luisa..	142
El reino de los cielos..	143

Renato Morales de Rivera

	Págs.
Advierte...	145
La última noche que bajó al jardín...	146

Alberto J. Ureta

Canciones ingenuas...	149
Romerías de ensueños...	149
Gris de invierno...	150
La tristeza sonriente...	150
La tristeza humilde...	151
La tristeza mística...	152
Nos buscaremos en los ojos...	152
Elegías a la cabeza loca...	153

Abraham Valdelomar

Tristitia...	155
La danza de las horas...	156
Blanca la novia...	156
Abre el pozo...	157
El hermano ausente en la cena pascual...	157
Yo, pecador...	158

VI

Pablo Abril de Vivero

No alumbrará el distante...	161
El poema del viaje...	161

Alfredo González - Prada

La hora de la sangre...	163
-------------------------	-----

Alberto Hidalgo

Sensación de la tierra mojada...	171
Ayer...	172
Las rocas...	172
Ascensión...	173
Opera simplista...	174

	Págs.
Sepelio simplista..	175
Partida de nacimiento..	175
Biografía de la palabra revolución..	175
Epopeya trujillana..	176
Tumba de lo que nunca muere..	177
Ser de seis letras..	178
Existencia del tiempo-todavía..	179
Diario de mi sentimiento..	179
Guillermo Luna Cartland	
Niño de grandes ojos pensativos..	181
Juan Parra del Riego	
Nocturno N.º 6..	183
Besos..	184
El capitán Slukin..	184
Polirítmico dinámico de Gradin..	186
Polirítmico dinámico de la motocicleta..	187
Serenata de Suray Surita..	189
Ricardo Peña Barrenechea	
Discurso de los amantes..	191
Gracia y diseño de las horas..	192
César Atahualpa Rodríguez	
Sabiduría..	193
Psicología felina..	193
Tarde antigua..	194
Atahualpa..	195
Alcides Spelucin	
Plegaria..	197
La elegía de la "Musardina"	198
La barca rosa..	198
El psalmo de los puertos..	199
La jabalina de oro..	200
Canto..	201
César Vallejo	
Aldeana..	203

	Págs.
Los dados eternos..	204
Los heraldos negros..	205
La de a mil..	205
Idilio muerto..	206
Ausente..	206
El poeta a su amada..	207
Los pasos lejanos..	207
XV..	208
XXXIV..	209
LXV..	209
Me estoy riendo..	210
Actitud de excelencia..	211

VII

Emilio Armaza

Kolli..	215
La kantuta..	216

Armando Bazán

Hetaira..	219
Insomnio..	220

Mario Chabes

Nevada..	221
La montaña..	221

Nazario Chaves Aliaga

Parábolas del Ande..	223
------------------------------	-----

José Chioino

La curva del camino..	225
Es en vano..	226

Gamaliel Churata

Kuluyos..	227
-------------------	-----

Nicanor de la Fuente

Los poemas rurales..	229
¡Te acuerdas?..	230

Serafín del Mar

	Págs.
Anunciando la buena nueva..	231
¡Ay de los pueblos sin agitación!..	232
27 de julio..	233
No estamos solos..	235

Alberto Guillén

Las Atlántidas..	237
La flecha del Parto..	238
El hombre del alba..	238
Hai-Kais..	241
El santero don Julián..	242

Juan José Lora

La canción del hospital..	245
Cabaretrín..	246
Fábrica..	247
Eucaliptos..	248
¡Primaveral ¡Verano!..	249

Guillermo Mercado

Jarana..	251
La procesión..	252
Cholita..	253

Ernesto More

El traumerel..	255
------------------------	-----

Carlos Oquendo de Amat

Mar..	257
Poema..	258
Madre..	258

Alejandro Peralta

La pastora florida..	259
Karabotas..	260
De pie..	261
Cántico..	261

Ramiro Pérez Reinoso

	Págs.
Un cielo dulce..	263
Tropel de la vispera..	264

Américo Pérez Treviño

Rumuru..	265
San Lorenzo..	266

Julián Petrovic

Mañana..	269
------------------	-----

Magda Portal

Cartón morado..	271
13..	272
Vidrios de amor..	272
1932-1933..	273
Han muerto ya..	274

Daniel Ruzo

Mediodía..	277
Ilusión..	278

José Torres de Vidaurre

El fandango de Cocharcas..	279
------------------------------------	-----

María Wiesse

Música de la noche..	283
------------------------------	-----

VIII

Xavier Abril

Amanecer..	287
Poema de Siberia..	287
Canto de la ciudad y del hombre moderno..	288

Eustakio R. Aweranka

Canto a Mariátegui..	289
Poesía.—2	

Rafael de la Fuente

	Págs.
Navidad..	291
Litoral..	292
Esquizofrenia..	292
Lección de la rosa verdadera..	293

Blanca del Prado

Caima..	295
Tingo..	296

César Miró

Perfil del marinero en la ciudad..	297
--	-----

José Jiménez Borja

Canción de los velámenes..	299
------------------------------------	-----

María Teresa Llona

El remanso..	301
----------------------	-----

Enrique Peña Barrenechea

De "El aroma en la sombra"	303
La noche larga..	303
Cuchuru y las palomas..	304
De "Cinema de los sentidos puros"	305
Poetas muertos..	306

Catalina Recavarren Ulloa

Mis manos..	307
---------------------	-----

Luis de Rodrigo

Poema del Titikaka..	309
------------------------------	-----

Rosa María Rojas Guerrero

Meditación..	311
----------------------	-----

José Varallanos

Págs.

Nocturno en la noche sin límites..	313
Romance de fuga..	314

Anaximandro Vega

El marinero ausente..	315
-------------------------------	-----

Juan Luis Velázquez

Cuánto me duele la vida..	317
Piura..	317

Emilio Adolfo Von Westphalen

Teoremas..	319
Poema sin paraguas..	320

IX

Ciro Alegria

El poema inacabable..	323
El caballo fraterno..	324

José Alvarado Sánchez

El Tiempo..	325
---------------------	-----

Carlos Cueto Fernandini

Poemas..	331
------------------	-----

Emilio Champion

La niña del jardín..	333
10..	334
Lluvia..	334

Arnaldo del Valle

Por la escalinata..	335
-----------------------------	-----

José A. Hernández

	Págs.
1.	337
El otoño de las palabras cortas.	338

Juan M. Merino Vigil

La posada.	341
--------------------	-----

Manuel Moreno Jiménez

Los primeros pasos.	343
Crepúsculos.	343

Luis Valle Goicochea

Ofrenda.	345
Canciones de Rinono y Papagil.	346
El sábado y la casa.	347

Emilio Vásquez

Imilla.	349
Yaravi Titikaka.	350

Mario J. Villa

Tácita voz.	351
Welcome.	351

Luis Fabio Xammar

Tres poemas de serranía.	353
----------------------------------	-----

<i>Indice onomástico</i>	355
------------------------------------	-----

<i>Erratas advertidas</i>	361
-------------------------------------	-----

PROLOGO

LA POESIA PERUANA EN LOS ULTIMOS TREINTA Y SEIS AÑOS

LA GUERRA de 1879 alteró no solamente la organización política y económica del Perú, sino también su estructura social, imprimiendo un brusco sesgo a su expresión literaria. Pedagógicamente, el Perú transformó a sus maestros en propagandistas de la "revancha"; literariamente, a sus poetas en auditores de la masa; económicamente, afianzó la marcha hacia la plutocracia reclutada entre negociantes fiscales, intermediarios protegidos por el gobierno y audaces terratenientes; políticamente, hizo crisis el militarismo, a quien se responsabilizó de la derrota, y quedaron gravemente lesionados el conservatismo y el clero; socialmente, insurgió el indio: en resumen, comenzó la ascensión de un "tiers-état" con su cabal expresión económica, política, social y cultural. Violentamente apartada de sus sueños orientales, la poesía abandonó a las húries y se dedicó a rondar a los héroes. La dimensión esproncediana y zorrillesca se ve suplantada por la carlyiana. Del lamento se pasa a la proclama. La exasperación de los unos y la desesperación de los otros, rompen la dulcedumbre del quietismo satisfecho de los predecesores. No se liquidó el romanticismo, sino que se le tiñó de realismo. A España la reemplaza Francia, también ululante y frenética tras el clarín de Deroulède y los truenos de Gambetta. Cayó en desuso la Academia, acometida por los feroces calamorrazos de don Manuel González-Prada. Y la generación de postguerra presenta acusados caracteres procéricos en Leguía y Martínez, Mantilla, Teobaldo Elías Corpancho y otros, preparando así la ruta para quienes, con Chocano, seguirían las huellas de Rubén Darío, aunque buscando la resonancia

multitudinaria. Es así como, en 1896, "La Neblina", semanario literario limeño, publicaba insistente un "Decálogo" de Chocano, en el que recomendaba el hermetismo de la torre de marfil — rezago intelectualista y orgullo decadente —, a la vez que el diálogo con las multitudes — eco de la experiencia de la guerra, de la lección de González-Prada y sintonizamiento con el socialismo, entonces apremiante en Europa.

1.— EL NUEVO SIGLO

EL NUEVO SIGLO encontró a la literatura peruana titubeando entre encontradas tendencias. Ya predominaba el gesto aristárquico del poeta que usaba singular atuendo para diferenciarse y parecer único; ya volvía el ritornelo del Sermón de la Montaña, tema de muchos cantos. En 1895, al par que se insinuaba la influencia de Casal, Gutiérrez Nájera, Silva, Díaz Mirón y Dario, y que Verlaine, Baudelaire, Rimbaud, a la vez que "Clarín" y Núñez de Arce, surgían como islas recién descubiertas, ocurrió un movimiento de masas en el Perú. La llamada coalición "civil-demócrata", encabezada por don Nicolás de Piérola, derribó al militarismo que trataba de narcotizar su fracaso en la guerra con gestos de matón cívico. La ciudadanía en armas se lanzó contra el aparato militarista, destruyéndolo. Chocano sufrió prisión por ser adversario del general Cáceres. Casi todos sus compañeros de arte figuraron en su bando. Poco más tarde, en 1898, González-Prada, que había residido en Europa desde 1891, regresó trayendo una visión nueva de la política y un sentido también nuevo de la poesía.

Más capaz de abrazar la curva entera del paisaje, Prada denunció el error de los que creían instaurada una era democrática con Piérola, a quien utilizaban los oligarcas del civismo. Observador atento de la realidad, importó nuevos metros, nuevas estrofas, y una prosa cálida, menos sonora que antaño, pero mucho más certera. Poco después, Chocano, tambor mayor de la generación modernista del Perú, se acogía a un cargo diplomático y zarpaba hacia Colombia, primero, y hacia España, después. Había comenzado el nuevo siglo. Precisamente entonces lanzaba José Enrique Rodó el sermón laico de su "Arte"; Rubén Darío alcanzaba el pináculo de su fama, y la presencia de Estados Unidos en América Latina se manifestaba con la emancipación de Cuba a trueque de la Enmienda Platt (1902), la emancipación de Panamá, a trueque

de la Zona del Canal (1903), y el florecimiento de la minería peruana, traspasada a manos yanquis en virtud de la inercia y la imprevisión de los empresarios nativos.

“*Minúsculas*” de González-Prada aparece en 1901. Edición confidencial, compuesta amorosamente por las propias manos de la esposa y del hijo del poeta. En “*Minúsculas*” encontraron los vates del Perú novecentista una colección de camafeos, insinuación a nuevos ritmos, estrofas desconocidas: “*triolets*”, “*rispettos*”, “*pániumes*”, “*villanelas*”, “*rondeles*”.

La devoción por la palabra y el ritmo florecían en aquel magnífico joyel. Todavía supervivía la fama de los románticos, y se acababa de coronar a Luis Benjamín Cisneros, ciego y valetudinario. Cisneros moría poco después; José Arnaldo Márquez, poeta bohemio, eximio traductor de Shakespeare e inventor de la linotipia, se extinguió en 1904. Quedaban pocos supérstites del romanticismo. Don Germán Leguía Martínez, Víctor Mantilla y Teobaldo Elías Corpacho publicaban composiciones alusivas a sucesos patrióticos o a leyendas de la tierra. Se abría el campo a una generación enamorada de la palabra modernista, de la realidad populista y del gesto conductor de González-Prada, tan parco, sin embargo, en ademanes y palabras.

Chocano, símbolo de aquel grupo, publicó su primera colección de “*Poesías Completas*”, con un prólogo de González-Prada. Domingo Martínez Luján, colector de camafeos, de una facilidad rimadora extraordinaria, combinó su vida funambulesca con poemas señoriales. Manuel Beingolea componía escasas estrofas de sabor terrígena. Enrique López Albújar se dedicaba a madrigalizar en versos de recargado verbalismo. Realmente, de aquel grupo sólo quedaban, poéticamente, Chocano y Martínez Luján. Como a éste lo absorbieran la miseria y el alcohol, sólo quedaron flameando el penacho de José Santos Chocano y la influencia pertinaz de González-Prada, de quien arrancaría el simbolismo y a quien deberían enseñanzas inolvidables los poetas “colónidas” de 1915, atentos lectores de “*Exóticas*”.

Sobrevivientes por su entusiasmo indeclinable y por sus aciertos súbitos, José Fiansón —ultramodernista, cantor de “*Fæderis Arca*”— y Federico Barreto, el cantor de “*Algo Mío*”, mantuvieron su discreta pero pertinaz beligerancia. Y también Luis Esteves Chacaltana, bohemio reiterado y triste, muerto prematuramente, allá por 1911 ó 1912, si no yerra mi memoria.

2. — CHOCANO Y SU TIEMPO

CHOCANO Y SU TIEMPO coincidieron en forma extraordinaria. Quienes han visto en Chocano, como lo hace Díez-Canedo, una hipertrrofia de la locuacidad española, olvidan que su tiempo fué de hipertrrofia hispanizante. Con el advenimiento del capital imperialista, florecieron algunas industrias y hubo cierta bonanza, que se tradujo en quietud ideológica, contentamiento sentimental y euforia verbalista. Ocurrió lo mismo con la euforia de Lugones en Argentina, con la marginalización satisfecha de Guillermo Valencia en Colombia, con el desmelenamiento del hirsuto Díaz Mirón, no obstante las típicas condiciones de México. Tenía que ser hispanizante la poesía de Chocano, como lo fueran la de Dario, la de Nervo y la de González Martínez. Los maestros del decadentismo francés pasaron por alquitaras peninsulares, y los grandes maestros del modernismo, si bien anduvieron largos años en Francia, siempre hicieron prolongadas estaciones en Madrid: Chocano, Dario, Nervo, Gómez Carrillo, Rojas, Bobadilla, los demás.

De Chocano — que publica en 1906 su obra más característica, “Alma América”, y la más selecta, “Fiat Lux” —, nacen mil cachorrillos, no sólo en el Perú, sino en toda América. Hacia 1910 estaba consagrada ya la celebridad de Chocano. Algunos críticos tropicalizados discutían si Dario era “el lírico” y Chocano “el épico”, y se había abierto un concurso informal, pero evidente, acerca de quién ostentaba con derecho el mote de “Poeta de América”.

Fué entonces cuando surgió la generación procreada mentalmente por el modernismo: la de 1910. Como un heresiarca, en medio de ella, aparece José María Eguren, el primer simbolista peruano, puesto que Nicanor della Roca de Vergallo, aparte de haber escrito en francés, fué un teórico del simbolismo antes que un practicante fiel de esa escuela. Chocano tuvo mayor influencia en el grupo de 1910 que Prada; y, con Chocano, Juan Ramón Jiménez, Francisco Villaespesa, Paul Verlaine y Leconte de Lisle. Como un signo de transición aparece Leonidas N. Yerovi.

Leonidas N. Yerovi está situado entre la generación de Chocano y la de Gálvez. Participó del sentido criollo de Luis Aurelio Loayza — autor de “Pilitafas” — y Federico Blume, limeños devotos de rimas picarescas

y descriptivas, y del culto por el sonido y la plasticidad, típicos del modernismo. Sólo después de muerto, se colecciónaron parte de sus "Poesías líricas" (1921). Yerovi representa una encarnación del género criollo. Con mayor cultura habría sido un verdadero humorista. Con más angustia, su tono tierno y llano — de un Coppée de barrio limeño o un Francis Jammes travieso y tropical — pudo ser el de un gran lírico de su tiempo. Oscila entre el modernismo de primera fuente, el criollismo de "El Tunante" y Palma, y la borrachera verbal del grupo de Gálvez y Cisneros. Acabó ebrio de sonoridad. Bohemio y antidoctoral, eso le salvó de militar entre los "arielistas", a los que sólo se encontraba atado por la camaradería y la coincidencia en el espacio. Le mataron, víctima de su bohemia, la víspera del Carnaval de 1917.

3. — EL FORMALISMO ARIELISTA

LA TONICA POETICA DE 1910 fué eminentemente formalista. La serenidad de Rodó y el culto a la decoración de Dario y sus cofrades, desembocan en la exaltación de la pompa retórica. El poeta representativo de aquel grupo fué José Gálvez Barrenechea, ganador de los juegos florales de 1909. Gálvez barajaba un lirismo a lo Jiménez con un epicismo a lo Chocano. "Reino Interior" y "Canto a España" — las dos composiciones premiadas en los juegos florales de 1909 — ponen en evidencia sus características estéticas. Sus dos libros — "Bajo la Luna" y "Jardín Cerrado" (1910, 1912) — acusan podaderas inactivas y exceso verbal. Luego de esa primera etapa, en la que un Versalles suspirado y una España añorada imprimieron su sello hegemónico, volvió los ojos a la tierra, y comenzó a escribir la hasta ahora incompleta "Paz Aldeana", de la cual quedan como cromos duraderos "El Caballo de paso" y "La marinera". En 1915 se lanzó a teorizar acerca de la "Posibilidad de una literatura genuinamente nacional"; y en 1921 reunió en volumen las evocaciones de "Una Lima que se va", reforzadas por la "Pequeña historia" (1928) y "Estampas limeñas" (1935). Gálvez no dejó olvidado al poeta de sus dos primeros libros. Ahondó su propio sentir y sufrió el zarpazo de la incomprensión. En la juventud de Gálvez — emblema de una generación, no hay que ovidarlo —, se realizó lo que Ventura García Calderón dijera de Rubén Dario ("Pages Choisies",

París, 1920): hacia 1896 y 1900 una forma del americanismo fué la sed de París. La madurez de Gálvez cumple lo que Rilke dijera del lirismo auténtico: amalgamó largas experiencias y profundos desengaños.

Otros poetas comparten, con Gálvez, la representación del grupo universitario de 1910 —, en el cual suele olvidarse a valores evidentes como los científicos Tello y Valdizán —: ellos son los Luis Fernán Cisneros, Felipe Sassone, José E. Lora y Lora, Renato Morales de Rivera, Ventura García Calderón, Enrique A. Carrillo, Adán Espinosa y Saldaña, Alejandro Herrera, autor de "Nenúfares", muerto en plena juventud, y Luis Navarro Neyra, autor de "Ritmos", también muerto joven.

José E. Lora y Lora, chiclayano, autor de "Anunciación", fué un estudiante seducido por París. Ahí le trituró el "Metro", cuando el poeta apenas balbuceaba sus ritmos. En Lora se mezcla el romanticismo sencillo de la provincia, con una ironía que la lectura tornó en amargo pesimismo. Stecchetti, Olavo Bilac, Chocano, Dario y Almafuerte conforman la mentalidad de este poeta, indeciso hasta cuando le sobrevino la hora prematura de la ausencia sin regreso.

Luis Fernán Cisneros pertenece a una familia de poetas. Antidocoral, no pudo librarse del grupo universitario, porque a él lo vinculaban lazos de familia, gustos superficiales y coincidencias en la producción. Travieso y burlón como Yerovi, persecutor de ritornelos —véanse el "Canto a Francia", "Oda a Jorge Chávez", "Muñeca Limeña", etc.—, hubiera sido intenso su lirismo, que brotaba auténtico, si no lo amortiguaran compromisos sociales y burocráticos, y un dudoso buen gusto literario. El periodismo, como a Yerovi, lo empujó por la llaneza y le hizo perder alquilaramiento. Le ganó el madrigal galante, sin ser nunca patético. Sintió la inquietud del amor, pero arrulló sus gemidos con constantes estribillos líricos. Su pasión es Lima; su culto la mujer; su lirismo linda con la galantería. En el verso es así, y así aparece en su único libro "Todo, todo es amor" (Buenos Aires, 1923). Puso en el periodismo lo más intenso y travieso de su espíritu: la proclama y la sátira. "Ecos" es un rubro de artículos que perduran, por su ironía sin maldad y con levedad. Por desgracia sus últimos años no riman cívicamente con sus altiveces de siempre.

Felipe Sassone, autor teatral y de novelas pasionales, al estilo de D'Annunzio y Valle Inclán, quiso ser el Bra-

domín de las “niñas Choles” que deambulaban por Lima, pero cantando en italiano. Vive bohemiamente, es decir, anclando en encontradas playas. Su verso es así. En “La Canción del Bohemio” se evidencia su pasión por la rima, su erotismo exhibicionista y un yoísmo rebozado en amor para dosificar el donjuanismo literario del trashumante escritor limeño.

Renato Morales de Rivera sintió muy adentro su poesía. De sus tierras de Arequipa extrajo mil motivos poéticos y cultivó su predio íntimo con sinceridad y honradez. Navarro Neyra, de Huancayo, coincide con Morales de Rivera en la pureza de su inspiración. Ventura García Calderón — quien, según afirman algunos, se presentó como poeta, bajo el seudónimo de Jaime Landa, en el “Parnaso Peruano” que él mismo coleccionara — publicó “Cantilena”, libro en que la poesía está en la prosa, lindamente repujada y sugeridora, antes que en el verso, a menudo cerebral y forzado, aunque con hallazgos metafóricos que sólo una lectura atenta y una sensibilidad aguda podían producir. Gran calidad de artista, a veces la inteligencia frena en demasía el sentimiento y encauza con rigidez excesiva la sensibilidad.

Enrique A. Carrillo (Cabotin) fué un poeta de minoría, pero de minoría - de - 1910. Traduce a Machado de Assis y a Maeterlinck, y revela su delicadeza diplomática, en verso y vida, sin mayores desgarramientos, forjando poesías agradables, demasiado académicas para traducir el soplo poderoso de la vida. Adán Espinosa y Saldaña (Juan del Carpio) publicó en 1911 un desigual libro de romances y cuartetas, titulado “Versos a Iris”, crónica, a ratos pueril y a menudo delicada y tierna, “de un amor que se fué”. Más tarde, Espinosa tradujo en forma magnífica a Verhaeren, y escribió señoriales poemas evocadores, titulados “Tapiques Viejos”. La burocracia ha silenciado a una musa que prometía más que muchos de su grupo. Espinosa conoció y sintió a Juan Ramón Jiménez como pocos. De estirpe de artistas, permanece en silencio, ahogado por los discursos molestos de un Parlamento tartajeante, sumido en la tarea tremenda de volver elocuentes a los mudos.

SECUELA DE 1910 fué un grupo reducido de poetas, casi todos provincianos, a quienes la jerarquía social del grupo representativo mantuvo alejados de la publicidad durante mucho tiempo. No eran los poetas de 1910 los excluyentes. Fueron “doctores” los miembros

principales de esa oligarquía mental. Y ese grupo postergó en las lides de la inteligencia a quienes, en aquel mismo tiempo, manifestaban alguna inquietud dispar.

El grupo de tránsito fué, en gran parte, el que se arremolinó en un libro plural: "Las Voces Múltiples" (Lima, 1916). Se unen ahí gentes de diversas tendencias. Poetas auténticos y transeúntes del verso. Se juntaron en aquella veleidad rimadora Pablo Abril de Vivero, Abraham Valdelomar, Federico More, Alfredo González-Prada, Antonio Garland, Hernán Bellido, Félix del Valle y Alberto Ulloa, a los que habría que agregar, por ser coetáneos, a Julio A. Hernández, Alberto J. Ureta, Enrique Bustamante y Percy Gibson. Algunos de éstos se embarcaron en la aventura de "Colónida", bajo el patronazgo honorario de Manuel González-Prada, la jefatura activa de Valdelomar y la simpatía de José María Eguren.

Alberto J. Ureta (de Ica) ha producido cuatro libros y una colección de "Poésias", síntesis de sus dos primeras obras: "Rumor de almas" (1911), "El dolor pensativo" (1917) "Las Tiendas del desierto" (1934). Ureta es un poeta monocorde, lento, de tristeza resignada, mortecino pero intenso, de acento a la sordina. Ha cultivado los triolets de Prada, la estrofa de rima imperfecta, mezcla de heptasílabos y endecasílabos, a lo Bécquer, imágenes a lo Francis Jammes, una tónica becqueriana con sentimiento mestizo. En él se destaca un pesimismo que no llega a la desesperación, ignora la exasperación y se satisface con la melancolía. Dentro de esta modalidad, es un gran poeta. Su acento no tiene par en el Perú. En prosa ha publicado "Carlos Augusto Salaverry" (1918). Tiene en prensa, en París, "Elegías de la Cabeza Loca".

Julio Alfonso Hernández fué un meteoro en las letras. Lució una tónica semejante a la de Ureta. Había heredado un nombre literario, pero lo absorbió el ansia de vivir. Y murió para el verso.

Percy Gibson y Enrique Bustamante y Ballivián mantuvieron una mayor aproximación con los "colónidas"; militaron entre ellos y prolongaron su influencia y su acción poética hasta hace poco. Más adelante tienen el lugar correspondiente.

4. — COLONIDA

LA ANECDOTA puede referir que en el empeño revisor que fué "Colónida" coincidieron varios escritores. "Colónida" estuvo precedida por un conato trunco, el de la revista "Cultura" (1915), de la que se separó Valdelomar, dejándola a cargo de Enrique Bustamante y Ballivián. Gibson acentuó en "Cultura" su beligerancia, remedando el olvido a que lo querían condenar los "arielistas", por el temible delito de haber sido pretexto para la sustitución de D. Ricardo Palma por D. Manuel González-Prada en la dirección de la Biblioteca Nacional.

"Colónida" (1916) vivió tanto como "Cultura" — tres números ésta, cuatro aquélla —, pero dejó rastros. "Cultura" conservaba una forma excesivamente clásica, si cabe llamar así a la secuencia de los modernistas. "Colónida" insurgió rotundamente, acercándose a la provincia y desdeñando a los doctores arielistas.

Enrique Bustamante y Ballivián debió, luego, rectificar sus compañías. Antes de partir al Norte, en romería artística, con el músico Alomía Robles, había publicado "Elogios" (1911), colección de sonetos insólitos en el Perú y en América, raros joyeles de extrañas sensaciones, en los que Lorrain y Huysmans jugueteaban con sus amargos juegos. Siguió a este libro desconcertante, "La Evocadora" (1912), farsa poemática, evocación de "Las Virgenes de las Rocas" dannunzianas. Y, luego, simplificada su manera, publicó sus meditativas "Arias del silencio", en donde la sordina de Rodenbach, Maeterlinck y Verlaine ejerce su absoluto señorío. No era posible que un poeta así regresara a la sonoridad modernista. Por eso en "Poemas autóctonos" (1920), en "Antipoemas" (1926), en "Odas vulgares" y en "Junin" (1930), se acercó cada vez más a la simplicidad de expresión, al esquematismo de imágenes y a los temas de la propia tierra.

Abraham Valdelomar fué el Adelantado o Piloto Mayor de aquella cruzada. Había nacido en Ica; conoció las vicisitudes del estudiante provinciano y supo sobrellevarlas y vencerlas. Temperamento exquisito, se burló de los doctores, desde su humilde posición. Los aprovechó cuanto fué necesario, y los despreció siempre. Ganó popularidad, fama y odiosidades a fuerza de coraje. Combinó

verso, prosa y vida. Hizo pose e inauguró el wildeanismo. De su viaje a Italia volvió con la postura dannunziana. Ahincó en la Historia del Perú, para extraer de ella tesoros de imágenes y sensaciones. Creó el cuento criollo; se anticipó a la greguería en sus "Diálogos Máxicos" y sus "Fuegos Fatuos"; publicó bellos versos eglógicos e intentó novelas históricas. Viajó por todo el Perú, dictando conferencias de arte. En "Los Hijos del Sol" dejó maravillosas observaciones acerca de las leyendas incaicas. En "El Caballero Carmelito" dió vida al cuento de la costa. En "Belmonte el trágico" disparó su aljaba de sensaciones artísticas; en "La Mariscala" inició su camino hacia lo peruano. Poeta contradictorio, de profundo lirismo; novelista dannunziano en "La ciudad muerta" y "La ciudad de los tísicos", su personalidad gana por la pujanza que infundió en todos sus actos, y por la pulcritud y fidelidad estéticas con que tejió su vida entera.

Percy Gibson, de Arequipa, no tiene, en verso, sino un libro, un folleto: "Jornada heroica" (1916), en el que la epopeya pasa al ras de los hechos cotidianos. Pero, sus versos son muy apreciados. No hay quien ignore en el Perú los sonetos a Melgar, aquel "místico Yanahuara con huertos de Judea", ni los versos marciales de "El Gallo", ni el simbolismo de "Los gatos blancos", ni el suave "Oh dulce amanecer", ni la última etapa de Gibson, con sus estampas arequipeñas, colecciónadas casi todas ellas en un número de "Mundi a" (1928). Poeta irónico, desde su "Evangelio democrático" ("Colónida", 1916) se dibujaba su fisonomía burlona, pero con burla serrana; cazurrería y no travesura a lo Yerovi. Considerable poeta, este Percy Gibson a quien la vida ha zarandeado tan violentamente.

Todos los colonizadores y sus allegados o simpatizantes reconocieron, repito, la presidencia honorífica y el mentorado de González-Prada, y la originalidad de José María Eguren, a quien Prada lanzó a la publicidad. Valdelomar y Enrique Carrillo confirmaron la indiscutible ejecutoria del Maestro.

José María Eguren — limeño — se presentó con un libro de poemas desconcertantes: "Símblicas" (1911). Clemente Palma, que ejercía el oficialato de la crítica literaria en "La Ilustración Peruana", calificó el libro de disparatado, pero, al poeta, de auténtico lírida. En torno de Eguren, cuya simplicidad asombraba, se arremolinó la polémica. Pedro Zulen, fino catador de arte, y Enrique Bustamante, le defendieron de los emba-

tes de la crítica oficial. En 1916 apareció "La Canción de las figuras", libro más depurado y más hondo. Sólo en 1929 se editarían las "Poesías" completas de Eguren, quien, a la sazón, componía artículos sobre estética, y hacía fotografías mínimas, con una maquinita inventada por él, dibujos emblemáticos y "lieds" inconfundibles. La generación de 1920 acató y siguió a Eguren. Lo siguen muchos de hoy también. Y es que Eguren representa algo totalmente nuevo en la lírica americana. Es el primer poeta que nunca tuvo nada que hacer con los episodios de la vida externa, con los personajes de la historia pasada o actual, con la vida misma en su alud, sino que, al revés, acendró su sensibilidad, buscó en los cuentos de Perrault imágenes de hombres, persiguió ritmos y figuras — "Peregrin, cazador de figuras" — y creó una técnica propia, hecha de juego y de esoterismo, de color y de sugerencia, de símbolo y de no-nada. De Eguren arranca la nueva poesía peruana, a la cual la vida dotó del calor humano, ausente en el celeste divagar de José María.

¿Cuántos más se juntaron a aquel grupo? Acudieron de todas partes. De Arequipa, con Alberto Hidalgo y César Atahualpa Rodríguez; de Trujillo, con Antenor Orrego, César Vallejo, Alcides Spelucin y Haya de la Torre; de Lima, con José Carlos Mariátegui, César Falcón, Eduardo Zapata López, José Carlos Chirif y Pablo Abril de Vivero; de Puno, con Alejandro Peralta; de Cajamarca, con Nazario Chávez Aliaga. Esta vez el verbo no anduvo en riña con la gesta. Valdelomar tampoco permanecía atado a la campaña escrita. Se volcaba a la acción. Acción estética y política. Había aprendido de D'Annunzio el valor del verbo andante. Sin sentido doctrinario ni una ideología siquiera incipiente, Valdelomar sacudió fuertemente el espíritu de la provincia y enseñó el valor del dinamismo como primer paso para una auténtica tarea nacional, y, a través de ella, universal.

5. — EMOCION SOCIAL

EN 1920 NACE UNA nueva sensibilidad. Justamente en noviembre de 1919 había muerto de modo trágico Abraham Valdelomar. Dejaba su tarea en marcha. La agitación estético-política que él prendiera, coincidía con la paz de Versalles y los umbrales de la transguerra. Sólo ahora se media el significado de la Revolución Rusa. El alza del algodón y, en general, de las materias primas peruanas dió lugar a la especulación de los capitalista

y al encarecimiento de las subsistencias y la vivienda, mientras los salarios apenas experimentaban insignificantes modificaciones. La poesía de los nuevos tenía que estar, y así estuvo, teñida de emoción social. Al par de ellos, y alejado por la distancia, absorbido por otra realidad —en la que, sin embargo, era un extranjero—, un poeta peruano se lanzaba al canto del tiempo nuevo a través del deporte, de la vida acezante y el amor. Walt Whitman tenía corazón, y corazón criollo, en Juan Parra del Riego, vencedor juvenil en un Concurso poético de Barranco el año de 1912. Arraigado al Uruguay, ahí publicó sus libros y ahí echó los cimientos de su fama. Sus “Humo del cielo y de los ferrocarriles”, sus “Poirritmos”, su postrimer “Blanca Luz” (1925), en víspera de su muerte, lo colocan en un alto sitial entre los poetas del Perú y de América.

Alberto Hidalgo, arequipeño, comenzó su carrera literaria con una “A reng a l í r i c a al Kaiser” (1916) y audaces gestos de egolatría. Llegado a Lima, trató de conquistar la ciudad con actitudes y versos sonoros. Se escuchaba aún a Chocano en él, pero un Chocano juvenil, insolente, ávido de nuevas sensaciones. “P a n o p l i a L í r i c a” (1917) presentaba al original cantor de veinte años. En seguida, ensayó en la prosa el mismo módulo jactancioso, y rumbó al ataque panfletario, produciendo páginas vitriolescas en las que supo mantener la ecuación de las imágenes. Empleó para su objeto las palabras más duras. Y las imágenes más altas. En Buenos Aires, en donde reside, tras cortos intervalos, dirigió la Revista Oral y ha publicado sus mejores libros. Uno de ellos, el penúltimo, erigido a la memoria de Elvira, su compañera, que murió, es uno de los testimonios más altos de la lírica americana. Midiendo la distancia entre él —“A c t i t u d d e l o s a ñ o s” — y “L a A m a d a i n m ó v i l” de Nervo, se comprende la enorme distancia que hay entre la poesía de 1912 y la de 1933. Hidalgo es uno de los pocos grandes poetas americanos de hoy.

César Atahualpa Rodríguez, también arequipeño, fué una inmensa promesa asordinada hoy por la burocracia. Empezó escribiendo sonetos alabados por su fuerza y su sonoridad, en los que rendía pleitesía a Baudelaire. Su único libro, “L a t o r r e d e l a s p a r a d o j a s” (¿1926?) (Buenos Aires) reune los datos para integrar un poeta trunco. De la misma generación de Vallejo, hay otros poetas arequipeños como Belisario Calle, de meritaria pero efímera labor. Poetas de juventud, como tantos...

La generación de Puno y Cusco nos deja nombres bien logrados. Cusco, que nunca ha tenido poetas, lanzó a un poeta de la historia, Luis E. Valcárcel, y a un poeta de la sociología, Uriel García. El primero compuso alguna vez poemas rimados. No así el segundo. Pero, en Puno aparecieron dos vigorosísimos poetas: Alejandro Peralta y Emilio Armaza.

Peralta es el más nuevo poeta de lo indígena. En 1926, desconcertó con sus figuras; en 1934, con su persistencia indigenista. Encontró la manera de conciliar el esquematismo y el imaginismo de la nueva poesía con la armazón pétrea de los Incas. A medida que pasen los años se aquilará más esa India Antonia de "Ande" y esos monolitos de "El kollao". Alguna vez su fantasía se decora con elementos inoportunos, como ciertas "gaviotas bataclanas" que alelean en uno de sus poemas; pero, siempre sabe conservar el aire patético de la sierra, edulcorado por la gracia de la poesía de vanguardia.

Emilio Armaza es menos patético que Peralta. Su obra, sin embargo, sintetizada en "Falo", revela hasta dónde es posible realizar la poesía serrana, sin pedir de prestado a ninguna literatura ni caer en la receta de "imita para ser original" que un Gabriel Tarde criollo prescribió en cierta sonada tesis juvenil.

Trujillo brindó entonces magníficos poetas. Los supervivientes del romanticismo atrincherado en la provincia — por ejemplo, Víctor Alejandro Hernández — tuvieron que ceder el paso a la promoción intelectual que "Colónida" puso en beligerancia. Músicos, poetas, dramaturgos, todos emprendieron el mismo camino: de lo estético puro hacia la emoción humana. Es aleccionador seguir sus pasos.

Muchos espíritus juveniles se unieron a Valdelomar, en la jira estética que éste realizó por las provincias del Perú. Ninguno de los afiliados a la campaña de reconquista artística de la nación, tenía más de 25 años. Juntábanse para discutir sobre literatura y política, música y filosofía. Antenor Orrego, Alcides Spelucin, César Vallejo, José Eulogio Garrido, Víctor Raúl Haya de la Torre: todos preludiaron el verso. Haya ingresó, luego, al dinamismo agonista de la política. Garrido se perdió entre arias musicales y solfeos de cuentos. Spelucin emigró del Perú, y anduvo por tierras extranjeras, durante algunos años; Orrego mezcló poesías y meditaciones trascendentes; a Vallejo lo ganó la bohemia.

Alcides Spelucin ha publicado un solo volumen, "El Libro de la Nave Dorada" (Trujillo, 1926).

De neta inspiración modernista, cultor de la musicalidad rubendariana, es el primer poeta marino del Perú. En su verso hay yodo y sol, y barcos y caracoles, y sal marina y sal de gracia cortesana, melódicamente aventada a todos los vientos, que la devuelven a su armonioso sembrador. Espíritu dilectísimo, de la más fina cepa estética, sabe aunar la fuerza a la expresión delicada. La lucha le ha obligado a esquematizar ahora su verso, como en las inéditas "Las Paralelas sedientas". Conoce persecución, cárcel, destierro, y el sabor de la tarea ruda, trabajando su emoción y su pasaje, en tierras del trópico y de Nueva York.

César Vallejo es el más famoso de los poetas de Trujillo. El más personal de los líricos peruanos. "Los Heraldos Negros" (Lima, 1918) desconcertó a la crítica oficial, por la audacia de sus imágenes y la honda de sus emociones. "Trilce" (Lima, 1922), precedido por un prólogo de Antenor Orrego, fué insólito en el idioma castellano. Sobrepassando el simbolismo de Eguren, se internó por los caminos del ultraísmo y del dadaísmo, sin perder su acento personal. Anticipóse al surrealismo, en el Perú. Sus prosas son, como sus versos, extrañas y cuajadas de intensas imágenes vivientes. "Fábula Salvaje", "Escalas melográficas", "Tungsten" lo ubican como un escritor de fuerza impresionante. Busca los temas humildes, pero sin resignación: en protesta. Asordinando su emoción, arquitectura una técnica en que las figuras imprevistas acaudillan una sensibilidad inesperada.

6. — TRANSICION

POR EL MISMO TIEMPO, aparecía un grupo, poco menor en edad que el anterior, pero contagiado de sus mismas modalidades.

Alberto Guillén, Guillermo Mercado y Mario Chabés, representan tres momentos semejantes y, sin embargo, distintos, de la poesía arequipeña. Guillén, el más difundido, vibra con dos notas permanentes: simplicidad y egolatría. Desde "Prometeo" hasta "Leyenda Patria", todo él es así. Desde los sonetillos de "Deucalión" hasta sus últimos "Hai-Kais", su obra acusa una buscada sencillez aldeana, que no oculta una egolatría doctorada prematuramente en ademanes de Valdelomar, arrogancias de Hidalgo, y alambicamientos de Pombo y academias del Mirto. Guillermo Mercado es el poeta de Arequipa,

tan genuino como Melgar, o como el incipiente Gallegos Sanz, a quien Francisco Mostajo saluda como a un auténtico poeta. "Alba de oro", "Chullo de Poemas" y "Tremos", su reciente libro de "poemas cholos", acusan una trayectoria definida y una personalidad compacta. En él aparece la sensibilidad criolla, el yaraví de Melgar, pero revestido de modernidad, transformado en poema imaginista. Mario Chabes se parece más a Guillén que a Mercado: no sólo en su manera literaria, sino en la vida: Mercado ha sufrido persecución política y milita en las filas del Aprismo. En la egolatría, ambos — Guillén y Chabes — acusan la influencia de Hidalgo; pero Chabes es menos cerebral que Guillén, y menos sentimental que Mercado. "Alma" y "El silbar del payaso" preludian al fuerte poeta de "Coca", libro destinado a perdurar. Blanca del Prado revive la nota elegíaca del yaraví, la égloga arequipeña, dulce y melódica.

Lima ve reunirse a diversos poetas de sensibilidad dispar. Algunos conservan el acento tumultuoso y erizado de un futurismo detenido a mitad de camino, como en el caso de las "Walpúrgicas" de Luis Berninzone — buceo en pos de una originalidad esquiva —; pero aparece Magda Portal, con su personalidad descollante, su emoción fresca, su feminidad auténtica, a la que el contacto de la vida dura abroquela y convierte a la acción, y la incita a la lucha, y la trueca en una combatiente abnegada y tenaz. Magda Portal es la poetisa más fuerte de toda nuestra historia literaria, y una de las iluminadas de América, en el cantar y en el hacer. Su tenue egolatría de los comienzos se evapora pronto, y asoma la personalidad pujante de la autora de "Mi esperanza y el mar" (1927); de sus canciones revolucionarias, durante sus exilios dilatados, por México, por Cuba, por Centroamérica, por Chile, llevando a cuestas su agonía y su fe. Ella y Serafín del Mar son un ejemplo de alquitaramiento estético y depuración vital. Gran pasión humana la de su vida, ante ella la obra pierde importancia y gana, sin embargo, intensidad.

Xavier Abril, poeta elegante, buscador de claroscuros y alambicamientos conceptuales, cultivó la greguería, ejerció un efímero pontificado surrealista, a la vuelta de un promisor viaje a París, en el que unido a Juan Devescoví, dibujante prematuramente muerto, atrajo la atención de Jean Cocteau y Paul Eluard. En el grupo de "Amauta" sintió la atracción de lo social, sin perder de vista su típi-

co individualismo estetista. Sus libros — "Clave del gorrión y de la rosa", y "Hollywood" — revelan su posición ante la vida y el arte.

Al par que Vallejo y Juan José Lora — cuya poesía desigual y desgarradora causaba desazón a los admiradores limeños de los madrigales y ritornelos de Pablo Abril de Vivero, Emilio Delboy y José Carlos Chirif —, asomaron, por breve tiempo, algunos versificadores fugaces: los Zuleta de Aliaga, prolongadores de la era valdelomariaña en el gesto, y cercanos a Vallejo, a través de una especie de rapsodia de Emilio Carrère; pero abandonaron, presto, veleidades promisorias dentro de la literatura. Alfonso de Silva ha escrito melódicos "Lievers" en el pentagrama y en el verso. Bohemio que deambuló largos años en París, tuvo predilección por la estrofa breve y la parquedad del poema a lo Heine. De mayor edad cronológica, Ricardo Peña Barrenechea se descubrió a sí mismo cuando empezaba a ser menos joven, leyendo a Góngora. Ha publicado desde entonces — 1927, fecha de su renacimiento — lindos poemas y sublimadas imágenes. Sus cuadernos de poesía nueva acusan la preexistencia de una extensa cultura literaria, vigilada ahora por un moderno espíritu. Su "Discurso de los amantes que viven", último libro suyo, reitera el módulo gongorino. Abandonaron, en cambio, el verso, José Chioino, cuyos libros "Flores Artificiales", "Fuegos Fatuos", "Sinfonía en yo", etc., denunciaban una actitud de originalidad excesivamente premeditada, pero que entrañó un llamado indudable a la concisión y el realismo en el breve tiempo de su beligerancia poética; y Gonzalo Ulloa, autor de "Bandada", propenso a los temas rústicos y marinos; y Daniel Ruzo, un día laureado como "poeta de la Juventud" (1917), cuyos primeros versos eglógicos de "Así ha cantado la Naturaleza" (1917) parecieron definirse en "El Atrio de las lámparas" (1922), hasta que pudo más en él otro aspecto de la Naturaleza, y, puesto a elegir entre la Bucólica y la Fisiocracia, optó por esta última, cerrando los ojos ante los virgilianos arados de los versos juveniles, para percibir las utilidades de los automáticos tractores contemporáneos.

Ramiro Pérez Reinoso y Federico Bolaños aparecieron también entonces como poetas de gran porvenir. En la revista "Flechas" cuajaron poetas nuevos.

Maria Wiesse (Myriam) se incorpora a las huestes poéticas hace poco tiempo, pero ya se preveía su aparición versificada cuando publicó "Nocturnos". De inspiración muy femenina, carece del desgarramiento de Magda

Portal y de la inquietud de Catalina Recavarren, y da a su verso un acento de serenidad materna, sin concesiones a lo pueril ni a lo rulgar. César Alfredo Miró, excursionista de canciones musicalizadas, guitarras, cuento y verso, ha plasmado en su libro "Cantos del arado y de las hélices" su temperamento contradictorio y bohemio. Himnos a la revolución social, mezclados a divagaciones estéticas, intelectivo antes que sensitivo, Miró maneja la poesía con gracia, hasta cuando quiere ser fuerte, y ostenta más ingenio que vigor. Algo semejante ocurre con Carlos Oquendo de Amat, autor de "Cincos metros de poemas" (1928). Creacionista de estirpe indígena, madrigaliza revolucionariamente, pero sin dejar los temas sentimentales de "madre", "dolor" y "ternura": yaravíes que se esquematizan en módulos actuales y sienten el contagio de la revolución social.

Serafín del Mar, oriundo de Huancayo, como Julián Petrovic, destaca, desde que lanzó "Radio gramas del Pacífico" (1927), libro gemelo del de Magda Portal, su compañera de lucha y vida, una vigorosa personalidad. "El Derecho de matar" (1929), libro de Magda y él, reúne una colección de narraciones patéticas. Más tarde, absorbido por la pelea aprista, tras un vagar dilatado por México y Centroamérica, volvió al Perú, portador de cuentos y poemas. En la prisión en donde se halla, condenado por una Corte Marcial, fuera de toda ley, ha elaborado un libro de poemas y relatos, y no descansa de su tarea robusta. Ha evolucionado ejemplarizadamente del poema de retórica revolucionaria al sencillo himno social.

Julián Petrovic, hermano de Serafín, ha publicado "Naipeadverso" (1929). Más dulce que Del Mar, en el verso, sufre también en la vida persecuciones por la causa aprista en que milita. Juan José Lora, de Chiclayo, igualmente perseguido y desterrado aprista, llevó a Lima su inspiración funambulesca. En "Diánidas", su único libro impreso, asoma un hombre torturado y en protesta, como es Lora. Sensibilidad a flor de piel, nunca pudo librarse de su fardo de insatisfacción y melancolías. Nicanor de la Fuente descuello, también, como cantor del obrero y del revolucionario: lirismo bronco de combatiente, que tiene un libro — su inéditez ha sido originada por mis persecuciones —, "Se han sublevado los apristas", en el que la nota elegíaca adquiere adustez viril. Nazario Chávez Aliaga, autor de "Parábolas del Ande", poeta de Cajamarca, también militante aprista, amalgama con raro

acuerdo la nostalgia serrana y la afirmación revolucionaria. Tal es este grupo de notables poetas en la vida y en la obra...

Y no fueron ellos solamente. Una pléyade de poetas enamorados de los temas rurales, del alma del Perú, en contraposición a la devoción desapoderada por París, que caracterizó a otras generaciones o grupos humanos, coadyuva a la tarea de algunos de los "colónidas" y de la gente de 1920. Unos pocos se adelantaron en el tiempo a su propia hora; otros no fueron sino transeúntes de la poesía. Pero, cada cual cavó su surco. Armando Bazán, cajamarquino, luego incorporado al grupo de "A m a u t a", destacó su verso triste y un intenso romanticismo quechua, como se ve en "U r b e d o l i e n t e" y "U r b e s d e l C a p i t a l i s m o". Guillermo Luna Cartland, también cajamarquino, mezcló estrofas empenachadas a lo Chocano, con himnos a un "C e m e n t e r i o h u m i l d e" y temas galantes. Dante Nava, de Moquegua, sigue las huellas de los poetas del sur, más románticos y encrespados que los del norte. Aparece, intentando metafísicas versificadas, Carlos Alberto González, el autor de "V é r t e b r a s i l u m i n a d a s". Y se pronuncia el perfil señorero, rotundo y poderoso de Gamaliel Churata, puneño, más cuentista que poeta, a juzgar por la forma, pero más poeta que poeta — aunque parezca redundancia — por el contenido vital de cada cuento suyo, que es siempre poema, y de cada poema suyo, que es siempre una protesta algo oratoria en nombre del aimara oprimido. Habré de repetir aquí al trunco Federico Bolaños, autor de "A i a l a y a" y, un día, piloto de la revista "F l e c h a s" (1924); a Francis Sandoval, de Trujillo, patético y vital, y a Rafael Méndez Dorich, elegíaco.

Poco después, asoman tres poetisas de diferente contenido vital: Catalina Recavarren Ulloa, impetuosa, femenina, llena de brios, en cuyo verso a ratos asoma la emoción social, venciendo los prejuicios salones, inevitables en su rango, como se advierte en "I n q u i e t u d", "C u e n t o s y C a n t o s" y en otros poemas que por ahora no coleccióna; Pilar Laña Santillana, autora de "P e r f i l e s", poetisa elegante y un poco barroca, de inspiración brillante, pero poco profunda, y María Teresa Llona, una muchacha meditativa, de perplejos ojos azules, cuyos versos están impregnados de permanente añoranza familiar, con blancura de ingenuidad y desesperaciones adolescentes.

Las tres poetisas, más cercanas a María Wiesse que a Magda Portal. La combatividad efímera — ¡ay! — de Catalina Recavarren la acerca más a Magda, pero le falta esa crispación patética que, sin quererlo ella, asoma su garra en todo cuanto escribe esta última.

7. — “AMAUTA” Y EL SURREALISMO

EN 1924, la Federación de Estudiantes, que presidía Manuel Seoane — sucesor de Haya de la Torre, a la sazón desterrado —, organizó unos juegos florales. El jurado discernidor estaba compuesto heterodoxamente. Ninguno de los nombres consagrados por la fama. Eran insurgentes los que iban a actuar como jueces: José Carlos Mariátegui, Percy Gibson, Manuel Beingolea, Manuel Beltroy y yo. De los cinco, uno se marchó de la vida; el segundo conserva su actitud de sorna e inconformidad, desde Europa; el tercero y el cuarto se sometieron a los ortodoxos, cuando asomaron las primeras canas; el quinto vive en intermitente destierro desde hace seis años. Los intelectuales rara vez se agavillan permanentemente.

Premiamos, en aquella ocasión, a Enrique Peña Barrenechea — mucho más joven que su hermano Ricardo —, por el poema “El aroma en la sombra”. Con Enrique Peña se hace presente la tendencia surrealista, que “Amauta” ahincaría. ¡Aquella “Amauta”, curiosa y paradojal, tribuna aprista al principio, y al final tribuna del socialismo-comunismo peruano, pero, todo el tiempo, centro de reunión de intelectuales de todos los tipos, desde el conservador hasta el extremista intransigente! Mariátegui dirigía conversaciones y debates desde su sillón rodante de inválido. Mariátegui instruía a los jóvenes en los resultados de las últimas escuelas literarias de París, Roma y Moscú, y en las últimas conclusiones económico-sociales. Así se iba formando una sensibilidad amante de la forma descoyuntada y de la economía organizada por el proletariado. Reproduciérase, en distinta esfera y con un contenido vital alquilarado, lo que en 1896, a raíz de la revolución pierolista, cuando Chocano y los modernistas trataban de conciliar la convivencia con el “demos” y la aristocracia de la torre de marfil. Los poetas que rodearon a Mariátegui cultivaron la aristocracia verbal, como él mismo, a quien algunos de su correligionarios reprochaban, como un delito, el haber usado de una expresión aséptica. Y aunque Enrique Peña llegó, formado ya y orientado en sí mismo, fuente íntima y rica de emociones, también sobre él ejerció

su influencia el surrealismo literario de "A m a u t a". Es útil no olvidar que Mariátegui fué poeta, y poeta sentimental y un poco místico en su juventud, cuando actuaba con los "colónidas"; que anunció entonces un libro, "Tristeza", y que, al par que cuentos de turf, escribía "P s a l m o s d e l d o l o r" en los que aparecían su desgarramiento y su inconformidad, por entonces resueltos en melancolía y dandysmo.

En aquel ambiente, o merced a su eco, se reajustan y se enriquecen las filas literarias entre 1926 y 1930. Enrique Peña, el autor de "C i n e m a d e l o s s e n t i d o s p u r o s", de "E l a r o m a e n l a s o m b r a" y de "O r t o c l a x" — libro que, en originales, entiendo que la policía se llevó de mi casa, acaso por creerlo dinamita sentimental —; Rafael de la Fuente Benavides (Martín Adán), espíritu travieso, socarrón y finísimo, cuyos "antisonetos" celebró tanto "A m a u t a"; José Varallanos, poeta serrano, autor de "E l h o m b r e d e l A n d e q u e a s e s i n ó a s u e s p e r a n z a", cuya iniciación sobradamente elocuente se monda, más tarde, en romances criollos melódicos y parclos; Xavier Abril, del cual ya he hablado, en quien se mezclaban, en dosis cambiantes, la declamación revolucionaria — que es diferente a la afirmación revolucionaria — y las exquisitezas de un espíritu indudablemente estético; Juan Luis Velásquez, autor de "P e r s i l d e f r e n t e", agudo y exótico poeta piurano, avecindado en París largo tiempo, de contradictoria vida y de arte un tanto rebuscado; Oquendo de Amat, sentimental y tierno padre de "C i n c o m e t r o s d e p o e m a s"; Armando Bazán; José Díez Canseco, criollo y jaranero, transeúnte del verso.

También pasaron, por aquella tribuna, los anteriores: Magda Portal, Serafín del Mar, Julián Petrovic — desterrados apristas en seguida —, y los escritores apristas Manuel Seoane, Carlos Manuel Cox, Luis Heysen. También Enrique Bustamante y Ballivián, poeta de otra estirpe y, entonces, funcionario de Leguía, lo cual daba a la reunión de "A m a u t a" los caracteres de una "peña" intelectual. Allí íbamos Antenor Orrego, profundo y brillante, José María Eguren, con sus versos, sus fotografías diminutas y sus pinturas simbolistas, José Sabogal, recio pintor de nuestra autoclonía, María Wiesse y Angela Ramos, tan dispares en vida y arte, Jorge Basadre, historiador acucioso e ideólogo dubitativo e irresoluto, José Jiménez Borja, poeta señoril, católico y gramático, Alcides Spelucin, pulcro y sereno... Incidían en el grupo, desde lejos, Guillermo Mercado, Juan José Lora, Nazario Chávez Aliaga, Nicanor

de la Fuente, Arbulú Miranda, Mario Chabes y el largamente ausente Alberto Hidalgo. Haya de la Torre animó y colaboró en "A m a u t a" durante el primer año.

De los nuevos de ese tiempo, creo el más significado a Enrique Peña. Martín Adán, más ágil y brillante, se pierde en su limeñismo frívolo. "La casa de cartón" —prosa poemática y burlona— es el anuncio de un humorista mucho más acendrado que Valdelomar —nuestro único humorista hasta hoy—. Pero, Peña cultiva su arte con otro espíritu y otra tendencia. Coincide más con Emilio Adolfo von Westphalen, metafísico alemán nacido por azar en Lima, y cuyos veintiocho años actuales —a peu près— anuncian a un interesante poeta, menos accesible que Peña —cuya sensibilidad contagia—, pero de una originalidad a ratos desconcertante, como aparece en su reciente "Abolición de la muerte".

8. — LOS ULTIMOS

POSTERIORMENTE A 1930 aparece una legión de poetas. Se diferencian del grupo de 1920 y del de "A m a u t a" en su elusión. Evaden todo contacto con la realidad circundante aunque sean capaces de adherirse a la realidad cósmica... pero distante. Duros tiempos, obligan a ser duros caracteres o... fugar. Enumeraré a algunos: Luis Valle Goicochea, Eugenio Xammar, Emilio Champion, José Hernández, José Alvarado Sánchez, Carlos Cuelo, Manuel Moreno Jiménez, C. Vásquez, Gallegos Sanz, C. Alberto Paz de Novoa, Inocencio Mamani, Ciro Alegría, pero, por cierto, los últimos pertenecen a un grupo más vitalizado.

En esta promoción se advierten características diferentes a las anteriores. Se parecen a los "arielistas", sin su rumbo familiar. Practican el mismo género de aristarquía intelectual y pertenecen a una incipiente oligarquía universitaria, que combina diplomas doctorales con patentes de versificadores. Sin embargo de esto, que dentro de un sentido vital es doloroso, manifiestan vigilante buen gusto, que no hace concesiones a lo vulgar en literatura, aunque no observe la misma conducta con la vulgaridad política, social y económica. Practican un esoterismo parisiente, salpicado de criollaje, de lo cual emergen algunos lindos poemas de salón y otros buenos ensayos de preceptiva literaria.

Al surrealismo lo detiene Proust, cronológicamente pasado y estéticamente superado ya.

Luis Valle Goicochea se libera de esto por su provincialismo acendrado. Por candor pueril. En "Las Canciones de Rinon o y Papagail" desnuda una emoción fresca de niño; y en "El sábado y la casa" deja fluir su domesticidad y su ruralismo. Alvarado se tortura en descoyuntamientos proustianos, esguinces felinos pero hogareños. En cambio, Vásquez, el de "Antípampa", Gallegos Sanz, el de "Caima" y "Flechero satírico", tienen pasta diversa. Y Paz de Novoa en sus "7 poemas", y los versos vernáculos de Mamani, y las canciones revolucionarias de Ciro Alegría, en quien se juntan el lirismo y la epicidad, la vida y la obra, demuestran que en el Perú la dualidad entre Lima y la provincia ha tornado a sus fórmulas primitivas, como si no hubiera sido sacudida la capital por la ventolina "colónida" que quiso ajustar el ritmo en un todo espiritual y físico.

Evidentemente, se produce cierta perplejidad ante las dos tendencias opuestas: el rumbo a lo civil y el rumbo a lo exótico. No es cuestión de épicos o líricos. No. Es cuestión de concentración y excentricidad. No es totalmente asunto de ideología reaccionaria o avanzada: es problema de sensibilidad o de mimetismo. Y ello pertenece plenamente a la estética y a la sociología.

No deseo, por ningún concepto, que se involucren, en mis juicios literarios, preconceptos de otra índole. Literariamente, creo que cumplen una misión en el sentido normativo de la moral, en el sentido expresivo del arte y en el sentido ejemplarizador de la pedagogía, aquellos poetas que expresan su realidad, sin que esto comporte mutilación de la fantasía. Al revés: Alejandro Peralta es, pongamos por caso, un poeta andinista, que expresa su realidad indígena, sin menoscabo de la fantasía ni del lenguaje, que, en él, es alquitarrado y alto. Alcides Spelucin toma un tópico que en el Perú nadie rozó jamás: el mar, el vasto mar del litoral peruano, y lo decora con sus ornamentos imaginativos y musicales, elaborando, así, una poesía de subidos quilates. César Vallejo rieite toda su tumultuosa serranidad en versos de corte actual. ¿Diré por eso que son más peruanos que José María Eguren? Carezco de tanta ingenuidad, y acaso sea lamentable no brindar tan apetecible blanco al despecho de los estetistas. Eguren es un poeta que no elude nada, porque vive en su mundo. Vive en el País de las Alegorías, y desde él escribe. No se esfuerza nada, ni finge nada. Pero, los que, en la prosa del hacer y del charlar, divagan sobre vernaculismo, aprismo, socialismo, comunismo, y en el escribir — que perdura — procuran hacer

el quite a lo que siembran en los corrillos y adoptan tono y actitud arcangélicos, ésos son otra cosa. Toman de Eguren el supraterreno, su forma, sin coincidir en la sinceridad esencial y absoluta del poeta de "Símbolos".

Nada hay de antagonico entre un poeta surrealista y su medio, su realidad. Lo ha demostrado el patetismo de Churata, la simplicidad de Mercado, la elegancia de Spelucin, la protesta de Magda Portal, la intensidad de Vallejo, el andinismo de Peralta, la angustia inocultable de Juan José Lora.

Desar la revolución social en verso y temerla en la realidad, no indica fuente pura de un arte ni atavío de auténtico verismo en la vida.

Sin embargo, los jóvenes poetas de Trujillo — como Alegría —, de Puno, Cusco y otras regiones, están indicando que la ruta de "Arriel" es privativa de un grupo, al cual es mejor leerlo en francés, al saborear a Eluard, Breton o Soupault; es mejor, también, irse del bracele con García Lorca rumbo a la Bombilla, a ver siquiera gitanos de veras, y no flamenquerías del Rímac, en donde el criollo "Tirifilo" tiene — al menos ya — un romance debido a Torres de Vidaurre, y la "Marinera" perdura en unos convencionales versos de José Gálvez.

Claro que es imposible decidir si Carducci triunfa sobre Leopardi, y si Walt Whitman vale más que Edgar Allan Poe. Ni si Gœthe supera, poéticamente, a Schiller, o Hugo a Musset. Hay ratos en que nos sentimos más Carducci que Leopardi; otros en que la queja flébil acude a nuestros labios. Mas, lo evidente es que existen el virreinalismo, el limeñismo y el protocolo; la fórmula y el donjuanismo verseado; la bohemia alcoholizada y el snob que se siente diabólico e incomprendido, a pesar de que a veces termine sus estrofas con un ritual "Arriba los pobres del mundo", o una rima en "Marx". Nuevo Ariel, aletea disfrazado de Euphalinos. Proust invita a su alcoba acolchada, en donde flotan palabras asordinadas y sensaciones inquietantes. Repito: la ecuación de arte y vida es la única prenda cierta de perennidad. Proust siendo Proust, vivirá eternamente. Pero los "petits Proust" que buscan verbalmente multitudes a las que realmente desprecian o temen, ésos, no merecen ningún respeto, ninguna adhesión.

9. — CUADRO SINOPTICO

ME PARECE QUE DESPUES de la anterior reseña, se puede ensayar una sinopsis de la poesía peruana en los últimos treinta y seis años.

PRIMERA EPOCA (1895-1905). — Poesía de torre de marfil, pero con vagos anhelos multitudinarios. Modernismo en la forma y mesianismo en el deseo. Triunfo de Chocano. González-Prada inicia el camino hacia una nueva poesía, simbolista y más simplificada.

SEGUNDA EPOCA (1905-1915). — Apogeo del modernismo. Hegemonía de Chocano. Rubén Darío ejerce su tutela. Temas franceses, versallescos. Iniciación de lo vernáculo con José Gálvez. Poesía doctoral y muy limeña. Oficialización de la lírica.

TERCERA EPOCA (1915-1923). — El morimiento "Colónida". Simbolismo de Eguren; antiacademismo de Valdelomar; hegemonía de González-Prada. Insurgencia de la provincia. Hidalgo y el «simplismo». Iconoclastismo.

CUARTA EPOCA (1923- . . .). — Poesía revolucionaria de masas. Forma ultraísta y futurista. Estética del movimiento. Vernaculismo e indigenismo. Vallejo, Peralta y Speluci. Tendencia humana y en protesta. Cholismo.

QUINTA EPOCA (1927 - . . .). — Poesía surrealista. Límenismo. Doctoralismo. Marginalizamiento. Renacimiento de bohemia, salón y formulismo.

Desde luego, lo absoluto de tales características debe ser atemperado o entendido en función de las explicaciones y exégesis anteriores.

No figuran en las páginas siguientes, poesías de todos los poetas enumerados. A veces, porque es muy difícil hallar sus obras, otras porque pasaron tan fugaz y levemente que no llegaron a cavar su surco.

Ninguna omisión obedece a antipatías o simpatías personales o ideológicas. Bastará revisar este prólogo y los poemas insertos a continuación para comprobarlo. Me guardo mis adhesiones y repulsas para su terreno propio. Alguna vez dije, en el preámbulo a mi "H a y a de la Torre", que ni decoro abanicos ni fabrico conjituras.

Consecuencia de ello es que no me agrada golpear con el abanico — por lo demás nunca usado por mí — a la manera de damas y damiselas.

Este "Índice" lo comencé en Lima; pero, con la cooperación de Ciro Alegría y Nicanor Mujica, le he dado cima en Santiago. Si bien ningún lector está obligado a excusar deficiencias por lejanía, quiero recordar esta circunstancia para explicar que las bibliografías de todos los autores no están siempre completas, por el temor de errar en la fecha de una edición o en el título exacto de un libro.

De todos modos, es la más completa selección de poemas modernos del Perú. En la etapa republicana, se han publicado varios *Parnasos* y *Antologías*. Los principales son: "La Lira Patriótica" de Corpancho, hacia el año de 1853; "Parnaso Peruano" de Cortez, hacia 1871; el de don José Toribio Polo, que quedó trunco, en 1862; las antologías de América, incluyendo el Perú, de Juan María Gutiérrez y el ya mencionado José Domingo Cortez; la de Menéndez y Pelayo, en 1894, por encargo de la Real Academia Española de la Lengua; las de Ventura García Calderón en "Del Romanticismo al Modernismo" y "Parnaso Peruano", de 1910 y 1914, respectivamente; las "Cien mejores poesías" (líricas) de Manuel Beltroy, en 1921, y la "Pequeña Antología Peruana" de Alberto Guillén, publicada en Santiago, en 1930. Además, el "Mercurio Peruano" comenzó a dar a conocer en 1929 antologías singulares de varios poetas, que he aprovechado aquí, parcialmente.

Ninguna de estas selecciones, *parnasos* o *antologías* — excepto la de Guillén, que es harto parca —, comprende a los poetas posteriores a 1900; y absolutamente ninguna a los que surgen entre 1927 y 1936, en estos últimos nueve años fecundos.

Sin embargo, lamento no tener a mano algunos poemas de Sandovai, Méndez Dorich, Arias Larreta, Gallegos Sanz, el cantor de "Caima", Paz de Novoa, e Inocencio Mamani, entre otros, para insertarlos aquí. Aunque, acaso, por la propia incipiente de algunos de ellos, sea mejor esperar nueva cosecha.

L. A. S.

Santiago de Chile, 1936.

I

MANUEL GONZALEZ - PRADA

(1848-1918)

Nació y murió en Lima. Tuvo una vida combativa. Poeta en su primera juventud, la guerra — que lo llevó a las filas — lo convirtió en apóstol civil. En torno suyo se alza la generación de 1885, la de la Guerra del 79. Encarnó el sentimiento anticlerical, anticlásico y antiacadémico. Fundó el Partido Radical, llamado «Unión Nacional», en 1891. Viajó por Europa desde 1891 hasta 1898. Sus periódicos fueron clausurados por todos los gobiernos desde 1898 hasta 1914, en que se enfrentó a la dictadura militar de Benavides. Fué director de la Biblioteca Nacional, reemplazando a Ricardo Palma, de 1912 a 1914, y de 1916 hasta su súbita muerte, ocurrida el 22 de julio de 1918.

OBRAS: *Páginas Libres* (París, 1894, y Madrid, 1915), *Horas de Lucha* (Lima, 1908, y Callao, 1915), *Minúsculas* (Lima, 1901, 1909 y 1928), *Presbiterianas* (Lima, 1909 y 1929), *Exóticas* (Lima, 1911), *Trozos de Vida* (París, 1933), *Bajo el Oprobio* (París, 1933, y Guayaquil, 1935), *Anarquía* (Santiago, 1936), *Baladas peruanas* (Santiago, Editorial Ercilla, 1935), *Nuevas páginas libres* (Santiago, Editorial Ercilla, 1937), *Grafitos* (París, 1937), *Figuras y figurones* (París, 1937).

Cosmopolitismo

¡Cómo fatiga y cansa
el suspirar mirando eternamente
los mismos campos y la misma gente,
los mismos cielos y la misma bruma!

Huir quisiera por la blanca espuma
y a sol lejano calentar mi frente.
¡Oh, si me diera el río su corriente!
¡Oh, si me diera el águila su pluma!

Yo no seré viajero arrepentido
que al arribar a playas extranjeras,
exhale de sus labios un gemido.

Donde me estrechen generosas manos,
donde me arrullen tibias primaveras,
ahí veré mi patria y mis hermanos.

(Minúsculas.)

Al amor

Si eres un bien arrebatado al cielo,
¿por qué las dudas, el gemido, el llanto,
la desconfianza, el torcedor quebranto,
las turbias noches de febril desvelo?

Si eres un mal en el terrestre suelo,
¿por qué los goces, la sonrisa, el canto,
las esperanzas, el glorioso encanto,
las visiones de paz y de consuelo?

Si eres nieve, ¿por qué tus vivas llamas?
Si eres llama, ¿por qué tu hielo inerte?
Si eres sombra, ¿por qué la luz derramas?

¿Por qué la sombra, si eres luz querida?
Si eres vida, ¿por qué me das la muerte?
Si eres muerte, ¿por qué me das la vida?

(Ibid.)

Triplet

Para verme con los muertos,
ya no voy al camposanto.
Busco plazas, no desiertos,
para verme con los muertos.
¡Corazones hay tan yertos!
¡Almas hay que hieden tanto!
Para verme con los muertos
ya no voy al camposanto.

(Ibid.)

Rondel

Aves de paso que en flotante hilera
recorren el azul del firmamento,
exhalan a los aires un lamento
y se disipan en veloz carrera:
son el amor, la dicha y el contento.

¿Qué son las mil y mil generaciones
que brillan y descienden al acaso,
que nacen y sucumben a millones?

Aves de paso.

Inútil es ¡oh pechos infelices!
al mundo encadenarse con raíces.
Impulsos misteriosos y pujantes
nos llevan, entre sombras, al acaso.
Que somos ¡ay! eternos caminantes,
aves de paso

(*Minúsculas.*)

Coplas

Un dolor jamás dormido,
una gloria nunca cierta,
una llaga siempre abierta,
es amar sin ser querido.

Corazón que siempre fuiste
bendecido y adorado,
tú no sabes ¡ay! lo triste
de querer no siendo amado!

A la puerta del olvido,
llama en vano el pecho herido,
muda y sorda está la puerta;
que una llaga siempre abierta
es amar sin ser querido.

(*Minúsculas.*)

Triolet

Los bienes y las glorias de la vida
 o nunca vienen o nos llegan tarde.
 Lucen de cerca, pasan de corrida,
 los bienes y las glorias de la vida.
 ¡Triste del hombre que, en la edad florida,
 coger las flores del vivir aguarde!
 Los bienes y las glorias de la vida
 o nunca vienen o nos llegan tarde.

(Minúsculas.)

Cuartetos persas

1.

Deja la sombra y paz de tus hogares,
 ven al huerto de mirras y azahares.
 En medio al arrullar de las palomas,
 vivamos el Cantar de los Cantares.

2.

Extiende por mi rostro la red de tus cabellos;
 enrédame en sus rizos, perfúmame con ellos.
 Que brinden, tras la malla del oro ensortijado,
 tu boca las sonrisas, tus ojos los destellos.

3.

Cuando la amada sobre mí se inclina
 y con su fresca boca purpurina
 vierte en el fuego de mis labios fuego,
 toco la rosa sin temer la espina.

4.

¿Qué la sonrisa de unos labios? Nada.
 ¿Qué la mirada de unos ojos? Nada.
 Mas no se oculta en nada de la Tierra
 lo que se encierra en esa doble nada.

5.

Es locura de amor y poco dura.
Mas, ¿quién no diera toda la cordura,
quién no cambiara mil eternidades
por ese breve instante de locura?

(*Exóticas.*)

Ritmo soñado

(*Reproducción bárbara del ritmo alkmánico.*)

Sueño con ritmos domados al yugo de rígido acento,
libres del rudo cancán de la rima.

Ritmos sedosos que efloren la idea, cual plumas de un cisne
rozan el agua tranquila de un lago.

Ritmos que arrullen con fuentes y ríos, y en sol de apoteosis
vuelen con alas de nube y alondra.

Ritmos que encierren dulzor de panales, susurro de abejas,
fuego de auroras y nieve de ocasos.

Ritmos que en griego crisol atesoren sonrojos de virgen,
leche de lirios y sangre de rosas.

Ritmos, ¡oh Amada!, que envuelvan tu pecho, cual lianas tupidas
cubren de verdes cadenas el árbol.

(*Exóticas.*)

Mi muerte

(*Ritmo binario.*)

Cuando vengas tú, supremo día, yo no quiero en torno mío, llantos,
quejas ni ayes; no sagradas preces, no rituales pompas, no macabros
cirios verdes, no siniestra y hosca faz de bonzo ignaro. Quiero yo
morir consciente y libre, en medio a frescas rosas, lleno de aire y luz,
mirando el Sol. Ni mármol quiero yo, ni tumba. Pira griega, casto

y puro fuego, abrasa tú mi podre; viento alado, lleva tú mi polvo al mar. Y si algo en mí no muere, si algo al rojo fuego escapa, sea yo fragancia, polen, nube, ritmo, luz, idea.

(*Exóticas.*)

Caballos blancos

¿Por qué trepida la tierra
y asorda las nubes fragor estupendo?
¿Segundos titanes descuajan los montes?
¿Nuevos hunos se desgalgan abortados por las nieves
o corre inmensa tropa de búfalos salvajes?
No son los bárbaros, no son los titanes ni los búfalos:
son los hermosos caballos blancos.

Esparcidas al viento las crines,
inflamados los ojos, batientes los ijares,
pasan y pasan en rítmico galope:
avalancha de nieve, rodando por la estepa,
cortan el azul monótono del cielo
con ondulante faja de nítida blancura.

Pasaron. Lejos, muy lejos, en la paz del horizonte,
expira vago rumor, se extingue leve polvo.
Queda en la llanura, queda por vestigio,
ancha cinta roja.

¡Ay los pobres caballos blancos!
Todos van heridos,
heridos de muerte.

(*Exóticas.*)

El mitayo

— Hijo, parto: la mañana
reverbera en el volcán.
Dame el báculo de chonta,
las sandalias de jaguar.

— Padre, tienes las sandalias,
tienes el báculo ya.
Mas, ¿por qué me ves y lloras?
¿A qué regiones te vas?

— La injusta ley de los *Blancos*
me arrebata del hogar.
Voy al trabajo y al hambre,
voy a la mina fatal.

— Tú, que partes hoy en día,
¿cuándo, cuándo volverás?
— Cuando el llama de las punas
ame el desierto arenal.

— ¿Cuándo el llama de las punas
las arenas amará?
— Cuando el tigre de los bosques
beba las aguas del mar.

— ¿Cuándo el tigre de los bosques
en los mares beberá?
— Cuando del huevo de un cóndor
nazca la sierpe mortal.

— ¿Cuándo del huevo de un cóndor
una sierpe nacerá?
— Cuando el pecho de los *Blancos*
se commueva de piedad.

— ¿Cuándo el pecho de los *Blancos*
piadoso y tierno será?
— Hijo, el pecho de los *Blancos*
no se commueve jamás.

(*Baladas peruanas.*)

Trozos de vida

Van, como flechas de plata,
por sobre el mar las gaviotas.
Zabullen, cogen la presa
y a la bruma se remontan.

El hombre cruza la tierra,
como el pájaro las ondas:
llega, causa el mal y muere
sin dejar eco ni sombra.

*
* * *

Son los alciones: dejando
el limpio cielo de Grecia,
van a través de las brumas
hacia «el mar de las sirenas».
Mas, al verme en su camino,
sobre mí revolotean
y de sus picos destilan
doradas gotas de néctar.

*
* * *

Medianoche en el reloj.
Rudos toques a mi puerta.

— ¿Quién a deshora me llama?
— Tu futura compañera:
Felicidad es mi nombre.
Abre, y mis brazos estrecha...

... Ser feliz me dió pavura,
mas, temblando, abrí la puerta.

(*Trozos de vida.*)

I I

JOSE SANTOS CHOCANO

(1875? - 1934) (*)

Nació en Lima. Murió, asesinado, en Santiago de Chile. Su vida fué azarosa y contradictoria. Coronado Poeta del Perú en 1922; fué antes agente diplomático peruano, consejero de Pancho Villa, árbitro entre dos naciones centroamericanas, consejero de Estrada Cabrera. Figura entre los grandes poetas americanos modernistas. Su biografía, por difundida, no requiere mayor espacio. Su celebridad tampoco lo necesita.

OBRAS: *Azahares* (Lima, 1894), *En la Aldea* (Lima, 1894), *La Selva Virgen* (Lima, 1896), *Los Cantos del Pacífico* (París, 1904), *Alma América* (Madrid y París, 1906), *Fiat Lux* (París, 1908, Madrid, 1908), *Las dictaduras organizadoras* (polémica política), (Lima, 1922), *Ayacucho y los Andes* (poema), (Lima, 1904), *El escándalo de Leticia* (polémica internacional), (Santiago, 1934), *Primicias de oro de Indias* (Santiago, 1934), *Poemas del amor doliente*, (Santiago, 1937).

De viaje

Ave de paso,
fugaz viajera desconocida:
fué sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un acaso;
duró un instante, de los que llenan toda una vida.

No era la gloria del paganismo,
no era el encanto de la hermosura plástica y recia:
era algo vago, nube de incienso, luz de idealismo.
¡No era la Grecia,
era la Roma del cristianismo!

(*) Chocano indicó siempre como fecha de su nacimiento el año de 1875. Federico de Onís señala otra fecha en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. Alguien muy cercano a mí, que fué compañero de escuela de Chocano y en cuya veracidad tengo absoluta fe, me dijo siempre que Chocano no pudo haber nacido después de 1872.

Al redor era de sus dos ojos — ¡oh, qué ojos éos! —
que las facciones de su semblante desvanecidas
fingían trazos de un pincel tenue, mojado en besos,
rediviviendo sueños pasados y glorias idas...

Ida es la gloria de sus encantos,
pasado el sueño de su sonrisa.
Yo lentamente sigo la ruta de mis quebrantos;
ella ha fugado como un perfume sobre una brisa!

Quizás ya nunca nos encontremos;
quizás ya nunca veré a mi errante desconocida;
quizás la misma barca de amores empujaremos,
ella de un lado, yo de otro lado, como dos remos,
toda la vida bogando juntos y separados toda la vida!

(*Fiat Lux.*)

La canción del camino

Era un camino negro,
la noche estaba loca de relámpagos. Yo iba
en mi potro salvaje
por la montaña andina.
Los chasquidos alegres de los cascos,
como masticaciones de monstruosas mandíbulas,
destrozaban los vidrios invisibles
de las charcas dormidas.
Tres millones de insectos
formaban una como rabiosa inarmonía.

Súbito, allá a lo lejos,
por entre aquella mole doliente y pensativa
de la selva,
vi un puñado de luces como tropel de avispas.
¡La posada! El nervioso
látigo persignó la carne viva
de mi corcel, que rasgó los aires
con un largo relincho de alegría.

Y como si la selva
lo comprendiera todo, se quedó muda y fría.

Y hasta mí llegó entonces
una voz clara y fina
de mujer que cantaba. Cantaba. Era su canto
una lenta... muy lenta. Melodía:
algo como un suspiro que se alarga
y se alarga y se alarga... y no termina.

Entre el hondo silencio de la noche
y a través del reposo de la montaña, oíanse
los acordes
de aquel canto sencillo de una música íntima
como si fueran voces que llegaran
desde la otra vida...

Sofrené mi caballo
y me puse a escuchar lo que decía.
— Todos llegan de noche...
Todos se van de día...

Y formándole dúa,
otra voz femenina
completó así la endecha
con ternura infinita:

— El amor es tan sólo una posada
en mitad del camino de la Vida...

Y las dos voces luego
a la vez repitieron con amargura rítmica:
— Todos llegan de noche,
todos se van de día...

Entonces, yo bajé de mi caballo
y me acosté en la orilla
de una charca.

Y fijo en ese canto que venía
a través del misterio de la selva,
fui cerrando los ojos al sueño y la fatiga.
Y me dormí arrullado; y, desde entonces,
cuando cruzo la selva por rutas no sabidas,
jamás busco reposo en las posadas,
y duermo al aire libre mi sueño y mi fatiga,
porque recuerdo siempre
aquel canto sencillo de una música íntima:

— Todos llegan de noche,
todos se van de día.
El amor es tan sólo una posada
en mitad del camino de la vida.

(*Fiat Lux*)

La epopeya del Pacífico

(*A la manera yanki.*)

I

Los Estados Unidos, como argolla de bronce,
contra un clavo torturan de la América un pie,
y la América debe, ya que aspira a ser libre,
imitarles, primero, e igualarles, después.
Imitemos, ¡oh musa!, las crujientes estrofas
que en el Norte se mueven con la gracia de un tren;
y que giren las rimas como ruedas veloces;
y que caigan los versos como varas de riel.

II

Desconfiemos del Hombre de los ojos azules
cuando quiera robarnos al calor del hogar
y con pieles de búfalo un tapiz nos regale,
y lo clave con discos de sonoro metal;
aunque nada es huirle, si imitarle no quieren
los que ignoran, gastándose en beligerante afán,
que el trabajo no es culpa de un Edén ya perdido
sino el único medio de llegarlo a gozar.

III

Pero, nadie se duela de futuras conquistas;
nuestras selvas no saben de una raza mejor,
nuestros Andes ignoran lo que importa ser blanco,
nuestros ríos desdeñan lo que vale un sajón;
y así, el día que un pueblo de otra raza se atreva
a explorar nuestras patrias, dará un grito de horror,
porque el miasma, y la fiebre, y el reptil, y el pantano
le hundirán en la tierra, bajo el fuego del Sol.

I V

No podrá ser la raza de los blondos cabellos
la que al fin rompa el Istmo... Lo tendrán que romper
veinte mil antillanos de cabezas obscuras
que hervirán en las brechas cual sombrío tropel.
Raza de las Pirámides, raza de los asombros:
faro en Alejandría, templo en Jerusalén;
raza que exprimió sangre sobre el romano circo
y que exprimió sudores sobre el canal de Suez!

V

Cuando corten el nudo que Natura ha formado,
cuando entreabran las fauces del sediento canal,
cuando al golpe de vara de un Moisés, en las rocas,
solemnemente arrójese uno contra otro mar,
en el único instante del titánico encuentro,
un aplauso de júbilo esos mares darán,
que se eleve en los aires, a manera de un brindis,
cual chocasen dos vasos de sonoro cristal...

VI

El canal será el golpe que abrir haga las manos
y le quite las llaves del gran río al Brasil;
porque nuestras montañas rendirán sus tributos
a las naves que lleguen hasta el puerto feliz,
cuando luego, de Paita, con enérgico trazo,
amazonica margen solicite el carril,
y el Pacífico se una con el épico río,
y los trenes galopen sacudiendo su crin.

VII

¡Oh la turba que, entonces, de los puertos vibrantes
de la Europa latina llegará a esa región!
Barcelona, Havre, Génova, en millares de manos,
mirarán los pañuelos desplegando un adiós...
Y el latino que sienta del vivaz Mediodía
ese sol en la sangre parecido a este sol,
poblará nuestros bosques y vendrá desde Europa,
¡por el propio camino que le aliste el sajón!

VIII

Vierte, ¡oh musa!, tus cantos, como linfas que corren
 y que fingen, corriendo, milagroso Jordán,
 donde América pueda redimir sus pecados,
 refrescar sus fatigas, sus miserias lavar,
 y, después que en el baño quede exenta de culpa,
 enjugarse las aguas y envolverse quizás
 entre sábanas puras que se tiendan al viento
 ¡como blancas banderas de Trabajo y de Paz!

(*Alma América.*)

Los conquistadores

Ese Pizarro: el de la frente erguida.
 Ese Cortés: el del cabello undoso.
 Pasa Alvarado en su corcel nervioso;
 Valdivia lleva el suyo de la brida.

¿Y ése? ¿Y aquél? En púrpura encendida
 envueltos van, bregando sin reposo,
 a manera del grupo luminoso
 de los Conquistadores de la Vida.

Chispeante de oro el puño del cuchillo;
 la coraza, cubierta de fulgores;
 pleno de sol, el reluciente casco:

pasando van, con el temblor de un brillo,
 cual si fuesen bordados en colores
 sobre grandes tapices de Damasco.

(*Ibid.*)

Blasón

Soy el cantor de América, autóctono y salvaje;
 mi lira tiene un alma, mi canto un ideal.
 Mi verso no se mece colgado del ramaje
 con un vaivén pausado de hamaca tropical...

Cuando me siento Inca, le rindo vasallaje
al Sol, que me da el cetro de su poder real;
cuando me siento hispano y evoco el Colonaje,
parecen mis estrofas trompetas de cristal.

Mi fantasía viene de un abolengo moro;
los Andes son de plata, pero el león de oro;
y las dos castas fundo con épico fragor.

La sangre es española, e incaico es el latido;
y de no ser Poeta, quizá yo hubiera sido
un blanco Aventurero o un indio Emperador.

(*Ibid.*)

Visión de pesadilla

Saltó el tigre sobre el lomo del caballo, de repente;
y el caballo rasgó el aire con un trémulo alarido,
retembló nerviosamente,
arrancó de un golpe el lazo y escapó despavorido.

Fué un fantástico galope por la selva. Fué la extraña
visión de una pavorosa pesadilla...
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,
una roja medialuna levantaba su cuchilla.

Extendida largamente la cabeza,
desenvuelta por los aires la espesura de la cola,
el corcel corría, lleno de una trágica grandeza,
al galope, por en medio de la selva muda y sola.

Y corría... y corría siempre, como
una sombra galopante; y en la vasta noche obscura
iba el tigre sobre el lomo
recortando la silueta de su elástica figura.

Se dijera que hasta el viento
puso ante ese desbocado sufrimiento,
un suspiro en cada cueva y en cada árbol un lamento;
y el caballo, por la fiebre poseído,
arrastraba en la carrera de su fuga sin sentido,
un estrépito en los cascos y en las crines un silbido... .

Pero al fin cayó rendido;
 y un rugido, un gran rugido
 de alborozo, henchido en saña,
 llenó entonces el espanto de esa larga pesadilla...
 Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,
 una roja medialuna levantaba su cuchilla.

(*Primicias de Oro de Indias.*)

El vuelo de la garza

Por entre el vulgo amotinado
 de los manglares, que zabullen su brusca sombra en el temblor
 del río azul, rasga el paisaje con tardo vuelo la figura
 de un ave blanca... (¿Una magnolia se habrá cansado de ser flor?)

Hay en el vuelo de este pájaro una augusta
 fatiga... un lujo de pereza, que, al desdoblarse hacia el confín,
 en un zigzag solemne, hace, desde las alas sacudidas
 con lentitud, caer del río en el trajín
 larga silueta en que parece ir resbalando
 la desdeñosa aristocracia de un esplín...

La garza lleva su reflejo displicente,
 de una a otra margen, sobre el trémulo cristal,
 en una danza melancólica que anuncia
 blando aleteo de abanicos entre una música sensual...
 ¿Será tal vez la negligencia
 con que la garza llena el aire de una pueril ostentación,
 presentimiento en que sus plumas adivinan
 juegos de plumas de Venecia del agua azul en la visión,
 por entre frondas recogidas ante el río
 cual si se abriesen a su paso los cortinajes de un salón?...

La garza afirma sus rosados pies; y yergue
 su vanidosa testa; y cobra cierto emblemático perfil,
 que hace soñar en una flor de porcelana
 o en el encaje de una torre de marfil.

Sobre un peñón estampa el sello
 de sus dos pies, que se abren cual
 las flores rojas
 de dos estrellas de coral;

y replegándose en la gracia de sus plumas,
con un orgullo indiferente al bien y al mal,
asume inmóvil la actitud meditativa
de una cigüeña faraónica o de otro pájaro ritual...
Fuerza es pensar viéndola blanca y esponjosa,
con su afilado pico enérgico a la manera de un punzón,
en la virtud de un huso lírico en torno al cual indoctas manos
han mal envuelto la extenuada delicadeza de un vellón...

Emproa a lo alto su figura, abre las alas y en el aire
se va alejando lentamente del peñón.
Junto al peñón asoma entonces
una cabeza de caimán:
persigue el vuelo con los ojos,
que, de sus órbitas salidos, tras de la garza se le van,
cediendo a una voluptuosa tiranía
o enloqueciendo en el absurdo de su afán...

¿Siente la garza la atracción de tales ojos?
¿No hay en el ritmo de su vuelo una inquietud?
Enamorada de sí misma,
sigue mirándose en el río con vanidosa pulcritud,
y sin cuidarse de los ojos que la asedian
hace que el ritmo de su vuelo tenga la misma lentitud...

Súbito, truena en la espesura
arma de fuego: el estampido va en pos de un eco hasta el confín...
Y hay un revuelo por el aire
de plumas que urden un penacho, con que, en el baile y el festín,
la garza, erguida en la cabeza de una dama
prodigadora de sonrisas de carmín,
sigue paseando sobre lunas de Venecia
la desdeñosa aristocracia de su esplín...

(*Ibid.*)

¿Quién sabe?

Indio que asomas a la puerta
de esa tu rústica mansión,
¿para mi sed no tienes agua?
¿para mi frío, cobertor?
¿parco maíz para mi hambre?

— ¿para mi sueño, mal rincón?
 — ¿breve quietud para mi andanza?
 — ¡Quién sabe, señor!

Indio que labras con fatiga
 tierras que de otros dueños son,
 ¿ignoras tú que deben tuyas
 ser, por tu sangre y tu sudor?

— ¿Ignoras tú que audaz codicia
 siglos atrás te las quitó?
 — ¿Ignoras tú que eres el amo?
 — ¡Quién sabe, señor!

Indio de frente taciturna
 y de pupilas sin fulgor,
 ¿qué pensamiento es el que escondes
 en tu enigmática expresión?
 — ¿Qué es lo que buscas en tu vida?
 — ¿Qué es lo que imploras a tu Dios?
 — ¿Qué es lo que sueña tu silencio?
 — ¡Quién sabe, señor!

— Oh raza antigua y misteriosa,
 de impenetrable corazón,
 que, sin gozar, ves la alegría
 y, sin sufrir, ves el dolor:
 eres augusta como el Ande,
 el Grande Océano y el Sol!
 Ese tu gesto que parece
 como de vil resignación,
 es de una sabia indiferencia
 y de un orgullo sin rencor...

Corre en mis venas sangre tuya,
 y, por tal sangre, si mi Dios
 me interrogase qué prefiero,
 cruz o laurel, espina o flor,
 beso que apague mis suspiros,
 o hiel que colme mi canción,
 responderé dudando:

— ¡Quién sabe, señor!

(En periódicos.)

El elogio de Brummel

Brummel, maestro insigne de las genuflexiones
en las cortesanías de los áureos salones,
que vivió hilando sueños a los pies de las damas,
guardaba en su gaveta, cual preciados blasones,
sortijas principescas, abanicos ducales,
pañuelos de batista con ricos monogramas
y cartas con coronas sobre las iniciales...

Una vez, cierto osado bibliófilo — de aquellos
que castigan y explotan la hiel de un corazón,
siempre que éste vaciaba dentro de moldes bellos,
sin ver cuán dolorosos los moldes bellos son —
llegó a él; y atisbando la nostalgia vacía
de las arcas sin oro, culminó su osadía
y hasta veinte millones de monedas, en una
bolsa de pura seda, púsole ante los ojos...
Quería hacer un libro de cartas... La fortuna
en cambio del amor... cuántos inútiles despojos...

Entonces, el ya viejo galanteador, que acaso
tal día en sus manteles halló el manjar escaso
y no tuvo siquiera vino para su vaso,
se iluminó un instante de alegría:
hurgó la llave; y luego
sacó de su gaveta las cartas que tenía...
miró la estufa próxima... y las echó en el fuego!...

Brummel, maestro amado, que tu vida puliste
cual se pule una joya, ¡qué gesto el que tuviste!
A la riqueza alegre, se impuso el amor triste...

No las cenas vibrantes de las noches festivas,
en que, pálidamente, tras de las libaciones,
se te quedaban viendo las damas pensativas;
no el vino de Champaña ni las ostras de Ostende,
los dorados faisanes, los rosados salmones;
el placer que se embriaga y el amor que se vende;
no el frufrú de las faldas de los tibios salones,
donde los candelabros ríen en los espejos
y las parejas danzan, locamente, a los sones
de la orquesta, en que al aire de las inspiraciones

se agitan las melenas de los músicos viejos;
 no la fausta carfoza, que parece que rueda
 esplináticamente en la blanda alameda;
 no los palcos floridos de elegancia sensual,
 acolchados y amables como estuches de seda;
 no la orquídea angustiada que decora el ojal,
 ni el monóculo frágil de insolente cristal:
 nada vale a tus ojos, nada puede valer
 lo que vale una carta de una sola mujer...

(Primicias de oro de Indias.)

La vida náufraga

Busco obstinadamente sólo un metro cuadrado
 de tierra, en que los hombres me dejen levantar
 una torre muy alta, como nadie ha soñado...
 y cuando al fin lo encuentro, la vida me echa al mar!

Sólo un metro cuadrado busco de tierra firme...
 (tal el «punto de apoyo» que pidió el sabio aquél):
 que en él si no la torre que soñé construirme,
 plantarían mis manos un rosal y un laurel.

Cuántas veces me empeño por poner a mi ensueño
 una base tranquila, cierta voz dice: ¡Andar!
 En vez de árbol que arraiga, soy apenas un leño
 condenado al insomnio convulsivo del mar...

Este metro cuadrado que en la tierra he buscado
 vendrá tarde a ser mío. Muerto, al fin, lo tendré...
 Yo no espero ya ahora más que un metro cuadrado
 donde tengan un día que enterrarme de pie!

(Ibid.)

El nocturno de la nueva despedida

Esta noche es, madre, la última que paso
 contigo. Ya están
 en las negras sombras hinchadas las velas
 blancas, en que bullen vientos de otra Edad...

Y cuando el Sol, madre, salga de su lecho,
saldré de tu hogar...
La nave en las sombras
tiembla de ansiedad...
Fiebre de aventuras corre por mis venas
y me arroja al mar.
El peligro atráeme,
y los horizontes me llenan de afán...
Quiero estar tranquilo,
sin poderlo estar:
siento que me mata
la tranquilidad!

Y la nave antigua del Romanticismo,
con sus lonas hechas a todo huracán,
trémula y crujiente,
pero osada y ágil, me invita a zarpar,
de espalda al reposo
y vuelta al misterio la pálida faz,
mientras que en tus labios secos, madre mía,
el grito de angustia vuelve a resonar:
— Allá va la nave...
¡Quién sabe dó va!

Las desconocidas naves que en las noches
tú, desde las playas, ¡oh madre!, verás
poner en el trágico horizonte fugas
de luces, te harán
creer que en alguna de ellas voy yo mismo
con rumbo, tiempo ha,
a un hospitalario país de leyenda
que nunca he en mi vida llegado a encontrar...

No en vano en las noches las desconocidas
velas pasarán
a tu vista como si fuesen fantasmas,
salidos quizás
de los cementerios de naves que duermen
bajo la móvil lápida del mar;
porque, al fin, yo sólo
soy como el espectro de algún Capitán
Pirata que emproa su bergantín hacia
cosas de otra Edad...

No sé, madre mía,
 si esta vez la nave donde he de embarcar
 conduzca mi orgullo de Rey al destierro
 o ensanche el dominio de mi Majestad;
 pero poco importa,
 porque sólo quiero viajar por viajar.

Aunque estoy cansado,
 me aburre la paz...

Aunque nada busco,
 viajo sin cesar...

¿Y esta inquietud? ¿Y esta fuga de horizontes?
 ¿Y este eterno impulso? ¿Y este eterno afán?

Que nunca me digan
 adónde voy; pero llegó el tiempo ya
 de que si me expliquen el porqué hago el viaje:
 nada más quisiera saber, nada más...
 Soy un emigrante de una estrella a otra,
 que ha saltado a tierra por curiosidad
 y que sin reposo se siente en la vida,
 porque solamente de tránsito está...

En la última noche, madre, que contigo
 paso, al ver tus canas me pongo a pensar:
 la nieve que luces sobre tu cabeza
 préstame un reflejo que es trascendental...

Pienso, madre mía, que el Sol ha engendrado
 en tierras sin nieve, pueblos sin hogar.

Es por el invierno que el hogar se enciende:
 y en la sosegada velada invernal
 siéntase, al halago del calor, en grupo
 la familia a modo de apretado haz.
 En las frías noches el hogar congrega
 y une a la familia, que se siente más
 amorosa al tibio reflejo en que se hace
 ceniza uno que otro leño fraternal...

Mientras que la nieve cae sobre el techo,
 las noches se alargan... y en las brasas hay
 súbitos chispazos que alegres resuenan
 como ósculos llenos de amor familiar.

Es por el invierno que el hogar se enciende
y el ambiente es todo de unión y de paz...

¡Ay del país donde nunca hay nieve y frío:
país sin invierno, país tropical,
no es propicio al grato reposo en que suele
buscarse el paterno calor del hogar...

En el alma indómita arde el Sol. Quien siente
correr por sus venas fuego sideral,
ni al hogar acude, ni el reposo busca,
ni ambiente conoce de unión y de paz...

Es el mismo Padre Sol el que no quiere
que sus hijos vivan en fraternidad!

Adiós, pues, mi madre: ya el Sol se levanta...
Las sombras se agitan... La nave se va...

Solamente cuando
desde las alturas de la Eternidad
me caiga la nieve sobre la cabeza,
para calentarme buscaré el hogar...

(*Mundial*, Lima, 1928.)

Serenamente

Cuantos me han calumniado
y me han escarnecido
dieron tal magnitud a mi pecado,
que me duele el no haberlo cometido.

Si grande la aventura,
bendigo yo la trama
en que se urde el afán de la impostura,
que sólo es el reverso de la fama.

Podré lanzar un grito
o hacer un loco alarde;
mas, bajo el peso de cualquier delito,
¿justificarme yo? ¡Fuera cobarde!

¿Me echarán en olvido
porque mi lengua calla?...
Nada importa vencer ni ser vencido:
lo que importa es ser grande en la batalla.

Bajé desde mis cumbres
a pastorear las greyes
no «contra» sino «sobre» las cumbres,
que hay que violar para engendrar las leyes.

...Mi espíritu se ufana
porque una chispa encierra
de la luz de una estrella tan lejana
que no se puede ver desde la Tierra.

(*El Mercurio*, Santiago de Chile, 1935.)

III

MANUEL BEINGOLEA

(?1875?)

Nacido en Lima. Cuentista más que poeta. Prosaica vida de burocrata, después de una pintoresca juventud bohemia. Espíritu irónico, de un penetrante humorismo criollo.

OBRAS: *Bajo las lillas* (novela corta, Lima, 1923) y *Cuentos Preteritos* (Lima, 1931).

Aricota

En las noches de estío la laguna
se dilata besando las montañas
que con amor le ofrecen sus entrañas
y la adormecen como en pétreas cuna.

El viento fuerte y agrio de la puna
hace temblar las rectas espadañas,
y con cabriolas ágiles y hurañas
riela en sus aguas la plateada luna.

Condenada a vivir entre la austera
y muda lobreguez del pétreo abismo,
imagen es del alma prisionera:

pues, como la laguna entre los montes,
reclusa el alma está, sin horizontes,
en las cuatro paredes de uno mismo.

Diálogo

— Calla. No llores más. No más te apenes...
He tardado, en verdad, mucho he tardado...
Cuánto, cuánto en mi ausencia habrás llorado.
Pero, en fin, aquí estoy, aquí me tienes!

Tus pies sangran. Tu pecho desgarrado
deja ver las entrañas. En tus sienes
hay heridas, hay máculas... ¡Oh! ¿Quiénes
te ultrajaron así, mi bien amado?

Pero ya estoy aquí. Traigo el olvido.
En mi seno hallarás calor de nido.
Tómame. Tuya soy. Fuerte, muy fuerte

estréchame. No temas. Ven: te espero...
— ¡Oh, gracias, alma generosa!... Pero
dime al menos quién eres...

— Soy la Muerte.

ENRIQUE A. CARRILLO

(*Cabotin*)

(1875 - 1936)

Nacido en Lima. Publicó en 1905 *Cartas a una turista* (novela epistolar), *Viendo pasar las cosas...* colección de parte de sus crónicas escritas bajo el pseudónimo de «Cabotin», y una selección de poemas originales y traducciones en el volumen *Apice* (Lima, 1930). Era diplomático y hombre de club. Residió largo tiempo en Colombia y Costa Rica. Murió en Lima, en octubre de 1936.

OBRAS: *Cartas a una turista* (1905), *Viendo pasar las cosas...* (Lima, 1916?), *Apice* (Lima, 1930).

Viendo pasar las cosas

No dejaron dolorosas
lecturas, huella en mi mente;
por saber que, felizmente,
«las espinas tienen rosas.»

Y, viendo pasar las cosas
con mi miopía sonriente,
transformo el presente en fuente
de remembranzas dichosas.

Corre el tiempo y soy el mismo.
Enfermo de pirronismo,
vivo a la sombra feliz;

y así, «dilettante» obscuro,
soy un nieto de Epicuro
que ha pasado por París.

(*Mercurio peruano*. Lima, abril, 1930)

El trópico triste

¡Oh tardes tropicales llenas de fuego triste,
sumisas a los besos voraces del calor!
¡Oh tardes, lechos de oro, donde febril persiste
del sol y de la tierra la cópula en furor!

¡Oh tardes tropicales! ¿Por qué vuestra agonía
difunde sus angustias en nuestro corazón?
¿Será porque muriendo vuestro fulgente día
no deja al extinguirse consuelo ni ilusión?

Efebo coronado, magnífico y sombrío,
el día desfallece como un Emperador
que tuvo breve gloria y a quien mató el hastío
que causa la lujuria gustada sin amor.

(*Ibid.*)

El sillón vacío

Cuando salió el cortejo, todo el frío
de la muerte quedó en el aposento
y la sombra querida tomó asiento
ya para siempre en su sillón vacío.

Cargado de recuerdos, como un río
comenzó a discurrir mi pensamiento
en torno de un quebranto sin lamento
que, por ser solitario, era más mío.

La presencia invisible de la Ausente
era, en las noches, la ilusión ardiente
que el alma perseguía con sus giros

enlazando la muerte con la vida,
hasta postrarse al fin adormecida
en un silencio lleno de suspiros.

(*Ibid.*)

JOSE FIANSON

(¿1872?)

Poeta post-romántico y modernista. Mansa vida sin alteraciones visibles. De inspiración erótica. Su labor se halla dispersa en diarios y revistas.

Hortus conclusus

Jardín cerrado, apenas entrevisto
a través de una red de mallas de oro
que oculta a las miradas un tesoro
de orquídeas y mimosas nunca visto.

Extraña floración de encanto mixto,
con esa palidez de lo incoloro,
con esa arcanidad de lo insonoro
y la fascinación de lo imprevisto.

Cuánto vago deseo al alma impulsa
de sorprender a la inviolada flora
tras el tapiz de tréboles, convulsa...

Así mi corazón os ha deseado;
mas no temáis, sonreíd, que vos, Señora,
sois para mí como jardín cerrado.

DOMINGO MARTINEZ LUJÁN

(1875 - 1933)

Nacido en Lima, murió también en Lima, en 1933. No tengo las fechas exactas, y acaso esté bien porque Martínez Luján fué bohemio impenitente, que dejó huellas indecisas tras de sí: muchos poemas dispersos; crónicas agudas en *La Crónica* de Lima, de los primeros tiempos, bajo el pseudónimo de «Domingo del Prado»; comentarios en *Mundial* de Lima, una colección de poemas escritos en el manicomio—Asilo Larco Herrera—de la Magdalena y que guardaba el malogrado psiquiatra Hermilio Valdizán; y el recuerdo de sus desventuras y agudezas, bohemio siempre y enfermo en sus últimos días, hasta su solitaria muerte.

Mater natura

I

Dejan los tallos las marchitas flores,
y las ramas los frutos sazonados;
los árboles añosos y encorvados
se previenen a herir los leñadores;

viene otra primavera, otros amores
a cantar en los bosques y en los prados;
y nuevos surcos abren los arados
y nuevas ansias sienten los pastores!...

Los ríos dejan sus estrechos cauces;
el viento mece las nacientes hojas
de más enhiestos y copudos sauces;

de tu psicología te despojas,
la echas del Tiempo a las antiguas fauces,
pues también cambiar quieres de congojas!...

II

Cuando emerge la Tierra esos vapores
que absorbe el labrador, si se arrodilla
para arrojar al surco la semilla,
heraldo de los frutos y las flores;

y cuando a la era van los segadores
a rastrillar la mies, y la gavilla
yace junto a la parra que se humilla
al peso de los ramos tentadores:

desde las lomas, anhelante, miro
el polvo que alza el buey, cuando resuella,
y del pastor el patriarcal retiro,

hasta que un vago presumir me asalta
y encontrándonos únicos — yo y ella —
me justifico la primera falta!...

Las hojas de la parra

Cortadas a capricho como hojas de claveles,
tienen la misma forma de nuestro corazón,
y todos los eneros — jesmeraldinas mieles! —
guardan a los dorados racimos en sazón.

Ya fingen verdes palios, ya artísticos doseles,
para que se solacen la danza y la canción;
ya en torno a la cabeza de Baco son laureles
que ciñe porque triunfa la diosa Libación!...

Las hijas de los pámpanos!... Hasta el Pudor las lleva,
después del parabólico pecado de Adán y Eva,
simbólicas tostando la carne virginal...

Pero cuando las uvas viajan a los lagares,
del viento se someten a todos los azares:
¡las hojas de la parra no tienen funeral!...

AMALIA PUGA DE LOZADA

Nacida en Cajamarca. Ha publicado muchos cuentos, poemas y algunas novelas. Su única colección de versos es la titulada *Sus mejores poesías* (Barcelona, 1925).

Intima

Cuando pienso en tu amor, hallo sombría
la tierra de los hombres, y la dejo;
por acercarme a ti, de ella me alejo,
como las aves al romper el día.

¡Cuánto ambiciono verte! El alma ansía
de tus ojos mirarse en el espejo,
y así como a la luz sigue el reflejo,
seguirte por doquier, ¡oh antorcha mía!

Yo el «Hada Luz» seré de tu destino.
Azahares y lauros de mi frente
regaré, jubilosa, en tu camino.

¡Tu sirena de amor, desde la roca
te mandaré mi canto en el ambiente
de apasionados besos de mi boca!

(Sus mejores poesías.)

1896

¡Qué agudo dardo se clavó en mi alma
la mañana fatal
en que, afanoso, el balbuciente niño
preguntó al despertar
(acaso por haberle visto en sueños):
«¿En dónde está papá?»

Yo, que siempre sus fútiles preguntas
me esforcé en contestar,
no supe responder a la más grave;
y llena de piedad,
no pudiendo decirle que él dormía
en el sepulcro ya,
empecé, distrayéndole, a enseñarle,
¡oh dolor de dolores!, a olvidar...

(*Ibid.*)

LEONIDAS N. YEROVI

(1878? - 1917)

Nacido en Lima, entre 1875 y 1880. Murió asesinado, la víspera de carnaval, en febrero de 1917, a las puertas del diario *La Prensa*, de Lima, en el cual trabajaba.

Autor de letrillas satíricas, versos humorísticos y lindas estrofas sentimentales. Pero, su obra más copiosa fué de autor teatral, sobresaliendo algunas obras ligeras, con las que conquistó éxitos en Buenos Aires.

OBRAS: *Poesías líricas* (edición póstuma, 1921; 2 ediciones). Su obra teatral y festiva no ha sido impresa en volumen.

Mandolinata

Titina, tina, tontina,
la de la voz argentina
y el aliento de jazmín,
surge en tu ventana, ingrata,
y oye la mandolinata
que te doy en el jardín.

Oye la trova que roba
con su dulcísima coba
la calma del corazón;
descorre la celosía
y acoge, princesa mía,
los ecos de mi canción.

Soy el bardo decadente
del numen incandescente,
que ama sin saber a quién;
el de las japonerías
y ritmos y melodías
aprendidos a Rubén,

Con mi cantata nocturna
 quiero perfumar la urna
 sacra de tu corazón,
 y aquí tengo en la petaca,
 oro, incienso, mirra y laca
 que me ha prestado Fiansón.

Tu cabello es blonda seda;
 tu pura frente remeda
 blanca faja de marfil;
 luminarias son tus ojos,
 cerezas tus labios rojos,
 de medallón tu perfil.

Tu seno es tibia almohada,
 tu cintura una monada,
 tu cutis es de surah,
 tu cuerpo un jarrón de Sèvres
 modelado por orfebres
 amigos de tu papá.

Dos almendras son tus manos;
 no hay pie, entre los pies enanos,
 más menudo que tu pie...
 y eres, en fin, por belleza,
 por frescura y gentileza
 un botón de rosa-té.

Titina, tina, tontina,
 siendo, como eres, divina,
 siendo como eres, así,
 ¿por qué no asomas, ingrata,
 y oyes mi serenata
 y no te fijas en mí?

¿Será cierto que hay un viejo
 que por paternal consejo
 tu viejo esposo será?
 ¿Es posible que te vendas?
 ¿Que no aceptes más ofrendas
 que las que el viejo te hará?

Titina, tina, eso es feo;
 no es decente y no lo creo:
 ¡venderte al mejor postor!...

Una señorita honrada
no debe acatar por nada
más ley que la del amor.

A ti lo que te hace fáltta,
según a la vista salta,
no es un viejo rico, no:
es un trovador amante,
es un poeta que cante
como un mirlo... como yo.

Es un bardo decadente
que te ame, y que te alimente
el alma en primer lugar,
que los demás apetitos
sólo son prosaicos gritos
del estómago vulgar.

Medítalo, pues, tontina,
la de la voz argentina
y el aliento de jazmín:
no desestimes, ingrata,
la prudentísima lata
que te doy en el jardín.

Mas si no oyes mi consejo
y crees hallar en el viejo,
por su dinero, tu bien,
¡anda y que Luzbel te tiente
y que el viejo te reviente
y te dure un siglo! Amén.

(*Poesías líricas.*)

Recóndita

Como un ir y venir de ola de mar,
así quisiera ser en el querer;
dejar a una mujer para volver,
volver a otra mujer para empezar.

Golondrina de amor en anidar,
huir en cada otoño del placer
y en cada primavera aparecer
con nuevas, tibias alas que brindar.

Esta, aquélla, la otra... confundir
de tantas dulces bocas el sabor
y al terminar la ronda repetir

y no saber jamás cuál es mejor,
y siempre ola de mar, ir a morir
en sabe Dios qué playa del amor.

(*Ibid.*)

Viajeros de ida y vuelta

¿Que si me fué muy bien? Quizá me iría.
Yo triunfé a mi manera por allí.
Ya tú conoces la manera mía:
hice la vida que me prometía,
no incensé a nadie y vuelvo como fui.

Vuelvo a exactas mitades
con mis parsimoniosas cualidades
y mis graves defectos.
Si los viajes enseñan, asegura
que aún guardo la romántica locura
de no querer saber de tus defectos.

Viví autónomo, esquivo... mi campana
no azoró a las comarcas con su estruendo:
la de mi campanario no es tan vana...
Yo viví para mí. Terco, y haciendo,
tal como soy, lo que me vino en gana.

Cuando la fama, dama tan coqueta,
me mostró desde lejos su trompeta,
sentí tal desencanto en el vencer,
que ni un Don Juan ahito, aunque liviano,
en la primera cita, de antemano,
sabe cómo se entrega una mujer.

Y volviendo a esa dama que es la fama,
las espaldas, no sé si por hastío,
aquí estoy otra vez, ¡eve bien mío,
sin saber aún hoy mismo si me aclama
— al fin mujer — quizás por mi desvío.

Ya ves, yo soy así...
Vuelvo como partí...
¿Y la gloria? ¿El honor de la victoria?
Yo no sé de eso. Para mí la gloria
¿quieres que diga que la cifro en ti?
— ¡Adulador!
— ¡De amor, que es permitido...
— Pero, ¿por qué volviste de repente?
— Yo mismo no lo sé. Quizá habrá sido
algún día de niebla en que he sentido
mi nostalgia más viva y persistente.
— ¿De niebla?
— Sí, de niebla y desconsuelo,
en que advertí de pronto estos antojos
que me han traído, de mirar el cielo,
pero éste de mi patria y en tus ojos...
— ¿De veras?
— Sí.
— ¿No mientes?
— Niña inquieta,
ve a mi maleta y busca en su secreta
una rubia botella de champaña
que por beber por ti trajo el poeta
que te ama, que te quiso y no te engaña...
Pero déjame en orden la maleta.
— ¿Piensas partir de nuevo?
— No, bien mío.
Sería ahora torpe desvarío.
Pero mañana...
— ¿Qué?
— ¡Quién lo sabrá!
Mañana, pequeñísima tirana...
Bebamos hoy. Mañana
el destino dirá...
El amor y el viajar, todo es lo mismo,
anhelo, tentación, repentinismo,
satisfacción y decepción, fulgor.
Cuestión de escaso empeño,
a veces de un ensueño,
a veces de un vapor...
El sentirse viajero es de un instante,
igual que en el marino en el amante;
y no se sabe nunca qué escoger
entre dos emociones a elegir;

si la fruición tan triste de partir
o la fruición tan dulce de volver...

— ¿Qué es eso? ¿Lloras? ¡Niña! ¡Si es un credo
que me enseñó en el viaje otro poeta
y que yo por alarde me concedo!
Yo te amo... Por ti vine... Yo me quedo,
¡pero no me deshagas la maleta!

(*Ibid.*)

IV

LUIS FERNAN CISNEROS

(¿1882?)

Poeta de estirpe, hijo de don Luis Benjamín Cisneros, a quien coronaran en 1900, su obra está casi toda dispersa en revistas y periódicos. Su labor de periodista se desarrolló en *Prisma*, *Actualidades* y especialmente en *La Prensa* de Lima de la que fué director.

OBRA: *Todo, todo es amor* (Buenos Aires, 1923).

Rincón de los tristes

I

Sol

Bajo el peso del sol, el caserío,
reclinado en el monte, duerme a plomo,
como sumido en el dolor y como
si se arrullara en el roncar del río.

Lento el humo de un tren sube al vacío,
y surge del confín, como de un cromo,
el buey paciente, de pintado lomo,
que se duerme de pie, solo y sombrío.

Pueblo sin alma, quémase y fulgura
con fiero resplandor. En la montaña,
y sobre el claro azul del firmamento,

pone una cabra inmóvil su figura:
silba un viejo pastor en su cabaña
y el silbido se duerme sobre el viento...

VII

P a z

Apagóse mi vida; me acompaña,
besando mi cristal, lumbre serena
y me arrulla llorosa cantilena
del pastor a la novia que lo engaña.

Gime el viento en la cruz de la montaña,
llora el río arrastrando su cadena
y siente mi alma reposar su pena
como en una doliente telaraña.

Vagos espectros al conjuro de una
voz olvidada ya, rondan el cielo
y bajan en desfile funerario,

y me duermo al amparo de la luna,
y me cubre, piadosa, con su velo
que es amor, es caricia y es sudario...

Muñeca limeña (1)

Lima es un divino taller de muñecas:
Susanas, Marias, Mercedes, Rebecas...
Lazos pompadures,
olas de batista, organdí, guipures.
Venenos fragantes de Coty en las calles.
Candor en los talles.
Pupilas tamañas.
Tamañas pestañas.
Sonrisa en los ojos. Luz en la sonrisa,
como Monna Lisa.
Boquitas de grana,
que parecen puntos sobre porcelana,
con labios jugosos
de besos ociosos
que, al hablar, se asoman con promesas, de esas
que, después de mucho, sólo son promesas.

(1) Se ha preferido incluir esta composición especialmente por su significado pintoresco. (N. del compilador.)

Las calles limeñas son como vitrinas
de muñecas finas,
y es en Mercaderes
donde estas muñecas parecen mujeres
por el suave paso
con rumor de raso,
por el contoneo,
por el silabeo,
por la gentileza de la aristocracia,
por toda la gracia
con que, desde lejos,
miran los reflejos
de sus lozanías
sobre los espejos
de las joyerías.

Los hombres se agolpan allí en las aceras,
igual que curiosos ante las vidrieras,
y el piropo es cinta que se arremolina
como serpentina
de giros veloces,
entre cuyos roces
suele arder la chispa de los celos fieros
de los caballeros.
Y ellas pasan, pasan, gráciles muñecas,
Susanas, Marias, Mercedes, Rebecas,
todas ignorantes de esas desazones,
todas empinadas sobre los tacones,
crespas las pelucas,
rosadas las nucas,
tímido el saludo,
la pulsera esclava del brazo desnudo,
sin ansia, sin prisa,
en la mano el nácar de un libro de misa,
o, si no, un breviario de Rubén poeta,
o, si no, sombrilla, o si no, raqueta.
Muñeca limeña, qué bonita eres,
y cómo te quiero porque no mequieres...
Mis ojos limeños, tocados de inquieta
nostalgia secreta,
cuando no te miran, crean tu silueta,
graciosa, tranquila,
destacada en lila
sobre la penumbra de la sala quieta,
sonriente, sola,

reclinado el brazo sobre la consola
donde luce, abierto, para tu ufanía
el álbum que guarda tu genealogía.

¿No arranca tu porte
de esa ya brumosa menina de Corte
que un día viniera, llena de zozobras, sobre la **velera**
nao en que volcaba Felipe Segundo
sus adulaciones para el Nuevo Mundo?

Allí está en el óleo la marquesa linda
de boca de guinda,
buckles empolvados
y ojos azorados,
emergiendo leve del globo de encajes,
ante el negro fondo de los cortinajes.

¿No era Andalucía
de donde venía?
Y en tus ojos negros, ¿no está todavía
la luz del alfanje de la Morería?

¿Y no fué ella madre de esotra marquesa,
devota y traviesa,
de arqueada pestaña,
muñeca del Rímac de labios de fresa,
vestida con blondas de Reina de España,
que si descendía de su áurea calesa
entre el besamanos de los cortesanos,
lucía, cautivo,
por sobre el estribo,
un pie diminuto como el que se cuenta
que hizo la ventura de la Cenicienta?
Tuyas las marquesas, tuyos los lazones
con que te contemplas en las tradiciones
de Ricardo Palma, que forjaron ellas
en noches de luna cuajadas de estrellas,
con quietud de humildes calles aldeanas,
con hondas fatigas de beatas campanas,
con plazas desiertas,
caladas ventanas,
aroma de huertas,
sombra de sotanas,
candiles que humean por sobre las puertas,
rumor de aventuras
y de aguas que corren por linfas obscuras;
noches en que tiembla, tras de los balcones
del Virrey galante, lumbre de velones
sobre candelabros de desnuda plata,

y en que hay, a lo largo de vastos salones,
voces de sonatas,
ecos guturales
de los madrigales,
pícaros decires de viejos oidores
en los corredores,
donde, joven, linda, tu tatarabuela,
esbelta y nerviosa como una gacela,
se abanica, rauda, palpitante el traje
y la tez en llamas,
protestando, oculta tras el varillaje,
del atrevimiento de los epigramas.

¿No arranca tu tipo
del daguerrotipo
de esotra morena,
igual a mi madre, buena, buena, buena,
de raya a la frente, de trenzas colgadas,
que enmarcan la lumbre de negras miradas.
pudoroso gesto, rezadoras manos
— bonita era ella, no la Castellanos —,
muñeca que, un día, rebelde ante el yugo,
envuelta en su encanto
de saya y de manto,
soslayando en cuitas al Rey al verdugo.
atizó la hoguera
de la fe guerrera,
descolgó la espada,
retempló la hoja,
sigilosamente tejió la bandera,
roja, blanca, roja,
cruzando senderos,
y, sobrecogida del ruido y las luces
de los arcabuces,
curó las heridas de los granaderos
y acabó mirando bajo vivas llamas,
entre los laureles y las oriflamas
y las vanidas púrpuras triunfales
de los generales,
a Simón Bolívar, de pronto perplejo
ante su belleza pálida y serena,
en medio al cortejo
del rojo festejo
de la casaquinta de la Magdalena?

Muñeca limeña, ¡qué bonita eres!
 Quizá si te envidian las mismas mujeres,
 porque eres parlera
 como no hubo nunca bebé de vidriera,
 porque tienes cuerda para hablar de todo,
 riendo, de modo
 que el amor se irisa,
 se enreda en la risa,
 y en un tiempo mismo
 sube hasta los cielos que baja al abismo.
 Si uno te pregunta: «Muñeca, ¿qué quieres?»
 Tú ríes, tú ríes como las mujeres,
 y después te callas, y después: «Es grave»,
 y después suspiras, y después: «¡Quién sabe!»...
 Por eso, limeña, todos los limeños
 enferman de sueños,
 ambulan de noche por las calles quedas,
 te forjan sonetos en las alamedas,
 y su mocería
 es para buscarte con idolatría,
 estar siempre al paso de tu itinerario,
 verte nueve veces en el novenario,
 descubrir de prisa
 tu sombrero en toros, tu mantilla en misa,
 acechar el auto que te lleva en vuelos,
 sollozar de celos,
 con frase apagada, balbuciente, truncada,
 en telefonemas que no acaban nunca,
 guiñar a los astros bajo los balcones
 y exhibir sus penas
 en los laberintos de las procesiones
 y las muchedumbres de las Nochebuenas.

Muñeca limeña, ¡qué bonita eres!...
 Si cuando refulges en tu Mercaderes,
 yo, desde una esquina,
 pregonara al mundo que se arremolina:
 «¡Muñecas, muñecas,
 «Susanas, Marías, Mercedes, Rebecas!»
 y alguien, por comprarte, volcara un tesoro,
 le avergonzaría mi grito sonoro:
 «¡Guarde la fortuna!
 «Hay que darlo todo por llevarse alguna!
 «Hay que dar en pago de la buena suerte
 «el sol y la luna,
 «la vida y la muerte».

(Todo, todo es amor.)

ADAN ESPINOSA Y SALDAÑA

(Juan del Carpio)

(?1885?)

Nacido en Lima. De la generación de Gálvez. Debe tener ahora poco más de cincuenta años. Poeta erótico, traductor de Verhaeren y otros poetas franceses.

OBRAS: *Versos a Iris* (Lima, 1911), *Tapices viejos* (inédito en libro). Muchos versos desperdigados. Véanse *Ilustración Peruana*, 1911-13, Lima, *Mercurio Peruano*, Lima, 1929.

Versos a Iris

XXVI

Pensando en tu hermosura sonriente,
¡oh flor que ya no me amas!
olvido que me esperan en la sombra
muchos dolores que mi vida amargan.

Mas hoy, pensando en ti, dulce enemiga,
veo llegar la aurora a mi ventana,
no de oro y rosa como en otros días,
sino bañada en lágrimas.

(*Versos a Iris.*)

La señorita de Lenclos

La dama callaba, pero sonreía;
riendo callaba y el fuego ocultaba que en su pecho ardía.
Tan sólo se oía la voz cariñosa con que un caballero,
de Francia el primero,
rogaba sumiso, depuesto el hechizo del gesto altanero.
Tan sólo se oía la voz que decía:

— Tendremos festines del tiempo pasado.

Sobre los manteles de antiguo brocado,
la anguila jugosa, y el faisán dorado y el jabalí tierno;
el fruto impaciente que asoma a los rayos del sol del estío
y aquel ya tardío que tiembla en el frío del sol del invierno.
En cálices de oro y en cristal sonoro, el ardor eterno
bebéremos juntos, el ardor eterno de Chipre y Falerno.

Y cuando se oculte la última estrella
tras de la querella de la hora loca,

tu boca grossella
morirá en mi boca.

La dama callaba, pero sonreía;
riendo callaba y el fuego ocultaba que en su pecho ardía.

Y como callase el rostro hechicero,
habló el caballero:

— Por bajo la fronda de parques lucientes y bosques umbrosos,
seguida de fieles tropeles que rigen corceles briosos,
irás en calesa de dorado esmalte.
Verás a tu lado galopar la pompa de hermosos donceles:
cuál lleva en el puño rapaz gerifalte,
cuál suena la trompa entre el aullido de inquietos lebreles,
cuál dice a tu oído quimeras ligeras de amantes rondeles.

La dama callaba, pero sonreía;
riendo callaba y el fuego ocultaba que en su pecho hervía.

Y, como callábase el rostro hechicero,
habló el caballero:

— Y siendo mi amada serás como un astro,
serás como el hada que vive encantada
entre su morada
de oro y alabastro.

Te daré, si me amas, damas y escuderos y finas meninas,
y, con mis halcones, mis raros bufones y mis danzarinas,
gozando, cual reina, de regio homenaje,
llevarán las manos pulidas de un paje
la cola de un albo ropaje de encaje.

Calló el caballero.

¿Qué dijo la dama de rostro hechicero?

A los pies reales, en la clara estancia, rendida cayó.

La alzó el caballero, con dulce arrogancia,
la estrechó en sus brazos y, ebrio de fragancia,
larga, largamente su boca besó...

Mas desde esa noche Luis Trece de Francia
olvidó a la rubia Ninón de Lenclos.

(*Mercurio Peruano*. Lima, julio-agosto de 1929).

Rejonero imperial

En palafrén moro que piafa sonoro,
ardiendo entre rútilos paramentos de oro,
el César hispano rejonea un toro:

su brazo, que hiere lleno de arrogancia,
es el brazo augusto, Señor de Numancia,
que hendió la armadura gloriosa de Francia.

Rodean el circo peones y jinetes,
las picas de Flandes, los férreos almetes
y las alabardas de los lansquenetes;

en grandes tablados, entre seda y flores,
y en los alminares y en los miradores
hierve España entera con sus mil clamores.

El César sonríe mientras muge el bruto.
De pronto, extendiendo su brazo absoluto,
galopa solemne hacia el monstruo hirsuto;

y el monstruo, que inmóvil medita su asalto,
de súbito rompe los aires de un salto.
Magnífico el César, se yergue y hace alto,

y firme la diestra, del rejón comporta,
el tremendo empuje del toro soporta
entre el mudo asombro de la España absorta.

Sin mirar el horrido fulgir del acero,
revuelve la bestia con rugido fiero,
y otra vez se arroja sobre el Caballero;

mas cuando embistiendo la cerviz humilla,
en el testuz, rota, siente la cuchilla,
y ante el Rey, potente, dobla la rodilla.

De sol y de sangre la tierra se baña,
y el circo retumba gritando la hazaña
con todas las voces feroces de España.

(*Ibid.*)

JOSE GALVEZ

(1886)

Nacido en Tarma. Se inició con versos de corte modernista e imitando a Villaespesa y Juan Ramón Jiménez. Fué premiado en los Juegos Florales de Lima, en 1909. Obtuvo también el premio para la Canción Estudiantil, en el III Congreso de Estudiantes Pan-Americanos, de 1912. Es profesor de Literatura Antigua en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, cuyo decanato desempeñó. Ha observado hasta hoy una limpia conducta cívica y una consecuente línea estética, tendiente al criollismo.

OBRAS: *Bajo la Luna* (París, 1910), *Jardín Cerrado* (París, 1912) *Posibilidad de una genuina literatura nacional* (Lima, 1915), *La Boda* (Lima, 1922), *Pequeña historia* (Lima, 1928, firmado por «Alex»), *Una Lima que se va* (Lima, 1921), *Estampas limeñas* (Lima, 1935). etc.

Sonatina

Silencio y paz.

En la calma
de la aldea va la luna
suave y tranquila como una
consoladora del alma.

Todo reposa y se duerme;
el mar con su mansedumbre
me va dando la costumbre
de soñar y entristecerme.

Ni un árbol, la tierra triste
no da flores, ni hay la fuente
murmuradora y doliente
que de ensueño nos reviste.

Todo es gris.

En el camino,
la huella del caminante
va dejando el vacilante
recuerdo de mi destino.

Tierra sin savia y sin rosas,
donde el dolor se regala,
tierra gris, donde resbala
la tristeza de las cosas.

Dulzura y paz.
Raro encanto.
de cosas muertas, tranquila
dulcedumbre que destila
en nuestros ojos el llanto

Tierra para la añoranza,
para el sueño y la pereza,
donde vence la tristeza
y se pierde la esperanza;

donde miro resignado
mis amarguras traidoras;
donde el viaje de las horas
es más lento y alargado...

A veces, en lo lejano,
con són amargo, la quena
me hace recordar con pena
la aristocracia de un piano.

En medio de estos abrojos
pienso en perfumes y flores;
los luceros brilladores
me recuerdan unos ojos...

(Bajo la Luna.)

Palabras líricas

XI

Tu palabra me aduerme como una
vieja canción para dormir a un niño,
y tiene la dulzura del cariño
que nos meció en la cuna.

Entre su encanto musical me pierdo,
y de mi corazón el eco brota,

apagado y doliente, cual recuerdo
de una canción remota.

Tiene un temblor de brisas que murmura
larga, tranquila y amorosamente,
y entre la idealidad de su ternura
vaga un cantar de fuente.

Semeja dulcísimo sonido
la doliente inquietud de las congojas,
y el caer blandamente dolorido
de las últimas hojas...

(*Jardín cerrado.*)

El caballo de paso

El chalán, que es un negro musculoso y garbosito,
se sienta en la enchapada montura de cajón,
destacándose su albo pantalón primoroso
sobre la crespa y suave brillantez del pellón.

El potro dócilmente gira activo y brioso
con un juego de riendas o un golpe de talón,
se cimbra, cabriolea, se revuelve nervioso
y golpea los suelos con aires de matón.

Curva el crinado cuello con viril elegancia,
como si contuviera su fuerza en su arrogancia,
dócil a los manejos del vivo amansador,

que de gran jipijapa y poncho entrelistado
alborota la aldea con el paso golpeado
del potro que camina como un conquistador...

(*Mercurio Peruano*, 1911. N° 133-134. Lima.)

Plenitud

Sentir que se ha cumplido con el sueño
de ser un hombre en el concepto justo.
Llevar sobre el espíritu un augusto
dolor que purifique nuestro empeño.

Tener para la vida un don risueño,
aunque el Destino se nos muestre injusto,
para que pueda el ánimo robusto
perpetuamente renovar su ensueño.

No claudicar en la altitud vencida,
para, en complicidades con la suerte,
grabar sobre la arena nuestro nombre.

Ser en la vida un ejemplar de vida,
y entonces esperar a que la Muerte
tenga el orgullo de vencer a un Hombre.

(*Ibid.*, 1916.)

La marinera

¡Una pareja alegre! Los pañuelos al aire
y los pies dibujando con criollo donaire
toda la gracia popular;
el mozo, con un juego como de daca y toma,
persigue a su pareja, que finge una paloma
que no se deja conquistar;
mientras bajo los claros doseles de las parras
manos nerviosas pulsan armoniosas guitarras
y una voz y otra rompen a cantar.
En tanto la voz grave a la aguda se junta,
dibuja el mozo un paso de talón y de punta
que la moza replica con vivaz zapatear,
alza un punto la falda, quebrando la cintura,
y al girar grácilmente enseña con lisura
la curva de una pierna y la vuelve a ocultar.

La moza burla, esquiva, la rueda que hace el mozo,
un coro de palmadas enciende el alborozo
que aviva el golpe del cajón;
el ritmo se apresura con sonoro revuelo,
los pañuelos se cruzan cual palomas en celo,
¡hay un rumor de tentación!
Juegan los pies del mozo vivo repiqueteo,
la moza le responde con leve contoneo,
la voz grave y la aguda lanzan su son;
y al callar las canciones y al morir las palmadas
aún hay en las miradas

fiebre y luz de ilusión.
¡Y no sólo en las huertas; en saraos de otrora
entró la marinera, aliada con la aurora,
a destronar al rigodón!

(*Ibid.*, 1925.)

Las santas Rositas

Santas Rositas,
contemporáneas
de las mandaderas antiguas,
con las que se hermanaban
en las vestes sombrías,
y en la limeña gracia
de llevar y traer chismografías.
En alegres bandadas
bajaban y ascendían,
hacían curvas mágicas,
y decoraban las cornisas
de nuestras viejas casas.
Unas tras otras suspendidas,
como finas guirnaldas,
sobre las nubes forman,
con la seda cambiante de sus alas,
grecas decorativas.
¡Santas Rositas,
contemporáneas
de las mandaderas antiguas!
Ellas vivieron nuestra vida
cuando era lenta y ancha,
cuando eran largas las familias
y consejas las amas
a los niños decían.
Al clarear las mañanas
de sus nidos salían
y a los cielos volaban,
y cuando la armonía
triunfal
de las campanas
de la ciudad subía,
cada una parecía
nota de la jocunda algarabía
de la alegría
matinal.

¡Ellas dieron a nuestras casas
un dulce ambiente patriarcal!
Los niños las veían
como enviadas de Dios,
y creían
con divina ilusión,
que si a la madre le decían
la travesura que veían,
lo hacían
por una santa delación.
¡Por eso no las perseguían:
creían
que eran emisarias de Dios!
Ellas vivieron nuestra vida
cuando era lenta y ancha,
cuando las casonas tenían
de arcón, de huerto y de altar,
y en los soleados interiores
solíanse despetalar
generosos de su fragancia
el jazmín y el jacarandá,
y había patios en las casas,
y había cuentos que contar...

(*Ibid.*, 1927.)

Los bueyes

Los bueyes: hay que verlos al declinar el día
hendir con paso tarde los húmedos terrales,
magníficos, solemnes, casi sacerdotales,
ajenos a la pena y a la humana alegría.
Llenos de su soberbia, sin inútil alarde,
soportan el aullido gutural del aldeano;
lo miran y perdonan al comprenderlo hermano,
y ebrios de sol, recogen en sus ojos la tarde.
Prosiguen la tarea que interrumpe la sombra
y cuando desuncidos el buen gañán los nombra,
se echan indiferentes a la voz del boyero.
Sobre sus ojos rojos de sol y de fatiga,
deja caer la noche como piadosa amiga
la misericordiosa claridad de un lucero.

(*Ibid.*)

VENTURA GARCIA CALDERON

(1885)

Nacido en Lima. Crítico, novelista, cronista y poeta. Sus obras principales son: *Frívolamente* (París, 1908), *Del Romanticismo al Modernismo* (París, 1910), *Dolorosa y Desnuda Realidad* (París, 1914), *Parnaso Peruano* (Barcelona, 1915), *Bajo el clamor de las sirenas* (París, 1920), *En la verbena de Madrid* (París, 1920), *Cantilenas* (París, 1920), *La venganza del cóndor* (París, 1924), *Couleur du sang* (París, 1928), *Danger de Mort* (París), *Virages* (París, 1933), *Récits américaines*, *Le sang plus vite* (París), *Pages choisies de Rubén Darío* (París, 1920), *Aguja de marear* (1936), etc.

Nada más

Nada más que tu mano
olvidada en mi mano;
nada sino un minuto
de paz, entre dos horas de luto;
y la divina conjunción de dos silencios
y la tregua de dos inquietudes;
nada más que dos juventudes
y un prometer alado, que no pudo cumplirse,
y haberse amado un día entero sin herirse.
Un día, una sonrisa y el olvido para siempre jamás.
Nada sino el futuro;
nada más.

(*Cantilenas.*)

A quoi bon?

Amar, odiar y padecer
hoy día y mañana y ayer
en la viña de la mujer.

Acaso haber dejado escrito
el justiciero y ronco grito
de insumisión al Infinito.

Adiós, Melibea y Camargo,
breve delicia y beso amargo,
cuando apareja al viaje largo

la nave de la travesía.
Se acabará la luz del día
antes que tu melancolía.

De la historia de tu delirio
de tanto amor y tal martirio,
dijo Renán, se burla Sirio...

Arcilla vil que rompe el hado,
todo quedará cancelado
en el día menos pensado.

¿Morirá tu dolor también
cuando sepultura te den
para siempre jamás amén?

(*Ibid.*)

Pegaso

A la memoria de Mallarmé.

Maravilloso fué el equino
furor de la bestia dilecta.
Era en el lenguaje divino,
paraninfo de tu analecta.

¿Adversario de cuál molino,
desfacedor de cuál pandecta?
Quedó el caballero mohino
y desplumada su alma erecta.

Sereno otoño encendió luego
piras de expiatorio fuego
mientras el pedestre Manchego

abdicando nubes pomposas,
deshoja en fúnebres baldosas,
saudade! una historia de rosas.

(*Ibid.*)

Prosa para Omar Kheyam

Omar Kheyam, toda existencia es parecida
a las rosas de tu parque violento.
Despojarse es vivir. Cada momento
se lleva pétalos de vida.

Mas sería un sutil remordimiento
morir como las flores,
lleno de vida.

Por eso a todos los amores
les doy mi carne vana
hoy mismo, que será tarde mañana.
Despojándome sigo.
Y a la muerte diré: «Perdona, Hermana,
yo también soy mendigo».

(*Ibid.*)

Blasón

(SOBRE UN TEMA DE SAMAIN)

Quand même!

Cada mañana parte mi Esperanza
del Arca incierta en que muriendo vivo.
Cada mañana parte mi Esperanza
buscando paz y la rama de olivo.

A la ribera azul de mi añoranza
lleva en el cuello un mensaje cautivo;
mas, la viajera, de su lontananza
nunca regresa al palomar nativo.

Desde el más alto palo de mesana
el alma está, como la hermana Ana,
oteando el vasto y funerario mar.

¡Ay! A despecho de la espera vana,
salen a naufragar, cada mañana,
nuevas palomas de mi palomar.

(*Ibid.*)

La carta que no escribí

Aparta tus vivaces primaveras
de mi destino solitario y vano.
No me quieras, mujer, si no quisieras
sólo querer a un pensativo hermano.

Mi historia es larga, mi ventura breve:
dilapidé mi juventud, mi vida.
Por eso criso una sonrisa leve
como los que respiran por la herida.

Con amores de tránsito y de viaje
colmé mal apetito de ilusión;
nadie me agradecía el hospedaje,
y una posada fué mi corazón.

¿Amé? Tal vez, cuando apuntaba el bozo.
¿Viví? Quizás, cuando cantar solía.
Iba curvado desde el tiempo mozo
por la fatiga de mi melodía.

De amores idos y de mis quimeras
vivo forjando este delirio estulto;
me equivoqué al pensar que tú pudieras
apaciguar el interior tumulto.

No me preguntes por qué ciertos días
soy tan hurano, no me pidas calma;
doctor en letras y melancolías,
tengo erizada de rencor el alma.

Y sin embargo las gaviotas solas
nunca vinieron sin hallar amparo;
un faro blanco elevo ante las olas;
cándido soy como guardián de faro.

¡En cuántas noches evité quebrantos!
Ningún navío se arriesgó hasta aquí,
y en la alborada de mis desencantos
dije tal vez: ¿quién me consuela a mí?

Consolarme de estar en este mundo,
consolarme si lloran los demás,
penas inconsolables y el inmundo
pudridero para siempre jamás.

Me han quitado mi lámpara festiva;
mírame bien las sienes a la luz;
tengo en las manos una llaga viva
y en la frente la sombra de la cruz.

(*Cantilena*.)

JOSE E. LORA Y LORA

(1885?-1908)

Nacido en Chiclayo. Gran poeta trunco. Murió en París, el año de 1908, destrozado por el Metropolitano. Su único libro apareció pocos meses después bajo el trunco título de *Anunciación*, con elogios de Chocano, Vargas Vila y otros escritores de su generación.

OBRA: *Anunciación* (París, 1908).

Piedad

Sea hoy, Señor, mi compasivo ruego
por el viejo filósofo eleusino,
por el perro que ladra en el camino,
por el peñasco que desciende, ciego.

Piedad, Señor. Piedad para la pena
que hizo vibrar el hierro al asesino,
para el vino maldito, para el vino
cuyo sorbo final está en el Sena.

Y para el pensamiento que en la noche
sin bordes de la Nada quedó preso
antes de hallar su verbo cristalino,

como la flor helada antes del broche,
como el amor extinto antes del beso,
como el canario muerto antes del trino.

(*Anunciación*,)

Rubén Darío

Bajo el azul del cielo de la América Hispana,
que no tizna una sombra, que no turba un rumor.

se ha posado en la copa de una acacia temprana,
con su estuche de trinos, un ducal ruiseñor.

Ruiseñor principesco, ¿quién te ha dado esos gules
que en tu escudo argentean con ingenuo blancor?
¿En cuál astro aprendiste las canciones azules
en que blondas doncellas languidecen de amor?

— ¿Eres el alma harmónica del dulce padre Orfeo?
— ¿El fué quien tu garganta trocó en un camaseo
donde las perlas locas sus serenatas dan?

— Soy el ave profética que pregona el reinado
de Rubén el glorioso, que en su reino ha encontrado
un perdido carrizo de la flauta de Pan.

(*Ibid.*)

Aguas de Leteo

El bardo soñoliento de blonda cabellera
y de ojos vagabundos, tu beso saboreó.
— ¿Recuerdas? La agonía. La parla plañidera.
La caja. Un lis. El nicho. La nave que partió.

El niño entre tus brazos ajó su primavera
como una rosa tierna marchita bajo un pie.
— ¿Recuerdas? La agonía. La súplica postrera.
La tarde moribunda. La nave que se fué.

Y el pobre anciano... Todos, cual un botón de fuego
de rápida eficacia, tocados fueron luego
que erguías en tus labios el son triunfal de un sí.

Y bien, árbol de muerte, tu negra sombra imploro.
Zarina de la estepa sin término, te adoro.
Corriente de un Leteo sin bordes, heme aquí.

(*Ibid.*)

El mismo fuego

I

Hoy mueren tus pupilas de languidez
sobre tus labios: frutas en madurez.
El misterio recóndito de tu mirar
saborea hoy las mieles de la embriaguez,
y ve alzar a la Borgia su desnudez
como un cáliz de carne sobre el Altar.

II

¿Qué hoguera hoy a tus ojos da su fulgor?
¿El fuego es en tus venas torturador?
¡Oh, inciense tu incensario con roja luz
y arómale en tus mirras a tu Señor,
como Teresa de Avila al Triunfador
que, gallardo y desnudo, murió en la Cruz...

(*Ibid.*)

“La Ronde de nuit”

Frente al lienzo amado de tu temerario
pincel, una inglesa dice un comentario:
¡Silencio, señores, que la Ronda pasa!

¡Oh! Rembrandt, perdona que el turismo estulto
— Amsterdam es cómplice — te ofrende su culto
y sin descubrirse penetre en tu casa...

Lea en el Baedeker la inglesa... ¡Presente,
Capitán, presente! ¡Salud, mi teniente!
¡Silencio, señores, que la ronda pasa!

Museo Real de Amsterdam.

(*Ibid.*)

Red, su sonrisa

Mi alma, Amazona en raudo clavileño,
dirigió otrora la ferrada brida
a las luengas quebradas de la Vida
y a los vailes efímeros del sueño.

Frente a la paz crepuscular, su leño
gozó del sol la pincelada de oro,
y del oceano en el decir sonoro
se oyó aclamar de las borrascas dueño.

Fué cual hoja que vuela de la rama,
cual mariposa en torno de la flama
o cual abeja que en el huerto ronda.

Mas, te vió sonreír. Y prisionera,
como Helios en tu rubia cabellera,
quedó en tu labio plácido, Gioconda.

(*Ibid.*)

Tras el estío

Con el incendio que te encendía
quemó tu labio mi labio un día,
pero la nieve pronto llegó.

La bienvenida, la Primavera,
de nuestro ensueño fué compañera.
un sol de mayo la iluminó.

Cantó mi alondra, creció mi río,
fué dulce el beso del Padre Estío.
pero la nieve pronto llegó.

(*Ibid.*)

FELIPE SASSONE

(1885)

Nacido en Lima. Autor teatral y también de novelas. Ha escrito versos eróticos y elegíacos. Casi toda su vida ha transcurrido en España.

OBRAS PRINCIPALES: *La canción del bohemio* (verso), *Malos Amores*, *La espuma de Afrodita* (novelas), *Almas de fuego*, *Vórtice de amor*, *Rimas de sensualidad y de ensueño* (versos), *El intérprete de Hamlet*, *Lo que se llevan las horas* (teatro), etc.

Canción de primavera

Esta vaga inquietud de primavera
que a tu belleza de emoción llenara
en la verde quietud de la pradera,
brilla en los ojos de la tarde clara
y en los rizos de tu aurea cabellera.

El carmín de tus labios sensuales
que con tus besos al amor inmolas,
triunfa de tus mejillas virginales,
como la sangre de las amapolas
en la rubia extensión de los trigales.

Los arroyos su música de plata
del campo en los rincones más floridos
dicen en fresca y juvenil cantata,
y vibran en tu carne los sonidos
y el paisaje en tus ojos se retrata.

Va cayendo la tarde. Los pastores
conducen el rebaño a los rediles:
el sol va ya menguando sus ardores,
y el eco de las flautas pastoriles
resuena como un cántico de amores.

Tú sigues ensoñando en la pradera:
los cándidos albores de una toca
monjil la luna finge, y yo quisiera,
viendo tu soledad que a amar provoca,
apagar en la fuente de tu boca
esta vaga inquietud de primavera.

V

ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIAN

(1884-1937)

Nació y murió en Lima. Periodista, diplomático, escritor. Viajó por Cuba y Estados Unidos en una misión de difusión cultural, desde 1917. Representó al Perú en Uruguay, Brasil, Bolivia. Fundó *Cultura*, revista de arte y literatura, en 1915; colaboró en *Contemporáneos*, de fecha anterior; prestó su cooperación a muchas empresas intelectuales, incluyendo la de *Presente*, revista inactual, aparecida en 1930. Fué, también, funcionario político, desde 1928, y después jefe de una casa de ediciones e impresiones en Lima.

OBRAS: *Elogios* (1911), *La Evocadora* (1912), *Arias de Silencio* (1916), *Poemas autóctonos* (La Paz, 1920), *Poetas brasileños* (Río de Janeiro), *Antipoemas* (Montevideo, 1926), *Odas vulgares* (Montevideo), *Junín* (Lima, 1930).

Elogio

El misterioso encanto de las claras albercas
en que se duerme el agua con un viejo añorar
morisco, guardaría a la sombra de las cercas
de arrayanes tu cuerpo de blancura lunar.

Cuando bajo las gasas flotantes te me acercas,
pienso en las favoritas, en las flores de azahar,
en la Alhambra lejana y en las claras albercas
en que se duerme el agua con un viejo añorar.

Para amarte quisiera ser como los zegríes,
alma de sensualismo y calor, y volcara,
como un calidoscopio de encantación, rubíes,

carbunclos y zafíros, el caudal de Aladino,
para formarte el lecho del culto de Dzohara
en mi tienda de errante del eterno camino.

(*Elogios.*)

Elogio

Eres como una hermana de aquella dulce Clara de Ellebeuse, a que hiciera Francis Jammes heroína de una historia de ensueño. Siempre te imaginara viviendo la existencia, anormal y divina,

de una vida eterna. En la clara piscina del llanto se ahondaron tus ojos, y a tu cara la tristeza llevó esa luz marfilina que en los misales góticos la Edad Media dejara.

En toda tu silueta vive el encanto triste de las amadas idas, cuyo recuerdo viste de lilas y tristezas nuestras vidas saudosas

de poeta; parece que fueras una de ellas resucitada bajo de las dolientes rosas de un túmulo en que ardía la luz de las estrellas.

(*Elogios.*)

El poste

Negro, largo,
solo en la cumbre,
colgado de los alambres
está el poste
del telégrafo.

A través
de los vidrios
del sleeping-car
miro a Cristo
clavado en él,
con los brazos abiertos.

No sufre.
Con sus manos,
con sus pies

que sangran,
está tranquilo
y diáfano.

Los alambres,
electrizándose
se estremecen,
palpitán,
llevan palabras,
deseos.

Cristo desfallece.

Ninguna de las palabras
es la que espera,
la que viene de su padre.

Ninguna
dice de Dios.

La golondrina
que aún tiene en el pecho
blanco sabor de cascarones,
juntas las manos,
le dice aquello
que nunca llevarán los alambres
en el alfabeto de Morse.

(*Antipoemas.*)

Oroya

La sombra de las minas
se ha hecho fuego y movimiento.

Rieles, fajas, elevadores,
hornos, cámaras de humo, canales de metal fundido,
y todo el mundo animado
del eje, la rueda, la palanca y el émbolo,
el fuego, el vapor y la electricidad,
girando, rodando, aspirando, incendiando y fundiendo
bajo la vigilancia de las chimeneas rascacielos
que desconcertadas ante las cumbres andinas
se estiran en una fracasada aspiración telescopica,
y como no pueden llegar a la altura
escupen al cielo
el asfixiante vaho sulfuroso
de sus entrañas ardientes.

El humo
pavona de amarillo azul,
calcina los troncos, los pastos, las peñas,
rasca las gargantas
y muerde los pulmones
con la disolvente acción de los sulfuros.

Las quebradas,
los cerros,
el río,
los hombres,
todo se unimisma en el gran ritmo fundente de los hornos.

Realización del sueño yanqui
— mecánica, capitales, optimismo —,
unida al despertar indígena,
viviendo a su compás acelerado,
siempre pronto el brazo en el manubrio
y el ojo avizor en el metal candente.

(Junín.)

Quenas

(Blanca de luna la quena
hila en la noche su cantar.)

Palomita de nieve
sin sol,
quién te hiciera
rosada de amor.

Palomita blanca
como el nevado,
como él das sombra
y viertes luz.

Luz de deseos
a quien te mira,
noche de penas
a quien te amó.

(Ibid.)

Los morochucos

Cascos duros de piedra,
erizados pellejos serranos,
pulmones de distancia y altura,
bebedores de vientos y cielos.

Oteadores de invisibles caminos,
incansables y humildes
comedores de ichu
que abrevan en el fango
y ruedan como galgas hacia abajo,
para volar como cóndores a las cumbres.

Cual el corcel del llanero y del gaucho
vienen de la Conquista,
pero anidando en los Andes
se han hecho indios.
Incansables, tenaces y fuertes,
invencibles donde
el aire de la altura se afila.

(*Ibid.*)

JOSE MARIA EGUREN

(1882)

Nacido en Lima. El primer poeta simbolista del Perú. De rara estirpe, mantiene su filiación típica y exclusivamente de artista.

OBRAS: *Simbólicas* (Lima, 1911), *La Canción de las Figuras* (Lima, 1916), *Poetas* (Lima, 1929). (También puede verse en *Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos*, Lima, 1924. Ha sido traducido al francés, inglés, danés, alemán. Isaac Goldberg tiene un excelente estudio de él en su *Studies in Spanish American Literature*, New York, 1920. Véanse, además, el estudio de Pedro S. Zulen en *Ilustración Peruana*, Lima, 1911, y el de Jorge Basadre en *Equivocaciones*, Lima, 1928, así como el número especial de *Amauta*, Lima, 1928, y el *Proceso de la literatura peruana en Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, por José Carlos Mariátegui, Lima, 1928.)

El duque

Hoy se casa el duque Nuez;
viene el chantré, viene el juez
y con pendones escarlata
florida cabalgata,
a la una, a las dos, a las diez;
que se casa el duque Primor
con la hija de Clavo de Olor.
Allí están, con pieles de bisonte,
los caballos de Lobo del Monte,
y con ceño triunfante,
Galo cetrino, Rodolfo montante.
Y en la capilla está la bella,
mas no ha venido el Duque tras ella;
los magnates postradores,
aduladores,
al suelo el penacho inclinan;
los corvados, los bisiestos
dan sus gestos, sus gestos, sus gestos;

y la turba melenuda
 estornuda, estornuda, estornuda.
 Y a los pórticos, y a los espacios
 mira la novia con ardor;
 son sus ojos dos topacios
 de brillor.
 Y hacen fieros ademanes,
 nobles, rojos como alacranes;
 concentrando sus resuellos,
 grita el más heroico de ellos:
 «¿Quién al gran Duque entretiene?»
 Ya el gran cortejo se irrita!...
 Pero, el Duque no viene...
 ¡Se lo ha comido Paquita!...

(*Simbólicas.*)

Peregrín, cazador de figuras

En el mirador de la fantasía,
 al brillar de perfumes,
 tembloroso de armonía;
 en la noche que llamas consume;
 cuando duerme el ánade implume,
 los orfícos insectos se abruman
 y luciérnagas fuman;
 cuando lucen los silfos galones, entorcho
 y vuelan mariposas de corcho
 o los rubios vampiros cecean,
 o las firmes jorobas campean,
 por la noche de los matices,
 de ojos muertos y largas narices;
 en el mirador distante,
 por las llanuras,
 Peregrín, cazador de figuras,
 con ojos de diamante
 mira desde las ciegas alturas.

(*La canción de las figuras.*)

Las bodas vienesas

En la casa de las bagatelas,
vi un mágico verde con rostro cenceño,
y las cicindelas
vistosas le cubren la barba de sueño.
Dos infantes oblongos deliran
y al cielo levantan sus rápidas manos,
y dos rubios gigantes suspiran,
y el coro preludian cretinos ancianos.
Que es la hora de la maravilla;
la música rompe de canes y leones
y bajo chinesca pantalla amarilla
se tuercen guineos con sus acordeones.
Y al compás de los címbalos suaves,
del hijo del Rino comienzan las bodas;
y con sus basquiñas enormes y graves
preséntanse mustias las primas beudas,
y margraves de aña Germania
y el rútilo extraño de blonda melena
y llega con flores azules de insanía
la bárbara y dulce princesa de Viena.
Y al dulzor de virgíneas camelias
va en pos del cortejo la banda macrovia,
y rígidas, fuertes, las tías Ofelias;
y luego cojeando, cojeando la novia,
la luz de Varsovia.
Y en la racha que sube a los techos
se pierden al punto las mudas señales,
y al compás alegre de enanos deshechos
se elevan divinos los cantos nupciales.
En la bruma de la pesadilla
se ahogan luceros azules y raros,
y, al punto, se extiende como nubecilla
el mago misterio de los ojos claros.

(*Simbólicas.*)

Syhma la blanca

De sangre celeste,
Syhma la blanca,
sueña triste
en la torre de ámbar.

Y sotas de copas
verdelistadas
un obscuro
vino le preparan.

Sueños azulean
la bruna laca,
mudos rojos
cierran la ventana.

El silencio cunde,
las elfas vagan;
y huye luego
la mansión cerrada.

(*Ibid.*)

El dominó

Alumbraron en la mesa los candiles,
moviéronse solos los aguamaniles,
y un dominó vacío pero animado,
mientras ríe por la calle la verbena,
se sienta, iluminado,
y principia la cena!
Su claro antifaz de un amarillo frío
da los espantos en derredor sombrío
esta noche de insondables maravillas
y tiende vagas, lucí fugas señales
a los vasos, las sillas
de ausentes comensales.
Y luego en horror que nacarado flota,
por la alta noche de voluntad ignota,
en la luz olvida manjares dorados,

ronronea una oración culpable llena
de lamentos desolados
y abandona la cena.

(*Ibid.*)

La niña de la lámpara azul

En el pasadizo nebuloso
cual mágico sueño de Estambul,
su perfil presenta destellos
la niña de la lámpara azul.

Agil y risueña se insinúa
y su llama seductora brilla,
tiembla en su cabello la garúa
de la playa de la maravilla.

Con voz infantil y melodiosa,
con fresco aroma de abedul,
habla de una vida milagrosa
la niña de la lámpara azul.

Con cálidos ojos de dulzura
y besos de amor matutino,
me ofrece la bella criatura
un mágico y celeste camino.

De encantación en un derroche,
hiende leda, vaporoso tul;
y me guía a través de la noche
la niña de la lámpara azul.

(*La canción de las figuras.*)

Noche I

Es la noche de amargura;
qué callada, qué dormida
la ciudad de la locura;
la ciudad de los fanales

clamorosos, de las vías funerales,
la mansión de las señales.
En mi estancia denegrida,
mustia, ronca, pavorida,
donde duermen los estantes;
ciegos libros ignorantes,
de la muerte con la esencia están los vasos
y ora vienen, ora riman,
ora lentos se aproximan
unos pasos, unos pasos.
¡Triste noche! Baja bruma
de arrecida sensación el alma llena;
es la hora que me abruma
con el vivo despertar de mi honda pena;
son las doce, la inserena
luna llora; viene aquí la muerta mía,
a la estancia de los tristes cielos rasos;
¡cómo llegan con letal melancolía,
ay, sus pasos, ay, sus pasos!
Fué de luz tu madrugada,
fué dichosa; recorriste, por la senda coloreada,
todo un sueño en esta vida que es tan triste,
todo un sueño en esta vida inconsolada.
Infantil y reidora,
noche, nunca presintiera
en el sueño tu alma aurora!
¡tu balada tempranera!
y hoy en noche aridecida siento pasos,
ay, tus pasos, ay, tus pasos!
Y después la puna helada
te vió enferma, nacarada;
y tus risas matinales
se volvieron tristes notas musicales.
Y de Schumann vibraciones,
de Chopin tribulaciones
diste al piano con azules lloros lasos,
como suenan las canciones
de tus pasos, de tus pasos.
Y en tu pálida agonía,
me dijiste que vendría
tu alma a ver la mi esperanza que fenece
en la muda librería
donde Sirio se obscurece;
tu alma a ver mi desventura,
mi ventana, la ciudad de la locura; y
y en la noche quemadora de la mente,

sólo llegan, tristemente,
ay, tus pasos, ay, tus pasos!

(*Ibid.*)

La Pensativa

En los jardines otoñales,
bajo palmeras virginales,
miré pasar, muda y esquiva,
la Pensativa.

La vi en azul de la mañana,
con su mirada tan lejana,
que en el misterio se perdía
de la borrosa celestía.

La vi en rosados barandales
donde lucía sus biales;
y su faz bella vespertina
era un pesar en la neblina...

Luego marchaba silenciosa
en la penumbra candorosa,
y en triste orgullo se encendía.
¿Qué pensaría?

¡Oh su semblante nacarado
con la inocencia y el pecado!
¡Oh sus miradas peregrinas
de las llanuras mortecinas!
Era beldad hechizadora;
era el dolor que nunca llora.
Sin la virtud y la ironía,
¿qué sentiría?

En la serena madrugada,
la vi volver apesadada,
rumbo al poniente, muda, esquiva,
¡la Pensativa!

(*Poesías.*)

El cuarto cerrado

Mis ojos han visto
el cuarto cerrado,
cual inmóviles labios su puerta...
¡está silenciado!...
Su oblonga ventana como un ojo abierto,
vidriosa me mira
como un ojo triste,
con mirada que nunca retira
como un ojo muerto.
Por la grieta salen
las emanaciones
frías y morbosas;
¡ay, las humedades como pesarosas
fluyen a la acera:
como si de lágrimas
el cuarto cerrado un pozo tuviera!
Los hechos fatales
nos oculta en su frío reposo...
¡Cuarto enmudecido!
¡cuarto tenebroso!
con sus penas habrá atardecido
cuántas juventudes!
¡Oh, cuántas bellezas habrá despedido!
¡Cuántas agonías!
¡Cuántos ataúdes!
Su camino siguieron los años,
los días,
galantes engaños
y placenterías...
en el cuarto fatal, aterido,
todo ha terminado;
hoy sus sombras el ánima oprimen
y está como un crimen
el cuarto cerrado!

(La canción de las figuras.)

PERCY GIBSON

(¿1890?)

Nacido en Arequipa, entre 1885 y 1890. Poeta eglógico y humorístico. Sus poemas andan dispersos en revistas y diarios. Bohemio en su primera juventud, ahora reside en Europa.

OBRAS: *Jornada heroica* (1916) y un folleto político. Parte de sus últimos poemas se halla colecciónada en *Mundial*, número dedicado al Cusco (Lima, 1928).

¡Oh dulce amanecer!...

¡Oh dulce amanecer tras la lluvia con arco iris y con polluelos chillando entumecidos, erizadas las pobres plumas entre nidos, en ramajes que dora la lumbre de un sol parco!

¡Oh dulce amanecer con hondo cielo zanco, leve aire, babear de los bueyes uncidos, asno humilde que trota por senderos floridos, voz de agua, bordes húmedos y espejante charco!

¡Oh dulce amanecer con sones de campana y aleluyas de armonium en celeste capilla donde está el niño Dios con su madre aldeana!...

Dios no está en todas partes, sino en la ingenua villa, durmiendo en el establo sobre la paja sana, y en el corazón puro de la gente sencilla...

¿Dónde está?

¿Y el árbol cuyos frutos la pupila infantil miraba codiciosa, radiante, con temblor

de gota de rocío sobre cáliz de flor
cuando eran las mejillas rosas y el alma abril?

¿Y en la flora el temprano trinar primaveral?
¿Y el mugido del joven toro ebrio de amor?
¿Y las húmedas yerbas esparciendo su olor
en el aire azulado, puro, leve y sutil?

¿Y la virgen pastora con cara fresca y con
tiernas carnes que olían a trigo, y el gañán
mancebo que la amaba con rústica pasión?

¿Y la lluvia lavando las ramas? ¿Y el afán
de ser feliz? ¿Y el iris como ingenua ilusión
fulgurante? ¡Ilusiones que ya no volverán!

28 de Julio

Aniversario patrio
y solemne TE DEUM oficial:
desfile por el atrio
de la vetusta catedral,
pompa de instituciones:
sombreros arrogantes de tres picos,
vocálicos bastones
de empuñadura de oro y de bordones,
militares paños ricos,
áureos de charreteras y galones
y condecoraciones
bien ganadas,
pendientes las espadas
de los rojos cordones.

Con mesurado paso va el conjunto
del Poder Judicial:
verde cinta curial,
un fracaso de frac y tarro de unto.
El cuerpo edil en verdinegra ropa
se encamina al civil ceremonial,
con sombreros de copa
mellados por la pátina ancestral.

Grupo de beneméritos ancianos,
achacosos y canos,

la carraspera heroica de sus pechos
constelados de insignias de sus hechos
veteranos,
con los mustios marfiles de sus manos
llevan el estandarte albo-escarlata,
nuestro escudo bordado en oro y plata.

Escéptico y apático,
desdoblando el cintajo catedrático
que hace colgar de su esternón asmático,
sacudiendo su abulia
y el polvo de su traje reverente,
a la asistencia julia
marcha el cuerpo docente,
del Gran San Agustín:
miscelánea
de una guardarropía coetánea
de la Proclamación de San Martín,
Jura de la bandera, gran parada
del ejército, vótores, cohetes,
y por la Plaza de Armas exornada
de guirnaldas, festones, gallardetes,
dirigiendo a los párculos cadetes
— civilis jaculorum simplicitas —
van sotanas teológicas,
dogmáticos bonetes,
didácticas levitas
y chisteras fraidólogas.
Al son y rataplán de los marciales
clarines y atabales,
bajo la gloria de pendones
y escudos de los próceres egregios,
marcan el paso en batallones
uniformados los colegios...

En la imponente catedral,
al góticó reflejo del vitral
— entre liturgias, cánticos canónicos,
monaguillos carmesos, humo, graves
melodías del órgano en las naves —,
el conjunto de tipos anacrónicos
parece un desentierro
con sabor nacional de Pancho Fierro.

(*Variedades*, Lima, julio de 1929.)

Alba litúrgica

(Motete a Capeila)

A San Gregorio Magno

En romana basílica de pinos
resplandece solar custodia de oro;
muge el *Tedeum* sacerdote toro,
y seglares corderos de albos linos

balan latines trémulos. El coro
eleva el aleluya de los trinos,
y caen los raudales cristalinos
con inflexiones de órgano sonoro.

Colma el intercolumnio de la nave
el rito gregoriano. La divina
música pastoral fluye del clave

plena de fe católica pristina:
motivos del *Stabat* y del *Ave*
que vierte un invisible Palestrina.

Invocación a Luisa

Dominus dedit

No debiste morir, tú no debiste
morir, dulce canción de primavera,
dulce canción que me dejaste triste,
y así triste he de estar hasta que muera.

Tú viniste del cielo, tú viniste
para purificar mi vida entera;
se desprendió tu espíritu, moriste
y se santificó tu faz de cera.

Mística oveja del celeste predio,
con el alba tornaste... Dios te quiso
para el rebaño de Jesús... En medio

de este valle de lágrimas, remiso,
suspirando por ti no hallo remedio...
Un día te veré en el Paraíso.

El reino de los cielos

Alba, claro trino,
mística azucena,
albura de lino
de prédica buena.

¡Oh candor divino
de faz nazarena
que da el pan y el vino
de la última cena!

La paz campesina
se inciensa de granzas.

Agua cristalina
salmodia loanzas.

Dice la colina
bienaventuranzas.

* * *

A espigar vinieron
a mi campo un día
y luego dijeron
el Ave María.

Los frutos cogieron
de mi huerta pía,
y tarde se fueron
 llenos de alegría.

Mis campos miraron
para su esperanza.

Mis vegas regaron
para su labranza,

mi grey trasquilaron
para su bonanza.

* * *

¡Oh Jesús amigo,
nada me han dejado!
Bendice su trigo,
su hogar, su ganado.

Bendice el ombligo
del recién llegado;
yo estaré contigo,
de tu padre al lado.

Me iré como el humo
que el azul araña,

beberé del zumo
de celeste viña,

gustaré tu grumo,
veré tu campiña.

RENATO MORALES DE RIVERA

Nacido en Arequipa. Murió en plena madurez, después de los 40 años. Elegíaco, lírico de verdad; sus versos, intensos, andan perdidos en revistas y diarios.

Advierte . . .

Advierte
que en el trance mayor he sido fuerte;
advierte
que mi gesto más bello fué la muerte;
de suerte
que un día
que la Enlutada vaya a verte
tu hora debe ser como la mía.

Añora
la promesa que hiciste, soñadora,
cuando era
bella, muy bella aún la primavera,
y había
temprana
enfloración de rosas y había
pagana
energía
en la bravía fuente cristalina.

Añora
que al amor de un crepúsculo de aldea
me holocaustaste el voto de tu hora...
Sé mía
y sea
todo en belleza y en melancolía
al consumirse la votiva tea.

La última noche que bajó al jardín...

Cesó de pronto en el piano
 la agria desesperanza de Chopin.
 Amplióse el Tiempo siloso y vano,
 como una pausa abierta en el Destino,
 y sobre mi corazón cesó también
 aquel anhélito asesino
 que ahuecara mi sien.

Murió la luz tras los vitrales
 y luego, la escalera,
 donde tendió la escarcha sus alfombras
 consteladas,
 abrióse en plinto de marmóreas gradas
 cuando ella,
 cauta y sigilosa, hiciera
 su furtiva incursión hacia las sombras.

Era la noche última.
 Después vendría la distancia inmensa.
 Tal vez la noche sin anhelos
 de la fosa telúrica,
 la frigidez intensa
 del trágico subsuelo.

Había un esotérico derroche
 en su silueta, en el frondaje, en todo,
 cuando con cauto y siloso modo
 vino impelida a acelerar el fin
 del viejo idilio que murió esa noche,
 la última noche que bajó al jardín.

Abandonóme el talle, temerosa
 de las brunas tragedias en acecho,
 y, pavorido en su prisión de seda,
 latió su frágil corazón de rosa.
 Y así, teniendo ante mi pecho
 toda su forma desmayada y queda
 y todos sus pudores en desecho,
 bebi su aliento, su perfume, su alma,
 mientras la noche deshojaba, leda, el haz
 traidor de su mentida calma.

Y así, teniendo ante mi pecho
el alivio cordial de sus senos erguidos,
y teniendo también, para mi mal,
el dolor de pensar, que nunca alivia,
recliné mis sentidos
sobre el tibio contacto de sus senos
aprisionados por la seda tibia.

Bella, durmiente, idolatrada,
abandonóse a los caprichos sabios
de mis perversas manos ávidas.
Blanca, desmelenada,
sólo la fiebre florecía cárdena
en la viva herida de sus labios.
Su voz, mojada en lágrimas,
era un trémolo grave de violín.
¡Aquella noche tentadora y trágica,
la última noche que bajó al jardín...!

Nuestra mutua ansiedad, hecha pedazos,
rodó por la pendiente prohibida.
Amor, ensueño, transfusión de vida,
rumor de besos y calor de abrazos,
tal fué todo en aquella despedida.
Y ella, divinamente enloquecida,
deshizo el lazo de sus brazos
y huyó cerval y para siempre herida.
Herida para siempre y para nunca
por el ímpetu cálido y malsano
de una caricia dolorosa y truncada...

.....

Después, mucho después,
sollozaba de nuevo en el piano
la agria desesperanza de Chopin...

ALBERTO J. URETA

(1887)

Nacido en Ica. Profesor de la Universidad Mayor de San Marcos, Facultad de Letras. Actitud serena y resignada ante la vida. Poeta de gran calidad. Actualmente Cónsul en Madrid, residente en Marsella.

OBRAS: *Rumor de almas* (Lima, 1911), *El Dolor pensativo* (Lima, 1917), *Florilegio* (Costa Rica, 1920), *Poemas* (Lima, 1924), *Las Tiendas del Desierto* (Lima, 1933). *Elegías de la Cabeza Loca* (París, 1937); y en prosa: *Carlos Augusto Salaverry* (1918), *El Parnaso y el Simbolismo* (1915.)

Canciones ingenuas

I

¡Pobre amor! — No lo despiertes,
que se ha quedado dormido.
Hay en sus labios inertes
la tristeza del olvido.
¡Pobre amor! — No lo despiertes.
Dios sabe cuánto ha sufrido.
¡Pobre amor! — No lo despiertes,
que se ha quedado dormido.

(*Rumor de Almas.*)

Romerías de ensueños

III

Yo sé que en tus tristezas hay algo que sonríe,
como sonríe el oro de la tarde en la sombra.
Nada dice tu labio del secreto, mas nombra
una palabra, siempre, que tu dolor desliza

en el frívolo canto de tu frase marchita.
Sigue con la mirada doliente en el camino,

preguntando a las sendas si vuelve el peregrino,
toda el alma y los ojos llenos de ansia infinita.

Y cuando ya la tarde se agoste en el ocaso,
entrarás en tu alcoba para soñar, acaso,
que alguien que tú esperabas viene por el sendero:

que se cumple en tu vida la promesa lejana,
y que bajo la cifra de tu nombre, el viajero
ha dejado una frase de amor en la ventana.

Gris de invierno

II

Años vendrán, más tarde, en que tu risa
pierda todo su encanto;
en que el soplo bendito que la anima
se escape de tus labios
como al volar a la mansión divina
se desprenden las almas de los santos.

Años vendrán más tarde en que tu risa,
como una evocación del desengaño,
al brotar de tu espíritu se extinga
en un perfil amargo;
años en que te olvides de ti misma
por mirar el pasado;
que asistas al entierro de esa vida
que viviste de amor y de entusiasmo,
y la ola de pasión muera tranquila,
dejando espuma en tus cabellos blancos.

(*Rumor de almas.*)

La tristeza sonriente

V

Se quema el tiempo sin cesar. Las horas
caen hechas ceniza
y ruedan al abismo de la nada
las dichas y las penas confundidas.

Cada hora que se quema es una lágrima,
alguna vez — muy rara — una sonrisa,
y siempre una amenaza que nos sigue
y nos acecha al borde de la vida.

Si es que sufres más tarde,
si el Destino de una ilusión te priva,
piensa — el poeta te lo dice —, piensa
que al volar de los días,
cuando el pasado sea ante tus ojos
como una flor marchita,
han de quedar tan sólo,
de todos tus dolores y alegrías,
un recuerdo muy tenue que se esfuma
y un puñado de tiempo hecho ceniza.

(El dolor pensativo.)

La tristeza humilde

*A mi hermano Alejandro,
con toda el alma.*

I

Aquel que pasa sin mirar las cosas
e ignora adónde ha de llegar al fin,
qué bien ha de dormir sobre las rosas
ajadas del festín.

Aquel que espera siempre en un risueño
panorama que alivie su dolor,
qué bien ha de dormir cuando en su sueño
surja el sueño de amor.

Y aquel que busca para su alma enferma
remedio que jamás ha de encontrar,
qué bien ha de dormir cuando se duerma
para no despertar.

(Ibid.)

La tristeza mística

V

Ama a Dios en ti mismo y en la inmensa
bondad de su obra;
porque puso
poesía en la tierra;
porque adornó el zarzal de los caminos
con madreselvas;
porque un día,
con el iris de todos los colores,
pintó sobre el azul del firmamento
un símbolo de paz y de concordia;
porque supo morir como los buenos
por un ideal;
porque enseñó con sangre
de su mismo dolor esa doctrina
de caridad y amor que han olvidado
los hombres en la tierra.

(*Ibid.*)

Nos buscaremos en los ojos...

Nos buscaremos en los ojos sin encontrarnos.
Como en un laberinto,
nuestros recuerdos andarán a tientas
y perdidos.

¿La salida? ¿La huella?
¿La luz? ¿El camino?
¡Las aves que habrán devorado
los mendrugos de pan que dejó Pulgarcito!

Angustia de sentirse
uno y distinto,
de tener que dejar en las cosas un poco
de nosotros mismos.

Nada de lo que fué
tendrá el sentido

lejano que le dieron
tus delirios.

El viejo filósofo
que amábamos, dijo:
No pasa dos veces la misma corriente
por el mismo cauce del río.

(Madrid, 1934.)

Elegías a la cabeza loca

¿Cómo le ha ido, su merced?
¿Ese era tu saludo ritual,
a la salida de las vísperas, en el atrio
de la pequeña iglesia parroquial?

Ese era tu saludo. Sí. Aún retiene
mi oído el tono leve y conventual
de tu frase, y aquel acento tuyo,
tan tuyo y tan humilde de franciscana paz.

Después, bajo los ficus enormes de la plaza,
te ponías a hablar
del último milagro
que contó el padre Juan.

Beatriz se llamaba la novicia — una santa
de quince años — que cuidaba el altar
de Nuestra Señora de las Blancas Espinas.
(Blancas, que por una noche florecieron de azahar.
cuando no sé qué dama de la leyenda
descubrió en su heredad
la imagen de la virgen milagrosa
escondida en el fondo del zarzal.)

Qué bien decías el pasaje aquél
del caballero que una mano fatal
hirió en el bosque,
y a quien la santa prodigó su piedad.

Luego su amor. Y luego, su aventura
a través de los hombres. Y el mal
del mundo, que empañó su vida.
Y el regreso tristísimo al hogar.

Y sin embargo, nadie supo de su extravío,
ni nadie reparó en su ausencia, jamás;
porque Nuestra Señora de las Blancas Espinas
quiso ocupar su sitio, y bajó del altar.

Ese era entre todos los milagros
el que tú amabas más.
Porque era tu destino. Y lo sentías,
pobre Cabeza Loca, sin saberlo quizás.

(Elegías a la cabeza loca.)

ABRAHAM VALDELOMAR

(1887?-1919)

Nació en Caucato (Ica); murió en Ayacucho. El más significativo representante del arte nuevo peruano, iniciador del movimiento *Colbánida* (1916). Ganó el primer premio en el concurso de *La Nación* de Lima, con su célebre cuento «El Caballero Carmelo» (1913). Actuó en política al lado del movimiento populista de Billinghurst, en 1912. Viajó por Italia e imitó a D'Annunzio. Encarnó el espíritu antiuniversitario. En 1918 hacía jiras de conferencias por todo el Perú, con cuyo espíritu quería compenetrarse. Fué electo diputado regional por Ica, en 1919; designado secretario del Congreso Regional del centro, murió el día de la apertura de éste, de modo trágico.

OBRAS: *La Mariscala*, novela histórica (Lima, 1915), *El Caballero Carmelo* (cuentos, Lima, 1918), *Belmonte el trágico* (Lima, 1919), *Los hijos del sol* (Lima, 1921). Sus versos están, parcialmente; en *Las Voces Múltiples* (Lima, 1916). Dejó inéditos: *Neuronas*, *Diálogos Máximos*, *La Aldea encantada*, etc.

Tristitia

Mi infancia, que fué dulce, serena, triste y sola,
se deslizó en la paz de una aldea lejana,
entre el manso rumor con que muere una ola
y el tañer doloroso de una vieja campana.

Dábame el mar la nota de su melancolía;
el cielo, la serena quietud de su belleza;
los besos de mi madre, una dulce alegría,
y la muerte del sol, una vaga tristeza.

En la mañana azul, al despertar, sentía
el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo denso, perfumado, del mar,

y lo que él me dijera, aún en mi alma persiste;
mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar.

La danza de las horas

Hoy que está la mañana fresca, azul y lozana;
 hoy que parece un niño juguetón la mañana,
 y el sol parece como que quisiera subir
 corriendo por las nubes en la extensión lejana,
 hoy quisiera reír...

Hoy que la tarde está dorada y encendida;
 en que cantan los campos una canción de vida
 bajo el cóncavo cielo que se copia en el mar,
 hoy, la Muerte parece que estuviera dormida,
 hoy quisiera besar...

Hoy que la luna tiene un color ceniciente;
 hoy que me dice cosas tan ambiguas el viento,
 a cuyo paso eriza su cabellera el mar;
 hoy, que las horas tienen un sonido más lento,
 hoy quisiera llorar...

Hoy, que la noche tiene una trágica duda
 en que vaga en las sombras una pregunta muda;
 en que siento que algo siniestro va a venir,
 que se baña en el pecho la tristeza desnuda,
 hoy quisiera morir...

Blanca la novia

— Amada, ya es la hora,
 ya se acerca la aurora
 y el cura en la capilla nos espera.

— Más tarde, cuando muera
 la primavera.

— Amada, ponte presto los azahares,
 que ya las luces brillan en los altares
 y canta el río.

— Luego, amor mío,
 cuando muera el estío.

— Amada, nos esperan en la capilla,
ponte presto los azahares y la mantilla,
porque ya están las rosas en retoño.

— Espera, amado, espera,
cuando muera el otoño.

— Amada, ponte el velo de desposada,
que cantan las palomas en la enramada
su canto tierno.

— Imposible, no esperes:
ya ha llegado el invierno.

Abre el pozo

Abre el pozo su boca, como vieja pupila
sin lágrimas. El fiorbo se envejeció trepando.
El horno que en la pascua cociera el bollo blando,
como una gran tortuga, silencioso, vigila.

La araña en los rincones, nerviosa y pulcra, hila,
la artera geometría de su malla enredando.
Las abejas no vienen a libar, como cuando
miel destilaba el pecho que ahora dolor destila.

Los restos de mi dulce niñez busco en la obscura
soledad de las salas, en el viejo granero,
y sólo encuentro la honda soledad del pasado.

El corazón me lleva por el viejo granero
y encuentro en los despojos, viejo, decapitado,
el caballo de pino del que fuí caballero.

El hermano ausente en la cena pascual

La misma mesa antigua y holgada, de nogal,
y sobre ella la misma blancura del mantel,
y los cuadros de caza de anónimo pincel,
y la obscura alacena... todo, todo está igual.

Pero hay un sitio vacío, en la mesa, hacia el cual
tiende a veces mi madre su mirada de miel,
y se musita el nombre del ausente, pero él
falta, este año, a sentarse en la mesa pascual.

La vieja criada pone, sin dejarse sentir,
las humeantes viandas y el plácido manjar,
pero no hay la alegría ni el afán de reír

que animaron antaño la cena familiar...
Y mi madre que, acaso, algo quiere decir,
ve el lugar del ausente y se pone a llorar...

(Las Voces Múltiples.)

Yo, pecador

Mi boca fué a manera de un ático panal
do acudieron los besos en lírico tropel,
abejas amorosas que llenaron de miel
mi espíritu sediento y mi carne mortal.

Ha gravitado en mi alma, sincera y vertical,
la voz inexorable y cóncava de aquel
de testa fascinante que al bíblico vergel
arrancó la manzana con giros de espiral.

Soy, Señor, de tus siervos, quien más ha delinquido:
el no poder amar fué mi pena más honda,
el no poder besar fué mi mayor tormento.

Dame, de tus castigos, la acre copa redonda;
y pues soy de tus siervos el que más te ha ofendido,
yo te pido perdón... pero no me arrepiento.

V I

PABLO ABRIL DE VIVERO

Nacido en Lima, hacia 1893. Poeta elegíaco y erótico. Ganó un concurso de madrigales en 1916. Es diplomático y ha residido entre Francia y España durante varios años. Actualmente en Colombia como funcionario gubernativo.

OBRAS: *Las Alas Rotas* (Lima, 1917), *Ausencia* (París, 1928).

No alumbrará el distante...

No alumbrará el distante fulgor de las estrellas
las zarzas y asperezas hostiles del camino,
y he de seguir la senda que me trazó el destino,
sin encontrar sus pasos y sin besar sus huellas.

En una torturante visión retrospectiva
tu peregrina imagen surgirá del pasado,
cuando se abría mi alma de amores a tu lado,
y me miraba tu honda mirada pensativa...

No escucharé tu acento ni te veré más nunca
y lloraré la pena de mi quimera trunca
en mis eternas noches de hermético negror,

sin esperar siquiera la fuente de otros labios,
porque el inexorable dolor de tus agravios
me ha convertido en paria proscrito del amor.

El poema del viaje

Iba contigo en el esquife
sin rumbo claro de mis sueños,
por mares no sabidos;
vastos mares profundos de misterios.
Tú eras la capitana
de mi bajel quimérico,
cuyas latinas velas

se hinchaban como senos
a la sola caricia
pasajera del viento.
Libres de la ciudad que entre sus redes
nos sofoca y nos hace sus muñecos,
de la ambición mezquina y de la farsa,
de la tierra falaz, libres y lejos;
en un ansia inmortal purificados
del estigma terreno,
partimos hacia Dios, con la mirada
llena de luz y el corazón ilesos.
Cuando, al atardecer, el sol ponía,
sobre la albura del velamen terco,
la viril y solemne
púrpura de su beso,
yo me acercaba a ti, mi capitana,
y en mi cordial vaso pequeño
te iba dando a beber hasta embriagarte
el taumaturgo vino de mis besos.
La noche nos ungía
en la liturgia azul de su silencio,
y de silencio, rimas y tinieblas
nos quedábamos ebrios.
Así pasaban días, meses, años,
entre el mar y el cielo.
Así pasaban siglos
— no sé si acaso se detuvo el tiempo —,
sólo sé que, de pronto,
sentí la angustia de llegar a un puerto.

(*Zig-Zag*, Santiago de Chile, enero, 1935.)

ALFREDO GONZALEZ - PRADA

(1891)

Nació en París. Hijo de Manuel González-Prada, animador del nuevo Perú. Doctor en Jurisprudencia. Escritor. Como periodista popularizó el pseudónimo de «Ascanio» en «La Prensa» de Lima. Ha escrito versos que, en parte, aparecen en «Las Voces Múltiples» y en muchas revistas. Renunció a su cargo diplomático por no servir regímenes militares, a los que su padre atacó sin tregua. Ha viajado mucho. Reside en Washington, Nueva York o París. En los últimos años ha publicado varios libros inéditos de su padre.

OBRAS: *Las voces múltiples*, Lima, 1916 (en colaboración con siete escritores más).

La hora de la sangre

(Polirritmo bárbaro)

Es la hora apocalíptica...
Ruedan unas tras otras las olas purpurinas
como si un mar de sangre sepultara a la Tierra...

¿Qué es este desenfreno de los hombres?
¿Será la demencia múltiple del mundo?
¿Será alguna sádica jugarreta fúnebre
que distraiga los seniles bostezos de fastidio
de un Dios loco y malo?
¿Qué será la Guerra?
¿Adónde nos arrastra la Guerra?

Metafísicas y Ciencias nada explican del gran crimen,
nada conjeturan ni presumen.
En el desbordamiento de todas las pasiones
y de todas las ansias,
bancarrota científicas,

impotencias filosóficas,
flotan como viejos trastos inservibles,
sobre el rojo unánime de la enorme charca
de sangre.

¿Ruge la tormenta humana?
¿Sopla el vendaval divino?
La naturaleza mira indiferente
lo mismo la angustia dolorosa y trágica
del herido mutilado
en el campo de batalla,
que el grito victorioso de un millón de combatientes.
Rubio lancero de Pomerania,
¿por qué sucumbes rojo de heridas entre las sábanas
de un aséptico lecho de Bélgica?
¿Qué sabes tú de los odios de las razas?
¿Qué sabes tú de los rencores seculares de los pueblos?
Tu patria era Gretchen, Gretchen la blonda,
Gretchen la ingenua, que te adoraba...
¿Qué sabías de enconos de las razas?
Tú odiabas a Wilhelm y a Otto
que un día quisieron robarte el cariño de Gretchen.
Vino el 2 de agosto...
Herr Leutnant te dijo: «Asesina y viola»,
(una belga impúber fué mujer de quince de tu compañía).
En Louvain las pastillas incendiarias arrojaste
y en la noche viste cómo cien mil libros
pirotecneaban neronianamente.
(El hulano Topner salvó dos volúmenes de la Biblioteca:
Erasmo, «Elogio de la Locura»;
Schiller, «Los Bandidos».)
Heriste franceses;
en Namur cantaste «Deutschland über alles»,
y en Charleroi tuvo miedo tu caballo.
¿Recuerdas la espada del inglés hercúleo?
Tasajeó tu carne, rodaste, caíste,
te pisotearon cuatro mil pesuñas
de los escuadrones de «Húsares de Muerte»...
Hoy la Cruz de Hierro cuelga de tu pecho.
(Von Kluck en persona la puso en tu dolmán.)

¿Qué sabes tú de los odios de las razas?
¿Qué sabes tú de los rencores seculares de los pueblos?
Naciste en Arcángel;
cargabas fardos en los muelles;
ganabas un rublo cada siete días,

y era tu alma una alma lírica y humilde.
Vino una mañana quien te dijo: «Toma,
defiéndete»,
y te dió una corta carabina negra.
En el cuartel la vida era triste y monótona,
(había dos retratos del Zar y del Gran Duque,
y la caricatura de un tal Hindenburg,
llena de escupitajos).
Fuiste a la trinchera, y en los Masurianos
una bala de máuser
te trituró el índice de la mano izquierda.
Koutoussoff, tu capitán, te dijo:
«Dimitrieff, ¡qué importa un dedo!»
Era hermosa la sangre en la nieve...
Defendías Varsovia
que Prinz Leopold de Baviera
sitiaba;
un shrapnell te destrozó los muslos;
Koutoussoff, tu capitán, te dijo:
«Dimitrieff, ¡qué importa la vida!»

¿Qué sabes tú de los odios de las razas?
¿Qué sabes tú de los rencores seculares de los pueblos,
pobre aldeano de Auvernia?
Cultivabas tus grandes coles ubérrimas,
y dormitabas indolentemente
bajo los copudos castaños florecidos...
¿La Guerra?
Oíste hablar de Napoleón el Grande,
del «soixante-dix»; no sabes
qué será aquello.

Un día partió tu hermano;
otro día se llevaron al hombre de tu hermana.
(Te inquietaban clarines y tambores
continuamente.)
«Allons, enfants de la patrie, le jour de gloire» en la trinchera
marcialez tus indolencias;
y viste cómo era alarmante
ver morir a los compañeros.
El «soixante-quinze» ametrallaba dos regimientos de la Guardia
del Emperador enemigo,
una mañana que Joffre
te dió «l'acco'ade» y te dijo:
«Brave garçon!» (No dormiste aquella noche.)
Viste los blancos estandartes bordados de águilas negras

que arrebataron los argelinos;
 un zeppelin pasó una tarde siete mil pies sobre tu hueco:
 mataste hulanos en el Marne.
 y en Reims un trozo de basílica,
 que fragmentó el obús de un howitzer germánico,
 te hirió en el hombro.
 Una ampolla de yodo
 quebró sobre tu herida el cirujano.

Cobrizo eunuco de Bythinia,
 ¿quién te arrancó de los harenas
 de Ben-Youssouf, pachá de Berkos?
 ¿Quién hizo que trocaras el atisbo
 de las caucasianas
 por la vigilancia de los prisioneros
 ingleses?
 ¿Qué sabes tú de los odios de las razas?
 ¿Qué sabes tú de los rencores seculares de los pueblos?
 Lloró Chirvez, la favorita,
 la mañana que diste tus adioses,
 y Sait-Bum, tu compañero
 que se quedaba,
 te dió un talismán de berilos.
 Llegaste a Constantinopla
 una tarde de marzo
 (1915).

Enver-Bey pasaba por el Cuerno de Oro
 rodeado de su escolta;
 la voz religiosa de un muezín caía
 desde el minarete,
 y al prosternarse la muchedumbre,
 ¡Allah! prorrumpiste
 sixtinamente.
 Hoy desde el cono kaki de tu tienda en Gallípoli,
 (con los prismáticos del jefe)
 ves con turca displicencia levantarse a la distancia
 el polvo mitológico de las ruinas de Troya,
 a la explosión sacrílega de los «305»
 del «Queen Elizabeth».

¿Qué sabes tú de los odios de las razas?
 ¿Qué sabes tú de los rencores seculares de los pueblos?
 Eras campanero de un templo de Flandes;
 tejías los ritmos líricos del bronce
 como tus hermanas los hilos arácnidos
 de los encajes.

Eras campanero como Cuasimodo
y eran las campanas
tus ansias, tus libros, tu vida,
tus únicos anhelos...
Una tarde,
una tarde que un murmullo rezongando a la distancia
te hizo creer en la tormenta.
vibró fúnebremente tu bronce favorito..
(Era una bala de cañón germano.)
Cayeron los trozos como cosa muerta,
lloraste el despojo como madre muerta;
en la noche los soldados enemigos
violaron a tus hijas
y te llevaron prisionero.
(Pobre octogenario,
sueñas hoy con tus campanas
en el granítico silencio de tu prisión de Würtenberg.)

¿Qué sabes tú de los odios de las razas?
¿Qué sabes tú de los rencores seculares de los pueblos?
Eras pastor de cabras en Escocia.
En las tardes quietas y apacibles, tu alma
lloraba en el vientre de la cornamusa.
«Cromwell», tu perro, cuidaba el rebaño
de cabras.
(Walter Scott vivía en el ambiente...)
Una noche, Mary,
novia de tu amigo Roger Landerscowle,
te dijo que los hombres que eran fuertes
y eran hombres (como Roger)
iban a la guerra...
¿La guerra?
Te quedaste mudo, pensativo y triste
como si «Cromwell» hubiera muerto,
como si tus cabras se hubiesen perdido
o tu cornamusa mostrara cansancio
de henchirse de aliento melódico.
Partiste, highlander, y una gris mañana
en Dover pusiste la planta en el steamer.
(En el horizonte
los humos perpetuos
de una vigilante dispersión de dreadnoughts
de la Home Fleet, burlaban
la hostilidad trágica de los submarinos.)
Calais... La trinchera...
la ametralladora ruge entre tus manos

y no sabes por qué lanzas los balines asesinos
 a los hombres con cascos que asoman sus cabezas
 cuadradas
 a cien pies de tu hueco.

¡Qué sabes tú de los odios de las razas?
 ¡Qué sabes tú de los rencores seculares de los pueblos?
 ¡Por qué matan alemanes a franceses?
 ¡Por qué matan los franceses a los búlgaros?
 ¡Los ingleses a los turcos? ¡Los austriacos a los serbios?
 ¡O es que matas porque hace medio siglo
 Sedán fué tu derrota?
 ¡Matas hoy porque en Jena
 mordiste el polvo, prusiano?
 (Desmienten Azincourt y Sadowa.)
 ¡Quién podrá el misterio, el misterio, el misterio enorme,
 descifrar y al mundo decir las razones y el fin metafísico
 de la Guerra?... ¡Nadie!

En la tendencia imperceptible
 del destino humano,
 todo escapa al ojo y a la inteligencia...
 ¡Quién sabe si escribo
 yo estas líneas para que un burgués de Marte
 sufra de neuralgia!
 Nadie sabe de los fines teológicos del mundo:
 la causa más nimia
 brota para índice de efectos lejanos,
 incalculables, cíclicos, astrales;
 la causa más grande
 surge para el efecto más mezquino y triste.

¡Acaso una pulga en la oreja
 de Napoleón Primero,
 en Waterloo decide la victoria de Wellington!
 ¡Tal vez la onda herziana que inofensiva nace
 en la bobina de un laboratorio
 explosiona planetas ignotos!
 ¡Quizás si las Cruzadas
 tuvieron la exclusiva finalidad secreta
 de matar al más sórdido israelita de Jaffa!
 ¡Quién sabe si Colón descubrió la América
 para que un ratoncillo
 de Palos de Moguer royera cocos
 de las Antillas!
 ¡Quién sabe si esta Guerra,

esta Guerra inadjetivable
tiene causas lejanas y ocultas, mezquinas y rastreras,
y persigue
finalidades microscópicas!
¡Quién sabe si tan sólo para que Míster Sweator
(comerciante en peras de la California)
cotice a dos peniques
de premio,
en la Bolsa de San Francisco.
sus cinco acciones de la Compañía
Ferrocarrilera Tombouctou y el Níger,
millones de hombres luchan, millones de hombres mueren...!

¿Qué será la Guerra?
¿Adónde nos arrastra la Guerra?

ALBERTO HIDALGO

(1897)

Nació en Arequipa. Reside en Buenos Aires. Se inició hacia 1916. Gran poeta y gran polemista. Su obra y su vida están salpicadas de discusiones. Poeta novador, prosista audaz, no ha temido nunca provocar las iras del público. Pocos escritores tienen más vigorosa fisonomía en América. Milita en el Aprismo. Es un poderoso lírico sin trabas.

OBRAS: *Elogio lírico al Kaiser*, (Arequipa, 1917); *Panoplia lírica* (poemas), (Lima, 1917); *Hombres y Bestias* (crítica), (Lima, 1918); *Las voces de colores* (poemas), (Buenos Aires, 1918); *Jardín Zoológico* (crítica), (Buenos Aires, 1919); *Joyería* (poemas), (Buenos Aires, 1919); *Muertos, heridos y contusos* (crítica), (Buenos Aires, 1920); *España no existe* (crítica), (1921); *Tu libro* (poemas), (Buenos Aires, 1922); *Quimica del espíritu* (poemas), (Buenos Aires, 1923); *Simplismo* (poemas), (Buenos Aires, 1925); *Los sabos y otras personas* (cuentos), (Buenos Aires, 1927); *Descripción del cielo* (poemas), (Buenos Aires, 1928); *Índice de la nueva poesía americana* (colaboración con V. Huidobro y César Tiempo), (Buenos Aires, 1926); *Haya de la Torre en su víspera* (poema), (Lima, 1921); *Sánchez Cerro o el excremento* (panfleto político), (Buenos Aires, 1932); *Actitud de los años* (poemas), (Buenos Aires, 1933); *Diario de mi sentimiento* (Buenos Aires, 1937).

Sensación de la tierra mojada

Ayer me sentí un hombre de cien metros de altura,
un hombre fuerte, bravo, tremendo, irregular;
el cráneo de cemento, la mirada segura
y en el cerebro ideas como olas en el mar.

Mi vigoroso sexo buscaba con locura
una mujer que fuera capaz de procrear
un hijo de mi semen, superhombre. Perdura
en mi mente el designio de tal hijo forjar.

Y la encontré: la tierra. Mojada para siembra,
un olor despedía como de sexo de hembra.
Los montes eran senos erectos. El placer

se aproximó, y entoncos sobre la tierra, mudo,
me tendí febriciente, y en un espasmo rudo
la besé con lujuria: me pareció mujer.

(*Panoplia lírica.*)

Ayer

Hoy, Juan, el campesino de la barba hugoniana,
con su visita ha puesto calor en mi alma viuda;
yo he sentido el perfume de la aldea lejana
al estrechar con fuerza su franca mano ruda.

He visto aquellos años de mi niñez remota,
cuando solía en burro cabalgar y solía
el sol de la mañana beberme gota a gota
desde los soportales de la casona mía.

He recordado aquella leche al pie de la vaca
y he visto como en sueños aquel rato furtivo
en que amáronse un cabro y una cabrita flaca
y en que yo sentí ganas de ser un poco chivo.

He pensado en aquellas escapadas al huerto
y he llorado a raudales por lo que ya no existe.
Y Juan, sin comprenderme, me ha dicho: «Don Alberto,
¿por qué cuando yo vengo se pone usted tan triste?»

(*Las Voces de Colores.*)

Las rocas

Entrado el sol en el poniente, un día,
mientras la tarde se esmaltó de cobre,
Dios llamó a sus leones favoritos
para agregarlos a su regia corte.

Les ofreció una vida donde todo
fuera esplendor, felicidad. Entonces,
ellos huyeron en tropel, diciendo:
— ¡No sirven para esclavos, los leones!

Extendió sobre el mundo, de repente,
sus alas de murciélagos la noche.
El viento sacudió su cabellera
dando un silbido de macabro oboe.
Los árboles doblaron su espinazo,
cual un enigma trágico ante el orbe.
La tierra se arrugó, y en sus arrugas
hubo una negra maldición. Y sobre
todo ese cuadro, tristes, se inclinaron
las erguidas cabezas de los montes.

Pero las fieras, al huír, de pronto,
encontraron el mar. Le dieron voces
para asustarlo, pero el mar inmenso,
avanzando hacia ellas, lanzó un golpe
de olas sobre la playa. Sus melenas
afiebradas sintieron el reproche
hecho espuma bravía de los mares.
Y dijeron: «¡Maldito sea el torpe
que nos dió rabia, pero no potencia!»

Y Dios, enfurecido, alzó su noble
diestra, por castigar la rebeldía,
y haciendo un signo que no tiene nombre
petrificó a los leones. Hechos rocas,
llenaron de protesta el horizonte.

Y hoy todavía, cuando el mar se estrella
en las playas extáticas y enormes,
en los oídos resonar se siente
un terrible rugido de leones... (Joyería.)

Ascensión

Como si me quitase un sobretodo,
yo me he quitado el cuerpo de mí mismo.
¡Qué harapo repugnante! ¡Cuán a modo
de cosa inútil lo arrojé al abismo!

No soy sino esto: ¡un alma!

Si es que la beso con viril exceso,
presa de una pasión libidinosa,
no es con labios del cuerpo que la beso.
¡La posesión también es una cosa
espiritual! Por eso
se acuesta el picaflor sobre la rosa.

No soy sino esto: ¡un alma!

(*Tu libro.*)

Opera simplista

Un violinista saca la música del violín
estirándola suavemente
para que no se arranque su elástico invisible.

La soprano no termina de vomitar la solitaria
de un fa sostenido,
hasta que en forma brusca, insólita,
se le recoge en la garganta.
¿Es una cinta de resorte?
El do de pecho del tenor
levanta el vuelo hacia la cúpula,
seguido por los diez mil ojos
contentos de los melómanos.

La voz del bajo tiene un diámetro
de cuarenta centímetros.
Inmejorable para amarra
de paquebotes en las dársenas.

Por la ranura de la alcancía
que es el descote de la contralto
caen y caen las miradas
de los espectadores más o menos verdes.

Ha terminado la función.

Sepelio simplista

El zinc del cielo para el ataúd.
Soldadura de lágrimas.
La caja construida de recuerdo,
la madera mejor para los que se van.

El dolor quedó encargado de prestar los clavos
para ajustar la tapa.

¡Que la fosa la caven en el aire!

(*Simplismo.*)

Partida de nacimiento

El fuego mete las manos en mi pecho y lo devora todo,
incluso tu memoria.
Fuego de llamas claras como si ardiera el agua.
Soy un incendio blanco.
Sombra desdibujada con tiza dentro de la tiniebla.
Eso, aquello, lo otro son ceniza.
Las llamaradas abrasan las ideas, últimas telarañas.
Algún recuerdo hace señas en vano.
Imposible la subsistencia de la emoción aprendida.
Mi carne se recoce, barro, sólo decorado de penas.
Piernas, vísceras brazos consume esta presencia.
Mis pulmones respiran un ambiente, una atmósfera de cuadro.
Mis muros me contienen más grande a cada pulso.
Desde hoy tengo un crecer de humareda constante.
Nazco de nuevo en este quemarme posterior.
Y sé que con dignidad de muerte llegaré a mi final.

(*Descripción del Cielo.*)

Biografía de la palabra revolución

Palabra que nació en un vómito de sangre.
Palabra que el primero que la dijo se ahogó en ella.
Palabra siempre puesta de pie.

Palabra siempre puesta en marcha.
 Palabra contumaz en la modernidad.
 Palabra que se pronuncia con los puños.
 Palabra grande hasta salirse por los bordes del diccionario.
 Palabra de cariño fácil como una curva.
 Palabra de cuatro flechas disparadas hacia los puntos cardinales.
 Aquí quedó desenraizada de olvido toda su anécdota
 sobre uno de los vértices más remotos del tiempo.
 Los dolores humanos hicieron campo de concentración
 para emprender la ruta ¿hacia qué cielo?
 Cada uno según su intensidad tomó diverso carácter alfabético
 y la palabra quedó escrita:
R E V O L U C I O N.
 Luego el sol al pasar tras ella para hundirse en la noche encendió sus
 [diez letras:

R E V O L U C I O N.
 Y fué el primer aviso luminoso del mundo.
 Ahora está en el hombre igual que está el oxígeno en el agua.
 Campos, ciudades, mares, cuentan con una población en sus ecos.
 Les ha substraído el espacio a los cuerpos que se dilatan.
 Tiene violencia y distinción de ola de viento.
 Entra en las almas con una sensualidad de arado.
 Cartel escrito en el claro de dos brazos erguidos,
 alcémoslo con la vida.

(Descripción del Cielo.)

E popeya trujillana

Mis manos arequipeñas toman el diccionario, no el diccionario sino sus palabras y las vuelcan sobre mi mesa, mientras mi pensamiento viaja hasta Trujillo. Se unen, se mezclan, se amasijan. Forman un todo compacto, indisoluble y único como si se obtuviese definitivamente el habla. Como si desapareciera la expresión en una suerte de Juicio Final del idioma. Y de pronto no más, allí sobre la mesa, de ese conjunto informe que es el aglutinamiento de la lengua, comienzan a erguirse, anchas como cualquier esperanza y extensas cual una mirada, unas letras que alcanzan del cielo a la tierra y se encienden una por una al modo de esos avisos luminosos que asaltan a los ojos transcúntes en la ciudad de las noches. Las letras dicen: HEROES, y sus grandes líneas abrazan a los hombres con un pudor de estrellas.

No el talento de los poetas ni aun la justicia de los dioses podrían haber tributado su merecido homenaje a los actores del dra-

ma de Trujillo. Sólo algo más realzado de grandeza, porque tienen la vida de lo que es inmanente, habría de poderlo: el lenguaje, todo el lenguaje decretando su muerte unos instantes, en una huelga general de vocablos, para estallar en uno solo, que contuviese la existencia de los otros en sus seis signos, en esos sus seis signos alumbrados de cielo a tierra y de corazón a corazón de los peruanos, lo que es más vasto todavía. Héroes.

Un solo sentimiento me dicta esa epopeya: el sentimiento de la admiración. Los veo en el cariño de la distancia. Toman la libertad entre los brazos, y para que no la ultraje más el tirano se la llevan con ellos, a respirar la sierra, a sentir la montaña, a bañarse en el viento. Y ahí en el viento, la montaña y la sierra, ellos fecundan en la libertad la patria nueva. Les sale pura según el sueño de lo perfecto, y si unas vidas son segadas en sacrificio, no hay que alarmarse, pues a las madres les sale sangre cuando dan hijos. ¡Trujillo! ¡Trujillo es el descubrimiento de nuestra dignidad! ¡En Trujillo ha tenido lugar el renacimiento del Perú!

Córrense unos días, y de repente el telégrafo dice sollozando: «Para vengarse de los revolucionarios y sembrar el pánico en sus filas, Sánchez Cerro ha fusilado a 44 inocentes». El corazón me llora como un chico dentro del pecho. Unas burbujas de dolor me trepan por las venas, y por los ojos se me caen en el hueco de un gran silencio. Quiero decir algo, y no encuentro el comienzo de mis deseos. Las frases están perdidas dentro de mí como un carretel de hilo que tuviera las puntas disimuladas en la bobina. Entonces me lanzo de nuevo sobre el diccionario, y éste, como antes, me entrega solamente una palabra: MARTIRES.

Héroes y mártires de Trujillo, la historia repetirá vuestros nombres de la misma manera que el espectro repite los colores de la luz, juntos para la gloria y para el tiempo. ¡Y mi llanto peruano cae sobre vuestro recuerdo como caen las horas en el mar!

(Cantos de la Revolución.)

Tumba de lo que nunca muere

Al borde de la sombra empieza el canto.
Límite natural que a la grandeza pone cualquier tarde.
Y las sonrisas brotan en tiempo de manzana.
Pero, todavía no es el huerto.

Canto del ala sola y del esfuerzo referido a la pena.
Desprendida del ave, el ala sola.
El ala vive siempre.
Quedó en nido de angustias acunada de viento.

Todo lo detiene el canto del ala.
 ¿Qué no lo oye?
 Sueño del cielo se traduce.
 Y el espacio es ya chico para su ansia,
 pero todavía no es el cielo.

No obstante, se habrá de ver un día volar el ala sola.

(Actitud de los años.)

Ser de seis letras

Para crearlo, el sentimiento sube del pecho y usa la palabra.
 Brotá de mí como el cariño, musgo de las tardes.
 Luego acontece la evocación de los párpados
 y en lágrima seguida lo repite la pena de no verla.

Hilo o conjuro la recogió desde el otro misterio.
 No se pudo parar el resorte de atracciones, no pudo detenérselo.
 Se fué en ternura viento en torno llanto.
 (Mis brazos se arrancaron del cuerpo y asumieron una conducta de alas.
 ¡Tanto le clamé al cielo que me quedé sin brazos!)

Pero, allí mismo, de ese instante, nació, como la noche nace del día
 terminal.
 Ya para siempre es forma de seis letras, nuevo ser integrado de re-
 [cuerdos.

Sólo es decirlo y aparecen actos, lugares y momentos
 dormidos no se dónde.
 Pero no están sus manos, ni sus senos, ni su calor;
 ese cuerpo sabido de memoria; esa sonrisa, tratado del alivio.
 ¿Por qué no guardé un poco de los espejos tuyos,
 tan volados de pájaros por sus ojos mirones?
 ¿Y por qué no me puse su voz en la garganta
 para escucharla ahora que estoy solo?
 Yo no lo sé, pero conservo sus seis letras,
 crecidas como vida en esta ausencia.
 Me está doliendo aquí, donde las digo.

(Ibid.)

Existencia del tiempo-todavía

Puesta a ser en espacio de entre mundos.
Resbalada en el límite del día.
Entre horas existida, entre segundos.
Ella es eco del tiempo-todavía.

Pasajera entre cantos errabundos.
Oída en un subplano de armonía.
Repicada en los tonos más profundos.
Es eco de la música en que ardía.

Forma impalpable, sólo luz la nombra.
En plena oscuridad refleja sombra.
Eco de llama apenas presentida.

En su presente ausencia está su huella.
Su eco es la vida muerta dentro de ella.
Pero yo soy el eco de su vida.

(*Ibid.*)

Diario de mi sentimiento

200

No existe el cielo, pero ella está en el cielo. Junto a los soñados ángeles y al Dios de los niños en que creemos los grandes para consolarnos de la ausencia de Dios. En el país de las voces sin eco, de las miradas sin objeto y de los pasos sin suelo. Donde vive el tiempo que nos llega y donde está la luz que nos mira. Donde es más exacta la presencia y menos mentira la vida. Allí está ella. Viviente y eterna en mi memoria, ahora inseparable de su nombre, como del fuego al iluminación. Elvira es la palabra que más suspiro.

Los años que vivió se han vestido de luto desde entonces. Esto es decir que el tiempo mismo la recuerda. Yo conservo intacto su reloj, pero sin horas, porque está inerte para siempre en el baúl donde sonríen sus cosas. No hay que poner en marcha los relojes de quienes murieron, pues lo contrario equivaldría a vivir con instantes ajenos, con los mismos de otro. ¡Cada uno tiene su tiempo! Y yo guardo el suyo en su reloj callado, según los discos contienen las voces.

Siempre me dió la sensación de estar tan adentro de la vida, tan en su secreto, que cuando la vi partir, comprendí que se iba sólo para vivir en más profundidad. Su muerte apenas fué atornillarse más en lo íntimo de la vida, o sea, en la verdad, con el fervor del taladro hundiéndose hasta alcanzar el fondo, el corazón del hierro o del leño. Lloré, sí, pero mis lágrimas más quisieron ayudarla en su tarea de irse que mostrarle mi congoja por su alejarse.

Es mi mujer todavía; pero ya no es buena conmigo, pues hasta ahora no me ha invitado a seguirla. Y son cuatro años de su viaje, desde un 6 de junio.

(Diario de mi sentimiento.)

GUILLERMO LUNA CARTLAND

Nacido en Cajamarca hacia 1895. Fué un poeta festejado en la Universidad. Ha escrito versos esporádicamente y, efímeramente, fué diputado bajo el gobierno de Leguía.

Ha publicado algunos folletos como *La crítica*, tesis universitaria, y una leyenda infantil para escenificarse. No ha lanzado ningún libro.

Niño de grandes ojos pensativos...

Niño de grandes ojos pensativos:
no busques en las páginas del libro
la clave del dolor de tu niñez...
Si ya has comido el pan de la miseria,
si bebiste la hiel de la tristeza,
¿qué más vas a aprender?...

Niño de grandes ojos suplicantes
que han de llorar con lágrimas de sangre,
que sabes ya del hambre y de la sed,
guarda como un tesoro tu ignorancia
y goza a cielo libre de tu infancia:
no aprendas a leer...

¡Qué ironía tan cruel la que destila
para el hijo del pobre la lección
cuando dice palabras de justicia,
cuando ensalza el derecho y el amor!...
Las voces cantarinas deletrean
las mentiras eternas,
sangran los pies descalzos,
tiemblan los cuerpecitos
harapientos de frío...
Y dice el libro ufano:
«Todos son iguales, todos son hermanos...»
Rechaza con desdén el libro inútil
aunque te digan que es la voz de Dios
Valverdes sin sotanas y sin cristos...
Desde los viejos tiempos de Atahualpa,

para tu pobre raza atormentada
los libros nunca dicen nada...
No vayas a la escuela, adolescente,
sublévate, no dejes que encarcelen
como una mariposa entre los libros
tu espíritu infantil...
No haya un escarnio más en tu camino.
¡Bastante has de sufrir!...

No aprendas a pensar. No te tortures
con la negra visión del A.B.C.
Sobre el verdor, bajo el azul sin nubes,
goza de tu niñez...
Envuelto en tus andrajos de colores
ignora que catorce emperadores
aguardan en la sombra un vengador.
No aprendas de tu raza las consejas,
sigue con paso tardo tus ovejas,
rumiando la ignorancia y el dolor...
Trepá a las cumbres hoscas de los cerros
y, encarándote al sol, apunta al cielo
con tu honda de David.
Quizá el audaz guijarro deicida
caiga, como una lírica semilla,
saturada de luz, en el confín...
No aprendas que eres libre y eres fuerte
Entrégate ignorante, así, a la suerte,
despiadada y brutal,
y, encadenado, cumple tu tarea,
sin que la honda inquietud de alguna idea
turbe tu paz...

(Lima, 1921.)

JUAN PARRA DEL RIEGO

(1894-1925)

Nació en Huancayo (Perú). Murió en Montevideo en plena juventud. Ya era famoso. En 1912 ganó un concurso poético en Barranco. Viajó por el Perú, y partió para no volver más. Su gloria, por compartirla dos naciones, quedó flotando entre ambas sin ser reconocida por ninguna. Es ésta la primera vez que aparece en una Antología peruana. Ultimamente ha sido incluido en la selección «18 poetas del Uruguay» por Romualdo Brughetti. Testimonio tardío e insuficiente.

OBRAS: *Himnos del cielo y los ferrocarriles* (Montevideo, 1924), *Blanca Luz* (Montevideo, 1925), *Tres polirritmos inéditos* (publicados por M. de Castro y A. M. Ferreiro, Montevideo, 1937).

Nocturno N.º 6

¡Maravilla infinita de la noche estrellada!
Perlas enloquecidas, diamantes de temblor;
toda la joyería de Dios desparramada:
la Cruz del Sur, Andrómaca, Sirio, la Osa Mayor.

Joyeró misterioso. Joyero sabio y fino
que abres tu escaparate sonámbulo al camino,
quién fuera ese diamante con su temblor divino,
para llevarlo trémulo de una pasión callada
—única joya limpia y con amor ganada—
hasta la mano fina de la mujer amada.

Mi amada es dulce y fuerte. Contra mi ruda vida
—suave cabrita huérfana— se apretó conmovida.
La dije: Mi camino es de sangre y de guerra,
yo he sentido el terrible dolor que hay en la tierra.
Mi mal es un mal hondo, solitario y maldito,
¿qué hará con tus collares de lágrimas mi grito?

Me dijo: Iré contigo, seré tu compañera.
Toda la fiesta pura de mi cuerpo te espera...
Sé bailar. Sé cantar. Sé dónde está el olvido,

Y me abrió el abanico solo de sus cabellos.

Joyer alucinante, joyero estremecido,
¿qué diamante profundo, lento y desconocido,
hasta el alba, temblando, tú has pulido para ellos?

(*Blanca Luz.*)

Besos

Sonidos de palomas besándose a la luna
me has dejado en la boca.

Panales de alegría delirante y salvaje
me has dejado en la boca.

Corazones de niños colorados y puros
me has dejado en la boca.

Campo con su alegría de chivos y campanas
me has dejado en la boca.

Tu palidez terrible y azul como mi muerte
me has dejado en la boca.

(*Ibid.*)

El capitán Slukin

¿Por qué hoy te has apoderado de mi alma, Capitán?
Mientras miro estos barcos de vela que se van,
y en el puerto estoy solo con mi cabeza ardiente
junto a las altas proas visionarias
y dichosas,
y fraternizo con los hombres agudos y callados
de la descarga terca y amorosa,
y amo ver las llegadas de esas lanchas de carbón
que vienen como dulces madres embarazadas,
y estas maderas de árboles de América
y las harapientas músicas
del acordeón,

¿Por qué hoy te has apoderado de mi alma, Capitán?
Y de golpe en mis sueños tan grande te he sentido,
y he amado
tu vida de salvaje y delicado
héroe desconocido,
del mar...
Voluntad y alegría, triunfos y sufrimientos
que todos los niños deberían amar
en estampas sonoras, coloristas y arcanas
de libros de cuentos
abiertos por las puras manos de las mañanas.

Porque la mar fué tuya más allá de la vida,
Capitán, Capitán,
y más allá de donde la muerte pára su árbol
amarillo de pájaros que nunca cantarán.

Tuya sobre la espalda de la sirena loca
y el adiós de la pobre mujer abandonada
y esa luna que toca
la cara pensativa y delicada
del ahogado perdido... Tuya en la marejada
de mares de un salvaje fósforo azul, sonoro,
donde el tiburón baila su cola de alquitrán.
Tuya en el arpa limpia con su sonido de oro,
que hace cantar las islas que no se encontrarán,
y en esas soledades dramáticas del Polo
donde la muerte tiene su ciudad de cristal.
Y sobre la Esperanza y el Olvido
se abre el blanco abanico de la Aurora Boreal.
¡Islas Baleares!
¡Islas Azores!
Mi alma ha perdido ya sus cantares
y sus amores.

¡Madagascar!
Un día, sólo con una biblia y mi carabina
me haré a la mar.

Buen Capitán,
Capitán loco y aventurero,
cómo tu vida se transfigura
bajo la sangre
del ala negra de mi sombrero...

Se van las olas dulces y rotas...
 Cae la lágrima de Aldebarán
 sobre las últimas gaviotas.
 ¿Por qué hoy te has apoderado de mi alma, Capitán?

(*Tres polirritmos inéditos.*)

Polirítmico dinámico de Gradín

Palpitante y jubiloso
 como el grito que se lanza de repente a un aviador,
 todo así claro y nervioso,
 yo te canto, ¡oh jugador maravilloso!
 que hoy has puesto el pecho mío como un trémulo tambor.
 Agil,
 fino,
 alado,
 eléctrico,
 repentino,
 delicado,
 fulminante,
 yo te vi en la tarde olímpica jugar;
 mi alma estaba obscura y torpe como un secreto sollozante,
 pero cuando rasgó el pito emocionante
 y te vi correr... saltar...
 y fué el ¡hurra! y la explosión de camisetas
 tras el loco volatín de la pelota,
 y las oes y las zetas
 del primer fugaz encaje
 de la aguja dc colores de tu cuerpo en el paisaje,
 otro nuevo corazón de proa ardiente,
 cada vez menos despacio,
 se me puso a dar mil vueltas en el pecho de repente,
 como un trompo musical bajo el espacio.
 Y te vi, Gradín,
 bronce vivo de la múltiple actitud.
 Zigzagueante espadachín
 del golquíper cazador
 de ese pájaro violento
 que la silba la pelota por el viento
 y se va, regresa, y cruza con su eléctrico temblor.
 ¡Flecha, vibora, campana, banderola!
 ¡Gradín, bala azul y verde! ¡Gradín, globo que se va!

Billarista de esa súbita y vibrante carambola
que se rompe en las cabezas y se enfila más allá...
y discóbolo volante,
pasas uno...
dos...
tres... cuatro...
siete jugadores...
La pelota hervé en ruido seco y sordo de metralla,
se revuelca una epilepsia de colores
y ya estás frente a la valla
con el pecho... el alma... el pie...
y es el tiro que en la tarde azul estalla
como un cálido balazo que se lleva la pelota hasta la red.
¡Palomares! ¡Palomares!
de los cálidos aplausos populares...
¡Gradín, trompo, émbolo, música, bisturí, tirabuzón!
(Yo vi a tres mujeres de esas con caderas como altares
palpitárselas estremecidas de emoción!)
Gradín, róbale al relámpago de tu cuerpo incandescente
que hoy me ha roto en mil cometas de una loca elevación
otra azul velocidad para mi frente
y otra mecha de colores que me vuela el corazón.
Tú que cuando vas llevando la pelota
nadie cree que así juegas:
todos creen que patinas,
y en tu baile vas haciendo líneas griegas
que te siguen dando vueltas con sus vagas serpentinas.
¡Pez acróbata que al ímpetu del ataque más violento
se escabulle, arquea, flota,
no lo ve nadie un momento,
pero como un submarino sale allá con la pelota...
Y es entonces cuando suena la tribuna como el mar.
Todos gritanle: ¡Gradín! ¡Gradín! ¡Gradín!
Y en el ronco oleaje negro que se quiere desbordar,
saltan pechos, vuelan brazos y hasta el fin
todos se hacen los coheteros
de una salva luminosa de sombreros
que se van hasta la luna a gritar allá: ¡Gradín! ¡Gradín!

(Ibid.)

Polirrítmico dinámico de la motocicleta

Sesgada en el viento la cálida quilla de perfil tajante
y suelto el espíritu al día como una cometa.

Yo todas las tardes me lanzo al tumulto de las avenidas
sobre un trepidante caballo de hierro:
¡mi motocicleta!
Zumban los pedales, palpita la llanta
y en la traquearteria febril del motor
yo siento que hay algo
que es como mi ardiente garganta,
como mi explosionante secreto interior.
Y corro... corro... corro...
— estocada de humo y ruido que atraviesa la ciudad —
y ensarto avenidas... suspiro una rambla... disloco una esquina
y envuelvo en las ruedas
la vertiginosa cinta palpitante de las alamedas...
— ¡la fusilería de los focos rompe la iluminación! —
y me lanzo a un tiro de carrera al mar
y otra vez me escapo por los bulevares.
Rápidas serpientes de autos y sombreros,
y mujeres y bares
y luces y obreros
que pasan y chocan y fugan y vuelven de nuevo a pasar...
Y corro... corro... corro...
Hasta que ebrio y todo pálido
de peligro y cielo y vértigo en mi audaz velocidad,
ya mi alma no es mi alma,
es un émbolo con música,
un salvaje trompo cálido
todo el sueño de la vida que en mi pecho enciendo y lloro,
la feliz carrera de oro
de la luz desnuda y libre que jamás nos dejará.
¡Ah, correr locamente convencido
de alcanzar como los pájaros hasta el confín azul;
escuchando, inclinado,
al oído,
el motor,
cual si fuera el nervioso corazón de un amigo
que se quema en un terco secreto de amor!
Los ojos se roban la vida a pedazos,
luces, hombres, árboles, una estrella... el mar,
y ya sólo siento
un deseo loco de ser como el viento
que sólo parece que quiere pasear.
Curva suave,
patética embestida...
repentino embrague seco... suelta súbita... explosión!
¿Fué la muerte? ¿Fué la vida?
El motor sufre y trepida

y otra vez me empapa el viento con su vino el corazón.
¡Camaradas! ¡Camaradas!
denme una camiseta
de violentas pintas verdes y oros como resplandores
para hundirme a puñaladas
de motocicleta
en el fulminante
caballo que suena su sangre encendida
para abrir todas las tardes de la vida
a un romántico momento de partida...
Partir... llegar... llegar... partir...
Correr...
volar...
morir...
soñar...
partir... partir... partir...

(*Ibid.*)

Serenata de Suray Surita

Tiene párpados de luna mi agonía.
De la mar yo vine loco de soñar.
Me perdí en un puerto mudo donde el día
estaba muerto de esperar.

Suray Surita,
¿no me oyes llorar?

A la mar me fuí con vela de colores...
De la tierra estaba sucio de luchar...
Tercos sueños cazadores...
Dolorido de canciones y tambores,
yo la quería esperar!

Suray Surita,
¿no me oyes llorar?

Y le dije a la paloma y a la estrella:
mi corazón la quiere encontrar,
moribundo de canciones voy tras ella,
y es más muda que la muerte, ¡y es tan bella!
y es más fina que la mar.

Suray Surita,
¿no me oyes llorar?

Me ha manchado la amargura,
años arduos y asesinos me han enseñado a olvidar...
Luna azul de mi sombrero: la locura,
y mi capa de andarín: todas las olas del mar.

Suray Surita,
¿no me oyes llorar?

Y le dije: Vengo extraño,
no me puedes recordar,
gota a gota di mi sangre todo el año ...
estoy ciego de llamar.

Suray Surita,
¿no me oyes llorar?

Tiene el cielo una campana
y un jardín tiene la mar.
Volanta de cintas llena de mañana,
la vi... y no la pudo mi alma alcanzar.

Suray Surita,
¿no me oyes llorar?

Yo he visto en alma y en pechos
a un alacrán perforar...
Yo he visto hogares deshechos
y a payasos de colores que a la luna de los techos
daban un brinco estelar.

Suray Surita,
¿no me oyes llorar?

Yo tenía una alegría,
con el arpa de la aurora me ponía a caminar...
Pérfida languidez de la melancolía,
me iban a seda lenta matando día a día
y mis ojos se perdieron en las estrellas del mar.

Suray Surita,
¿no me oyes llorar?

RICARDO PEÑA BARRENECHEA

Nacido en Lima, hacia 1893. Poeta romántico y sentimental, a quien el contacto con Góngora ha transformado totalmente. Es abogado y colabora en diarios y revistas.

OBRAS PRINCIPALES: *Floración* (Lima, 1924), *Eclipse de una tarde gongorina*, *Burla de don Luis de Góngora* (Lima, 1932) y *Discurso de los amantes que vuelven* (Río de Janeiro, 1934).

Discurso de los Amantes

Amante tímida y pálida
del bosque en la azul neblina,
despierta en la noche blanca
dormida en la luz del día.

Fuí yo quien bebí tus ojos
 llenos de melancolía.
Fuí yo quien entró en la noche
 sorprendiendo tu alma niña.

Soñando lámparas graves,
 desnuda hacia el bosque ibas,
 con los cabellos al aire
 y la piel desvanecida.

En un arenal de espejos
 diste reposo a tus líneas.
 Y yo te cerré los ojos
 llenos de melancolía.

Del bosque la luz de sombras
 te encuentra siempre dormida.
Sólo Dios sabe el secreto
 de tu azul melancolía.

(Discurso de los Amantes que vuelven.)

Gracia y diseño de las horas

X I

¡Oh sus colinas blancas!
Y tú, hermana de la lluvia,
sin sospechar el cielo de los naufragos,
sin advertir la hoguera de los ángeles.
Y el mar que sé desborda por tu piel.
Y este cielo que gira y que te besa
y te llena de peces, cabellos, lino, boca...

— ¡Oh niña loca! ¡Oh niña loca! ¡Oh niña loca!

(Gozo y perdida del cielo.)

CESAR ATAHUALPA RODRIGUEZ

Nacido en Arequipa, hacia 1892. Poeta de inspiración filosófica. Periodista de combate. Hoy bibliotecario municipal de su ciudad natal. Ha colaborado en multitud de revistas literarias. Perteneció a la promoción de Valdelomar.

OBRA: *La Torre de las Paradojas* (Buenos Aires, 1926).

Sabiduría

Me desespera el mundo. Todo está en teoría.
La moral es un curso. La estética una prosa.
Los libros nada saben. Para mi alma curiosa
la vida es una caja de valores, vacía...

Cuando miro en los nichos de extensa librería
el título estampado de alguna obra famosa,
pienso que Kant y Spencer y Darwin y Spinoza
no librarán del polvo tanta sabiduría.

Nada es cierto, en resumen. La esfinge sigue muda;
la ciencia, que es el asno de Buridán que duda,
deja que ante el estigma dos premisas se inmolen.

Y en la brecha impasible de todos los abismos,
el hombre es una noche; más saben de sí mismos
un espermatozoide y un gránulo de polen...

(La Torre de las Paradojas.)

Psicología felina

Mi gato tiene un viejo prejuicio de las cosas;
las araña, las veja, pone su garra al sol,
vive una vida muelle tras sus pieles lujosas,
y sus ojos redondos son dos llamas de alcohol.

En el umbral, tendido, decorando las losas,
es un aguafuertista que realiza su rol;
suele cazar a veces sutiles mariposas
y en las noches de orgía sinfoniza en bemol.

Por los tejados altos de las casas vecinas
con pasos acrobáticos, burlando carabinas,
estupra, rapta, riñe, sintiendo amanecer.

La luz de muchos días, cuando a nacer empieza,
lo ve tendido siempre rumiando su pereza
como un poeta hurao que lee a Baudelaire.

(*Ibid.*)

Tarde antigua

El Sol, como un león, salta los horizontes,
tremolando en los vientos su melena de miel;
por las selvas bravías pasan los mastodontes,
semejantes a abruptas montañas en tropel.

Las nubes, gigantescos sombreros de los montes,
saludan reverentes al celeste dintel;
Aquilones piafantes guían Automedontes;
fraterniza en las flores alcornoque y laurel.

La Tierra es un poema virgiliano en bosquejo,
levanta un cataclismo su cíclico entrecejo,
dice un volcán obeso su lírica feroz.

Y el hombre, que es monarca de una vida sin trono,
libre ya de su vieja contextura de mono,
diseña sobre un bloque la figura de Dios.

(*Ibid.*)

Atahualpa

Soy un hombre del Sur,
con la cabeza encranchada de relámpagos
y la estatura de las montañas familiares.
De mis labios gotea el ozono
de un pedazo de cielo
que he mordido con los nervios.

*La sangre del Inca
me dió a guardar su coricancha.*

Mis dedos son los quipus en que se destrenzan los tiempos viejos
pero el índice es mío:
lo apunto hacia el futuro
como la barra sibilante de una brújula.

Por la escalera de mis vértebras
descienden los abuelos
llevando sobre el hombro las gavillas de oro
del Sol procreador
para ocultarlo en mis entrañas
de la pupila sagitaria de los conquistadores.

Se mueven mis resortes volitivos
con la aceitosa llamarada del ancestro;
y mi alma,
que es el estrato de un ayllu comunista,
devuelve a los hermanos
la coagulada substancia del Inti
en la enchapadura genital de los poemas.

Son las doce del día;
las doce campanadas de mi juventud.

¿Quién ha dicho que el *tiempo es Saturno*
que guisa a sus hijos
para comerlos?

Caminante de los yermos andinos,
no conozco la piedra del reposo,
voy del Sur hacia el Oriente
en busca de Manco o de Lenin.

*Soy el Peer Gynt del movimiento;
soy el que marcha hacia la vida
rompiendo los guijarros del sendero
con la pértiga de mi verticalidad.*

¡Son las doce del día!

(*Amáuta*, Lima, noviembre, 1926.)

ALCIDES SPELUCIN

(¿1895?)

Nació en Trujillo. Del grupo de Haya de la Torre, cuando ambos eran mozos, continúan juntos en la lucha político-social, bajo las banderas del Aprismo. Prosador y poeta. El más alto exponente de la poesía modernista peruana. Espíritu dilectísimo. Es doctor en Filosofía y Letras. Fundó el diario *El Norte*, que dirigió y fué cerrado arbitrariamente en 1933, manteniéndose la clausura hasta ahora. Hoy está perseguido en el Perú.

OBRAS: *El libro de la nave dorada* (poemas), (Trujillo, 1927); *Paralelas sedientas* (inédito).

Plegaria

¿No me darás la arcilla de la cantera rosa
donde labrar mi vaso para gustar amor?
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
donde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?

Mi vida es un estanque de agua bituminosa.
Lanza en él una estrella de ternura y de albor
y en el plinto de mi alma pon un mármol de diosa,
aunque sea truncado, como Venus, Señor!

Por los líricos ritos, por vésperos y auroras,
por la lepra de luna que cilicia mis horas,
heme triste, heme bueno, heme humilde, Señor!

Apto estoy para ungirme con tus celestes dones;
pero si voy enfermo, sangrante de canciones,
con mi lepra de luna... ¿quién me querrá, Señor?

(El libro de la nave dorada.)

La elegía de la "Musardina"

Medio deshecha, con un enorme boquete en el costado,
francamente es triste condición ésa de la «Musardina»:
tirada allá, tan lejos, a toda ventolina,
como un pájaro herido al que nadie ha curado.

Porque para que la tengan así, en ese estado,
a ella que fué leve como un ala marina,
mejor se está en el fondo, sobre la arena fina,
entre las algas suaves y el coral sonrosado...

La dejarán podrirse como a cosa inservible,
le robarán las tablas para hacer combustible
los portuarios lobeznos y los viejos tatuados.

Y así se irá por siempre la pobre «Musardina»,
la que fuera tan leve como un ala marina
y anidara en lejanos horizontes dorados.

(*Ibid.*)

La barca rosa

En mi playa hubo dulces orfeones de olas,
danzas de caracoles y murmullos de añil.
Era un coro fantástico de fantásticas violas
junto al peñón, que hacía de quimérico atril.

La luna recamaba los fulgurantes dorsos
de los seres marinos. Lira, El Carro y Orión
fingían en su estadio luminosos escorzos,
volatines azules, juegos de equitación.

La línea de la costa se cerraba en un arco
de abrazo geológico, y en el nexo final
de las aguas y el cielo, ¿era un ave o un barco
lo que avanzaba, lento, con un ritmo augural?

Yo me quedé suspenso frente al azul Marino.
El corazón vigía musitó: ésta es.

Animaba sus velas un hálito divino
y una Victoria trunca decoraba el bauprés.

Un algo imperativo, fatal, había en ella;
tenía un grave ritmo de predestinación.
¿Su nombre? Un nombre acaso de mujer o de estrella
rutilaba en el oro claro del mascarón.

Era la ignota barca, soñada o presentida,
la taumaturga barca que nos arma el amor
y llega a nuestras playas, una vez en la vida,
con sus vinos celestes y su vago temblor.

El viento en los cordajes modulaba canciones
de Amatunes lejanos y secretos de mar
en los que se bañaban viejísimos tritones
y tiernas oceánidas de luz crepuscular.

Yo la ofrecí una rada más serena, más quieta,
con alisios de ensueño, con playas de emoción,
y desde entonces llevo, como en rada secreta,
una divina barca dentro del corazón.

(*Ibid.*)

El psalmo de los puertos

A Germán A. Villanueva

Desde esta roca brava que atalaya la orilla
del mar
quiero dar
mi canción.

Quiero darla al oído de los lejanos puertos
que apuntara la quilla de mi embarcación,
una tarde dorada

oxidata
amarilla
en que ardía la pipa de la evocación.

Puertos de Dios, tirados como los caracoles,
sobre la arena parda,
por aquí,
por allá!

Amados de los vientos, amados de los soles,
y de lo que se viene,
y de lo que se va.

Puertos que vi de cerca,
puertos que vi de lejos,
en el suave regazo de cualquier litoral,
con sus calles sombrosas,
con sus marinos viejos,
y su alcohol,
su tabaco,
y su yodo,
y su sal...

¡Viejos puertos en éxtasis de blanca ave marina,
cuyo refugio bídico perturbara yo un día,
para llevar, del ala tenue de su neblina,
una pluma empapada en acre melancolía!

¡Puertos maravillosos, sofiados o entrevistos,
que juzgara increíbles catedrales de bruma,
donde monjes horaños salmodiaran a Cristos
celestes, en marinas antifonas de espuma!

¡Puertos de Dios, oh dulces y benignas posadas,
abiertas al misterio de toda inmensidad!
¡Nidos azules para las alas fatigadas!
¡Atalayas de ensueño! ¡Radas de eternidad!

La jabalina de oro

La jabalina era de oro,
larga, fina, buída...
Rutilaba a la lumbre
cenital de la vida.

¡Era la joya mágica,
era el presente augusto!
Y en la tarde naranja,
nuestro puño era su puño.

Larga, fina, buída,
la jabalina de oro

se la llevó por siempre
la inconcebible bestia.

¡Y nosotros quedamos
en la tarde naranja,
con la inmensa tristeza
de nuestro puño huérfano!

La jabalina era de oro,
larga, fina, buída...

(*Paralelas sedientas.*)

Canto

Entonces fué de flanco,
así, de flanco...

Y aunque recios perfiles venideros
violentaban ya nuestras potencias,
la *indignación* fué la palabra
maravillosa del poema.

¡Oh Juventud!
¿Algo?... ¿Nada?...
¡Sabe Dios!
Pero hartados ya de viña pobre,
hubimos de llevar nuestra hambre inmensa
hacia una fabulosa pulpa de astros!
Marejadas de canto ensayó el labio,
una presencia de hombre llenó todo,
y la *Serenidad* fué la palabra
maravillosa del poema.

¡Oh Plenitud!
Entonces fué de frente.
Así, de frente,
y en gesto natural.
¿Eramos *Dádiva* en nuestra plenitud
de sexo y sueño?

Así fué como marcamos el rotundo trazo
de la vida. Así, como aprendimos
a trasmutar en epinicio heroico
el grito amargurado
de las desolladuras tremendas.

Así, como pensamos en esencias y modos
y principios. Así, como pudimos
llegar a nuestra hermana, a nuestro hijo
y a nuestro propio yo.
Así fué como aprendimos a percibir la suave
palmadita de Dios!

(*Ibid.*)

CESAR VALLEJO

(¿1894?)

Nacido en Trujillo. Poeta y novelista. Ha sido, después de Eguren e Hidalgo, el gran innovador de la poesía peruana. Fuerte y áspero para ocultar su ternura quechua. Milita en el partido comunista en Europa, donde reside desde 1923. Vigoroso prosista.

OBRAS: *Los Heraldos Negros* (Lima, 1918); *Trilce* (Lima, 1922); *Fabla Salvaje* (Lima, 1923); *Trilce* (2.ª edición, prólogo de José Bergamín, Madrid, 1926); *Escalas Melografiadas* (Lima, 1922); *Tungsteno* (Madrid, 1930); *Rusia en 1931* (Madrid, 1931).

Aldeana

Lejana vibración de esquilas mustias
en el aire derrama
la fragancia rural de sus angustias.
En el patio silente
sangra su despedida el sol poniente.
¡El ámbar otoñal del panorama
toma un frío matiz de gris doliente!

Al portón de la casa,
que el tiempo con sus garras torna ojosa,
asoma silenciosa
y al establo cercano luego pasa
la silueta calmosa
de un buey color de oro,
¡que ahora con sus bíblicas pupilas,
oyendo la oración de las esquilas,
su edad viril de toro!

Al muro de la huerta,
aleteando la pena de su canto,
salta un gallo gentil y, en triste alerta,
cual dos gotas de llanto,
¡tiemblan sus ojos a la tarde muerta!

Lánguido se desgarra
en la vetusta aldea
el dulce yaraví de una guitarra,
en cuya eternidad de hondo quebranto
la triste voz de un indio dondonea,
como un viejo esquilón de camposanto.

De codos yo en el muro,
cuando triunfa en el alma el tinte oscuro
y el viento reza en los ramajes yertos
llantos de quenas, tímidos, inciertos,
suspiro una congoja
al ver que en la penumbra gualda y roja
¡llora un trágico azul de idilios muertos!

(Los Heraldos Negros.)

Los dados eternos

Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádote tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
Tú no tienes Marías que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero Tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí que sufre: ¡el Dios es él!

Hoy que en mis ojos brujos hay candelas,
como en un condenado,
Dios mío, prenderás todas tus velas
y jugaremos con el viejo dado...
Tal vez, ¡oh jugador!, al dar la suerte
del Universo todo,
surgirán esas ojeras de la Muerte
como dos haces fúnebres de lodo.

Dios mío, y esta noche sorda, obscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roido y ya redondo

a fuerza de rodar a la ventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura.

(*Ibid.*)

Los heraldos negros

Hay golpes en la vida tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atillas,
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema

Y el hombre... Pobre... Pobre. Vuelve los ojos como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido,
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida tan fuertes... ¡Yo no sé!

(*Ibid.*)

La de a mil

El suertero que grita «La de a mil»
contiene no sé qué fondo de Dios.

Pasan todos los labios. El hastío
despunta en una arruga su «ya no».
Pasa el suertero que atesora, acaso
nominal como Dios,
entre panes tantálicos, humana

impotencia de amor.
 Yo le miro al andrajo. Y él pudiera
 darnos el corazón;
 pero la suerte aquélla que en sus manos
 aporta, pregonando en alta voz,
 como un pájaro cruel irá a parar
 adonde no lo sabe ni lo quiere
 este bohemio Dios.

Y digo en este viernes tibio que anda
 a cuestas bajo el sol:
 ¡por qué se habrá vestido de suertero
 la voluntad de Dios!

(*Ibid.*)

Idilio muerto

¿Qué estará haciendo a esta hora mi andina y dulce Rita
 de junco y capulí,
 ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
 la sangre, como flojo coñac, dentro de mí?

¿Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
 planchaban en las tardes blancuras por venir;
 ahora, en esta lluvia que me quita
 las ganas de vivir?

¿Qué será de su falda de franela; de sus
 afanes; de su andar;
 de su sabor a cañas de mayo del lugar?

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje
 y al fin dirá temblando: «¡Qué frío hay... Jesús!»
 Y llorará en las tejas un pájaro salvaje.

(*Ibid.*)

Ausente

¡Ausente! La mañana en que me vaya
 más lejos de lo lejos, al Misterio,
 como siguiendo inevitable raya,
 tus pies resbalarán al cementerio.

¡Ausente! La mañana en que a la playa
del mar de sombra y del callado imperio,
como un pájaro lúgubre me vaya,
será el blanco panteón tu cautiverio.

Se habrá hecho de noche en tus miradas;
y sufrirás y tomarás entonces
penitentes blancuras laceradas.

¡Ausente! Y en tus propios sufrimientos
ha de cruzar, entre un llorar de bronces,
una jauría de remordimientos.

(*Ibid.*)

El poeta a su amada

Amada, en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado
y que hay un viernes santo más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrá reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos.

(*Ibid.*)

Los pasos lejanos

Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;

está ahora tan dulce...
¡si hay algo en él de amargo, seré yo!

Hay soledad en el hogar, se reza;
y no hay noticias de los hijos hoy.
Mi padre se despierta, ausculta
la huída a Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos, seré yo.

Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor!

Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruce,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.

(*Ibid.*)

XV

En el rincón aquél, donde dormimos juntos
tantas noches, ahora me he sentado
a caminar. La cuja de los novios difuntos
fué sacada, o tal vez qué habrá pasado.

He venido temprano a otros asuntos
y ya no estás. Es el rincón
donde a tu lado leí una noche,
entre tus tiernos puntos,
un cuento de Daudet. Es el rincón
amado. No lo equivoques.

Me he puesto a recordar los días
de verano idos, tu entrar y salir,
poca y harta y pálida por los cuartos.

En esta noche pluviosa,
ya lejos de ambos dcs, salto de pronto...»

Son dos puertas abriéndose, cerrándose,
dos puertas que al viento van y vienen
sombra sombra

Trike.

XXXIV

Se acabó el extraño, con quien tarde
la noche regresabas parla y parla.
Ya no habrá quien me aguarde,
dispuesto mi lugar, bueno lo malo.

Se acabó la calurosa tarde;
tu gran bahía y tu clamor; la charla
con tu madre acabada
que nos brindaba un té lleno de tarde.

Se acabó todo al fin: las vacaciones; tu obediencia de pechos; tu manera de pedirme que no me vaya fuera.

Y se acabó el diminutivo para
mi mayoría en el dolor sin fin,
y nuestro haber nacido así, sin causa!

Ibid.

LXV

Madre, me voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.

Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que pára nomás rezongando a las nalgas
tataranietas, de correas a correhuuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.
 Estoy ejeando, ¿no oyes jadear la sonda?
 ¿no oyes tascar dianas?
 Estoy plasmando tu fórmula de amor
 para todos los huecos de este suelo.

¡Oh, si se dispusieran los táctitos volantes
 para todas las cintas más distantes,
 para todas las cintas más distintas!

Así, muerta inmortal. Así.

Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
 hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre
 para ir por allí
 humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
 hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.

Entre la columnata de tus huesos
 que no puede caer ni a lloros
 y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
 ni un solo dedo suyo.
 Así, muerta inmortal.
 Así.

(*Ibid.*)

Me estoy riendo

Un guijarro, uno solo, el más bajo de todos,
 controla
 a todo el médano aciago y faraónico.

El aire adquiere tensión de recuerdo
 y de anhelo
 y bajo el sol se calla
 hasta exigir el cuello a las pirámides.

Sed. Hidratada melancolía de la tribu errabunda,
 gota

■
gota,
del siglo al minuto.

Son tres Treses paralelos,
barbudos de barba inmemorial,
en marcha 3 3 3

(Paris, 1926.)

(*Amanta*, nov., 1926, Lima.)

Actitud de excelencia

¿Quién no tiene su vestido azul
y no almuerza y toma el tranvía
con su cigarrillo echado y su dolor de bolsillo?
Ay, yo tan sólo he nacido.

¿Quién no escribe una carta
y habla de un asunto muy importante?
Ay, yo tan sólo he nacido.

¿Quién no se llama Carlos
y no dice al menos gato, gato, gato?
Ay, yo tan sólo he nacido.

Ay, yo cómo tan sólo he nacido.

Ay, yo cómo tan sólo he nacido.

(Presente, Lima, mayo, 1930.)

VII

EMILIO ARMAZA

Nacido en Puno, hacia 1900. Poeta y maestro. Espíritu muy combativo.

OBRAS: *Falo* (Puno, 1926).

Kolli

Días negros, qué lejanos de la vida;
sin un grito ni un gesto cómo nacen los odios.

Esperanza vencida,
estás tan lejos del destino!
Emoción de lo perdido,
tan lejana del tiempo.

Por el largo sendero de estos días
el alma es un surco para los odios.

Me han negado la vida.
¡Qué cirios alumbrarían cuando me dió mi madre!

No creo en ti
Libertadora máxima.
Tu quietud
apenas
es un *Mito*.

En tanto hollar las sendas no he encontrado
un árbol,
un río,
una cabaña.

Pálida de hastío
el alma anda sin ruido por la alcoba apagando los cirios.
En las tardes de sangre quise llenar de amor los horizontes.

Un día soltaron el ancla en el puerto brumoso;
la voz de un marinero se despidió del mar.

No era puerto de olvido.
Mas bien trataba de mirar todos los puertos.
A su playa llegaban visiones de proas
en todos los mares

Puerto extraño.
Mudo.
Extático.
Infinito.
Los barcos que te han hecho guijarro de su ruta,
la han perdido.

Y los hombres se avientan arenal adentro,
lejos del mar los que vinieron de sus islas.

(Falo.)

La kantuta

Kantuta, desde la aérea soledad del eucalipto
hasta la íntima pequeñez del guijarro,
suena la dulce sugerencia de tu nombre
como un cachapari.

Kantuta, te llamarían al amanecer todos los despertares
del universo
y yo te cantaría en el cenit
para que vayan hundiéndose en todos los sembríos
tu cuerpo y mi canto desnudos.

Y mi canto no tendría, más allá de tus brazos,
más allá del misterio de tus pechos,
y del milagro casi ritual de tus caderas
sino un hilillo débil tan flexible
como la metáfora de tu trenza.

Y también quiero saberte mía
porque quiero sentirte dominada.

y habría de golpearte con toda mi energía de macho;
pero no te golpearía así no más:
te golpearía en el sembrío de la tierra para hacerte surco.

Y después de volcar mi alma en el cántaro de una noche de farra
y colgando el pañuelo de mi amor en tus caderas,
bailaríamos,
con quenas y tamboriles,
este huaiño del celo que me quema la carne.

ARMANDO BAZAN

(1902)

Nacido en Cajamarca. Poeta y periodista. Actuó en el grupo *Amauta*, y fué a Rusia hacia 1929. Vivió en España algún tiempo. Ahora ha vuelto a América.

OBRAS: *La urbe doliente* (poemas), (Lima, 1924). *Urbes del Capitalismo* (Madrid, 1932), *Unamuno y el marxismo* (Madrid, 1935), *España ante el abismo* (Santiago, 1937).

Hetaira

Si al abrirte sus entrañas
se hace la cruz
de tu deleite:
¿por qué no te inclinas
y la besas en los pies?

La pobre hetaíra entrega
un poco de su carne
y un poco de dolor en cada cruz.

¿Qué entregan los que lo tienen todo?
Los que lo venden todo,
¿qué nos llegan a entregar?

¡Domadora! ¡Domadora desgraciada:
ascos que escupen tus entrañas
para amargarte el corazón.
¡Domadora! ¡Domadora!

Tus jaurías aullantes
se quedaron quietas. Hombre:
¿por qué es que ahora no te inclinas
y la besas en los pies?

Insomnio

El insomnio —
vigilante reflector —
a medianoche me fatiga el alma
con su látigo de luz.

Quiero partir.
Quiero partir desesperadamente
y tomo tantas sendas,
pero siempre me quedo,
agitado y turbulento como un mar,
aquí en mi mismo sitio.

El pensamiento se levanta:
sutil espuma del oleaje terco.
El pensamiento se levanta y muere
para nacer distinto.
¡Oh pensamiento!

Y mil sendas que se abren como playas.
Pero yo siempre me quedo,
agitado y turbulento como un mar,
aquí en mi mismo sitio.

(*Amauta*, Lima, noviembre, 1926.)

MARIO CHABES

Nacido en Arequipa, poco después de 1900. Poeta y periodista. Ha viajado por Argentina y Chile. Actúa como periodista.

OBRAS: *Alma* (Arequipa, 1922), *El silbar del payaso* (Arequipa), *Cocca* (Buenos Aires, 1926.)

Nevada

Hoy se casan los árboles:
blanco el campo, blanco el blanco.
Escribirán luego los pájaros
autógrafos en el álbum de tus manos.

La lluvia es como cuando caminas.

El granizo cayó como el blanco maíz
que Abigaíl da a las gallinas.
El granizo cayó como las yemas de tus dedos,
en la mesa, cuando enmudecemos.
El granizo cayó...
y los pájaros tomaron helados especiales,
y las nubes disfrazadas jugaron corso.
Serpentinas de rayos; matracas de truenos.
La abuela: — ¡Misericordia, Señor!
Magdalena, guarden los espejos —.
Luego el arco iris, tómbola de sol.
La tarde, diez centavos «La Tarde»...

(*Amauta*, Lima, noviembre 1926.)

La montaña

Tierra morena como tus hombres,
como tus pechos, como todo el paisaje,
ya te siento morir.

Mi sombra en el cerro,
dolorida, prendida de gritos como un «curi».
La última lampada de sol
te ha roto las entrañas.
Los riegos se desangran.
Yo soy tu cruz,
con los brazos abiertos,
llorando como un viento,
palpándola en las piedras.

Vienen las sombras a rezarte,
las luces de la ciudad te velan.

(*Cocca*, Buenos Aires, 1926.)

NAZARIO CHAVES ALIAGA

De Cajamarca. Nacido hacia 1900. Poeta, periodista y hombre de combate. Afiliado al Aprismo, ha sufrido multitud de prisiones y está hoy desterrado. Director de *El Perú*, de Cajamarca, diario clausurado policialmente.

OBRA: *Parábolas del Ande* (Cajamarca, 1928).

Parábolas del Ande

Han hecho daño en el trigo de la hacienda las ovejas de la viuda Dominga, que perdió a su marido en agosto del año pasado por efecto de un dinamitazo en los trabajos de la carretera.

Son veinticinco cabezas.

El Mayoral, chicote al cuello, cuenta y recuenta en el corral a las dañinas.

La india Dominga no piensa sino en el rescate de sus güishas.

Huevos y quesillos frescos, amarrados en una joijona nueva, son el presente del rescate.

El patrón ha dado la orden de amostrencar cinco de las mejores cabezas.

La Dominga, hila que hila el copo de su desengaño, permanece implorando, casi toda la tarde, junto a la pirca del corral.

No tiene sino que resignarse al robo.

Las 5 de la tarde.

La tranca da paso a veinte cabezas de ovejas de la china Dominga; cinco han quedado balando, acaso como el presentimiento de un degüello próximo.

El sol, como un bebé, cierra sus ojos, durmiéndose en la espalda de la cordillera.

La Dominga, con ramalote de retama en una mano y su pushca en la otra, arrea su manada a desaguararse al río, no sin llorar la ausencia de su guaccha y de su mañosa engreída.

Las güishas se han tendido en el agua, mientras la india Dominga, a pulmón abierto, ha soltado en la corriente esta enorme palabra: *Maldiciao, Maldiciao, Maldiciao...*

Y el río pasa por tras de la casa de la hacienda.

JOSE CHIOINO

Nacido en Lima, hacia 1900. Poeta y periodista. Ha viajado por Estados Unidos, Chile, etc. Autor teatral de considerable éxito, ha sido uno de los animadores del escenario peruano, a partir de 1925.

OBRAS: *Flores artificiales* (Lima, 1920), *Fuegos Fatuos* (Lima, 1922), *La Canción azul, Sinfonía en Yo*, (Santiago, 1930) etc.

La curva del camino

— Dije adiós... La alta noche cernidora de estrellas,
aventaba en la criba las ascuas de su era.

Entre las secas ramas
anidaban mis penas;

y una fina garúa, de recuerdos, poblaba
la senda de fantasmas.

— La senda torturada de misteriosos rastros
y atada entre las huellas groseras de los carros.
De pronto, curvas fauces devoraron la ruta,
y, con ella, mi sombra cuando tornó en su busca.
¡Ah la boca siniestra, guarneida de arbustos,
como primera fila de informe dentadura,

y emboscada entre inmensos matorrales de barbas!
Jamás ante su abismo, que todo lo devora,
receló de «la curva del camino» el viajero.

La curva donde tantos destinos se desviaron;
monstruo que se alimenta de regresos jurados,
y de esperanzas truncas...

— De aquellos que la Vida no nos devuelve nunca...!

(*Sinfonía en Yo.*)

Es en vano

Es en vano que pongas la mirada lejana,
porque en la mía piensas encontrar una hermana.
Ningún secreto, escondo
en sus tristes reflejos...
Para mirar tan lejos
sólo viví muy, hondo...
Tal vez llegué hasta el fondo
de las angustias nuevas y los pecados viejos...
Para mirar tan lejos...

(*Ibid.*)

GAMALIEL CHURATA

(Su nombre es: *Arturo Peralta*.)

Nacido en Puno, poco después de 1900. Maestro, poeta, cuentista. Escritor de tendencia autoctonista, trata de reivindicar los valores de la raza aimara. Animó el *Boletín Titikaka*. Tiene libros en preparación.

Kuluyos

Quelecho piedra y Janita pankara
van por el campo abierto de toda nube,
van con un rubor de chijchipa en la vergüenza.

Quelecho piedra rompe el terrazgo
y sus flores Janita siembra
con su dulce akullipe.
Los toros se encrespan
con lomos de lago bravo;
pero la esteva araña en las pieles de oro.

Ya van para caer el arrebol y la lechuza
—tiña del aire un polvillo canta—,
Quelecho piedra gruñe,
Janita pankara llueve de sus manos el grano.

Las semillas
a cada paso de la imilla
de olor de tierra se embriagan y cantan,
cantan olor de madre virgen
y desde adentro layo y mamita — ttosankeyo...
Así es de lindo el kuluyo
y la noche del aire
con su luna y su frío
y todo su temblor de pellejo...
Quelecho piedra duerme
Y Janita pankara cosecha en su cosa la warawara del
amanecer.

NICANOR DE LA FUENTE

(1902?)

Nacido en Chiclayo. Poeta y periodista. Combatiente social, en las filas apristas, ha sufrido muchas persecuciones policiales. Ha crecido en la lucha.

OBRA: *Se han sublevado los apristas* (poemas) (inédita).

Los poemas rurales

1. Como un viejo colono ebrio de viento,
el domingo se fué sobre la grupa
castaña de la tarde...

Labios tostados de alegría y de alcohol
cantaban en los barrios serranos de la fiesta.

Más lejos
la noche se terciaba
su «vicuña» de sombra.

Algunas puertas
cerraron sus pestañas humildes
y otras, joh, otras!, ajustadas las 9 P. M.,
bostezaban compases de caja y de guitarra...

2. ...y por las calles
regadas con sabroso sabor a miel de caña
pasó la ronda ciega
rubricando los rostros de los cholos borrachos
y haciendo fuertes nudos
a sus lamentos y protestas.

Y por todos los rincones de la noche
encarcelando rebeldías serranas,
violentando alaridos,
fué la arrogante justicia de la hacienda:

«cierra esa puerta... apaga la luz, indio borracho...»

y al conductor de caña dieron los calabozos
 en la madrugada
 su contingente de fatigas ebrias;
 mil carros sin salario
 se volcaron ese lunes
 y en las espaldas pesaban como culpas
 los vigilantes ojos del capataz criollo...
 ... a lo lejos pitaban su protesta de humo
 las locomotoras.

(*Amauta*, enero, 1930.)

¿Te acuerdas?

¿Era la noche? Imposible el olvido, si aún tus miradas
 están ancladas en mis ojos.
 ¡Qué dulces barquitas tus miradas!
 ¡Cómo son de finas, de elásticas, de sensibles!
 ¡Qué lastre de humanidad y ternura aportaban a los puertos
 perdidos de mis ojos!
 ¡Qué sinfonía de emociones para que en los lejanos barrios
 no me olvidara de ti!
 Para que viajando sobre las pampas de los años y los años
 segara soles y auroras con qué alfombrar de cercanía las
 distancias!

Mesa con fiesta familiar...
 La amplia cabellera de la noche tendida sobre los ojos
 eléctricos de la ciudad, erizada, crucificada de voces
 luminosas como para que no me fuera nunca.
 Aún se mecen tus palabras en mi memoria.
 Mesa de fiesta para el bar que exhibía madrugadas
 en las vidrieras de tus sonrisas.
 Nos vimos llegar y también partir; sabe Dios
 hasta qué incógnito límite de tiempo, hasta sabe Dios
 qué barriada de vecindad futura...

SERAFIN DEL MAR

(Su nombre es: *Oscar Bolaños*.)

Nacido en Huancayo, hacia 1900. Poeta y periodista. Desterrado en 1927, viajó con Magda Portal, su compañera, por Centroamérica, México y Chile, sufriendo diversas persecuciones. Regresó al Perú en 1930 y dirigió *Apra*, la primera revista aprista peruana. Fué perseguido en 1931, y en 1932, sin que mediara prueba alguna, fué condenado por una Corte Marcial, que actuó en virtud de facultades retroactivas, a 20 años de Penitenciaría, «por haber sabido que el estudiante Melgar pensaba atentar contra Sánchez Cerro, y no haberlo denunciado», lo que nunca fué precisado. Está en la Penitenciaría de Lima, desde entonces.

OBRAS: *Los espejos envenenados* (Lima, 1926); *Radiogramas del Pacífico* (Lima, 1927); *El derecho a matar* (en colaboración con Magda Portal, La Paz, 1929); *El hombre de estos años* (México, 1928); *Año trágico* (Lima, 1933); *Cantos de la Revolución* (en colaboración) (Lima, 1934); *Los campesinos y otros condenados* (inédito).

Anunciando la buena nueva

Anunciando la buena nueva
canta el Apra como una estrella
en los hogares pobres de todo el Perú.
Y los hombres, a lo largo del camino,
lloraron para siempre su tristeza,
frente a los ídolos de piedra
que enfriaron nuestros corazones.

Desde los palacios, donde cada piedra
es un crimen, miran otros hombres
la tragedia de los pobres, y ríen
como se rieron de Cristo antaño.

Nuestra sangre regada, grita
en las calles, en las fábricas,
en el campo: Hoy es un nuevo día,

Los hombres que se han rasgado la vida,
con ojos tristes, tristes como los fierros de la cárcel,
han levantado la mano esperando al Hombre.
Y las mujeres y los niños humildes, ahogando
sus sollozos, nos miran esperanzados.

Los apristas marchan hacia la vida,
hacia la lucha, porque «una vida
sin agitaciones y sin desventuras
es como un mar muerto».

Hay corazones que nunca han florecido
como plantas adheridas a los muelles.
El sol si apenas suavemente los acaricia
como las madres pobres a sus hijos.

La tierra endurecida por la injusticia
riega con la palabra de los líderes
una voz de fuego, eterna como el tiempo,
para quemar a los hombres que jamás hicieron bien.

Otra vez el viento: sus uñas se agarran
de las barras de la cárcel, y apenas
sentimos su piel en nuestros corazones,
donde el pueblo está cantando su libertad.

(Cantos de la Revolución.)

¡Ay de los pueblos sin agitación!

De frente a la esfinge del Tiempo,
hemos vivido los hombres, preguntándonos,
y aquella respuesta que todos esperábamos
está todavía como flor adolescente
en los labios de la tierra.

¡Pero quién puede negar
que una nueva religión
ha brotado de los hombres!
Ya no es el viento que canta;
es nuestra voz naciendo.

El miedo reina
en todos los corazones injustos,
mientras una alegría larva en los humildes.

Aquellos que serán justos y humanos
como hijos de la Tierra.

Si alguien duda que el espíritu
de nuestros pueblos se ha levantado,
venid a las cárceles y romped
los fierros si queréis vernos.

(*Ibid.*)

27 de julio

Por las trincheras rojas de Trujillo
hoy la mañana ha extendido su llanto,
y el valle palpita como un corazón tatuado.

44 corazones silenciosos, silenciosamente
fríos como los volcanes de las cordilleras,
yacen en tierra con la vida sumergida en sangre.

¡Fuego! — fué la palabra que hizo temblar
de miedo a los jefes de pelotón.
Y la mirada pura y amplia de los hombres
frente a los fusiles homicidas,
carió la conciencia de los verdugos.
¿Habéis sentido la última mirada
de vuestras víctimas propiciatorias?
¡Y estos hombres duermen, y tienen esposas
e hijos a quienes querer y amar!

Los condenados, en tierra, encogiéndose
como acordeones frente a la muerte,
mientras en el palacio el tirano libaba
vino como si fuera sangre del pueblo.
Entonces las mujeres deshojaban su canto
como pétalos de rosa sobre las trincheras,
y los niños con sus pequeñas manos
conducían municiones, saltando sus ojos
como tiernas palomitas de campo.

¡Pogromos contra los apristas!
 Porque supieron ser heroicos y altivos.
 Y cómo persigue la sombra de los caídos,
 de los caídos que engendran nuevas victorias.
 Gigantescas sombras recorren el campo
 despertando a los pobres y a los humildes,
 éstos que no pueden apartar los ojos de la tierra
 y que sienten que el Perú es una inmensa cárcel!

Es la hora santa.

Hay un pueblo donde los hogares
 florecen negros crespones en las puertas.
 Negra la ciudad. Negras las mujeres
 que pasean como ataúdes por las calles.
 Los niños tienen la palabra enlutada.
 Ya no hay voz que diga: padre.
 Las tropas del «desorden» saben dónde están.
 Los pájaros no cantan, lloran sobre los techos.

Oh santo pueblo de hombres que lucharon
 por nosotros y por la nueva religión aprista,
 sobre tu grito regado de sangre se levantarán
 los cimientos de una nueva sociedad
 generosa y sin odios mezquinos.

En estos días donde el viento aúlia,
 arrastrándose como un felino por los hogares,
 un dolor amargo ahoga la garganta
 de todos los peruanos, pero el viento
 empieza ya a rugir una tempestad.

Sobre las cruces clavadas en el campo,
 las mujeres y los niños que han perdido
 la mano buena y guiadora del hombre,
 se consuelan con su llanto, que crece
 con la noche como las aguas de los ríos,
 agujereando la tristeza de su soledad.

Así, caminando por las ojeras del dolor,
 buscando a tientas una esperanza,
 vislumbrarán una estrellita
 que les besará suavemente el corazón.

Los hombres no olvidamos — ¡27 de julio!,
como la imagen de la madre grabada en los ojos —.
Los compañeros fusilados están enterrados en nosotros.

44 — pensad un momento en el número!

¡Y fueron 102 los condenados!

(*Ibid.*)

No estamos solos

A esta cárcel de altos muros no entra el cielo,
ni la tierna luna que quisiera alumbrarnos.

Veces hay que se olvidan los guardas,
y los pajarillos cantan para nosotros
sus más dulces canciones,
como si realmente vieran nuestros sentimientos,
llevados por la cabellera plateada del viento
para que los mares lloren.

Tristes como la sombra nos ve el tiempo,
caminando día tras día, año tras año.
¡Ah! ¡Si no fuera por la esperanza
que arde como una estrella en el corazón,
cuántos celajes plateados se acongojarían
en las manos huérfanas del condenado!

Muchos quisieran morir
si el viento no los consolara.
Así, todavía sonríen;
aunque a veces la sonrisa
es como una mueca trágica
que marchitaría las flores.

En cada celda del departamento
hay un hombre sin destino.
¡Venid a verlo! Todavía es bueno;
llora cuando ve por las noches
que un pequeño arroyito del cielo
no puede entrar por su ventana.

En cada piedra hay un suspiro,
y en los fierros humedecidos
algo de la mirada de los presos;
sin embargo, ellos todavía son buenos:
cantan, y cantando se consuelan.

Hermanados con la pálida muerte,
ella nos regala una rosa de su jardín,
y dándose miedo, los hombres se pasean.
¡Ay, cómo lloran cuando el dolor los acerca al cielo!

Y la tierra es amada. Ved:
madres sin voz, por el hambre,
con sus niños colgados que parecen lágrimas;
padres que buscan pan,
linchados son en las calles.
¡Oh pueblo, tu voluntad todavía está adolescente;
por eso la cárcel es para nosotros!

Si luchando por la libertad de todos
hemos perdido la nuestra,
Cristo nos consuela mostrándonos su costado.
Y nos dice: la cárcel es el grito de un pueblo,
es su tormento más hondo;
y del dolor de los hombres brotará
luminosa ofrenda que afirme
la paz de una sociedad más justa y más generosa.

Tiempo vendrá en que el dolor y la valentía maduren
y se destruyan las cárceles,
donde tantas señales del sentimiento se mezclan,
y donde sólo una canción se oye,
sombría, como la noche asustada
que se esconde en los ojos de los muertos.

(Penitenciaría, Lima, 1937.)

(*Inédito.*)

ALBERTO GUILLEN

(1899?—1935)

Nació en Arequipa. Poeta y periodista. Viajó por España y Francia en 1921. Residió en Brasil y Chile, posteriormente. Ganó varios concursos literarios.

OBRAS PRINCIPALES: *Prometeo* (Arequipa, 1917), *Deucalión* (Lima, 1920), *La Linterna de Diógenes* (Madrid, 1922), *El Libro de las Paráboles* (Madrid), *Imitación de Nuestro Señor Yo* (Madrid), *Lau-reles* (Lima, 1925), *Pequeña Antología Peruana* (Santiago), *Leyenda Patria* (Arequipa, 1935), *Cancionero* (Arequipa, 1935), etc.

Las Atlántidas

El viento hincha las velas
de mi corazón.

¿Hacia dónde vuelas,
viento, y llevas mi barco sin timón?

Y el barco parte, y siento las espuelas
del viento en mi corazón.
Vamos como las carabelas
de Colón.

¿Hacia dónde?
¡No importa! La vida esconde
mundos en germen

que aún falta descubrir.
Corazón, es hora de partir
hacia los mundos que duermen!

(*Deucalión.*)

La flecha del Parto

«*¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria?*»
OSEAS.

Ahora tú, Muerte,
ven a mí;
siendo mi orgullo inerte,
estoy cansado y

harto:
sufro la urgencia de partir
con las flechas del Parto
de espalda al Porvenir.

Yo no quiero
mi casco de guerrero
ni

mi escudo:
desnudo
me doy a ti.

(*Ibid.*)

El hombre del alba

¡Víctor Raúl Haya de la Torre! Haya, árbol fornido,
símil de fuerza. Pájaros en los brazos, vuelos!
Torre. Por la torre la tierra se levanta, se pone de pie,
sube, coge el cielo. Torre, evocación de vuelo
de campanas. Torre, cordera madre
que coge el rebaño de la ciudad con su balido.

¡Víctor Raúl Haya de la Torre! Me ponía a redoblar
cada vez que llegaba a mis manos su nombre.
Sentía estremecerse algo en mí como el feto en la curva,
en la hinchada gravidez de mi alma.
Llegaban sus palabras a mi raíz de hombre,
aún sin voz, aún sin sílabas sonantes
como si usted fuera la conciencia viva de nuestro día,
el cimiento en que iba creciendo el alma de mañana,
la hurgoneadora voz de aquel que está clamando
dentro de cada uno por una realización más ancha de la vida.

El tiempo había devorado las letras de su nombre,
me las había arancado de las manos.
Pero oscuramente germinaban tallos, luces de madrugada.
Quería recobrarle amigo. Porque era usted para mí
algo mío que debía volver a la luz.
Era usted para todos el dolor que nos estaba diciendo
que faltábamos a nuestro deber de hombres
al no sacrificarnos para hallarnos.
Porque la vida siempre tiene un mañana.
Y porque el germen debe pudrir
para ser árbol donde el viento venga a plantar su vela.

Ciertamente, era usted uno de los exterminadores del caos,
uno de estos pocos que iban empujando el porvenir con el pecho,
como la raíz empuja al árbol hacia el cielo.
América se movía en el bronce fundido de su palabra.
El fermento bolivariano lo pudría, a usted,
y era usted mismo la semilla de un mañana nuestro.
De usted, de nosotros, de estos brotes oscuros,
caminadores bajo la tierra de tiempos miopes,
iba a salir, está saliendo el alba. Porque así
como los gallos son los picapadreros de la mañana,
de su voz, de nuestra palabra va a germinar el día.

Porque hay palabras en usted, campanarios tan blancos
que parecen pensamientos alzados.
Porque subimos todos sobre este anhelo
como subían los hombres sobre los ladrillos de Babel en el cielo.
Porque el porvenir está respirando, está balbuceando ya
en las manos de los que como usted han venido de sí mismos,
del gran esfuerzo y la parición de sí mismos.
Porque es usted suyo y del mundo, su obra y la de todos.
Porque su voz venía de su gran dolor
a cobijarse bajo el aire de todas las banderas.
Y porque su sangre erigía arco iris para que pasasen las albas
y porque lo siento disperso en el viento
y vivo, crucificado en mi entrecejo.

Y así, yo, este yo de piedra y de música,
esta alma que ha crecido con las montañas de mi Arequipa como no-
drizas,
este yo, esta alma que tiene la tenacidad de mis ojos
y el tamaño de mi esperanza, esta alma
lo veía pasar a usted, acompañándolo con un redoble bajo el pecho
por todos los caminos de mi América.

Recogía usted ciudades en su mano
 como la noche cuando guarda sus montañas.
 Nos llamaba usted de las cuatro esquinas de la tierra
 como un tambor de amanecida. Porque, ya lo dije:
 traía usted la aurora entre los brazos.
 La ha traído, está aquí, respirando como una niña.
 Y dije más: dije que en su palabra se acunaría
 como un embrión en el surco materno,
 la esperanza tan larga, tan fatigada, tan potente
 del hombre moreno de mi América.

Y aquel abrazo se ha hecho flor y fruto.
 Era azahar mi palabra lejana.
 Su voz ha cobrado voluntad de árbol y decisión de camino.
 Sobre su voz vamos.
 Porque una vez más en usted se ha hecho carne el verbo:
 he aquí uno que es el camino, la verdad y la vida.
 Camino al porvenir que marcha con nosotros.
 Verdad de ahora que está doliendo en todos con dolor de parto.
 Y la vida más nuestra, más en la mano de todos, como la quería
 quizá Bolívar, quizá Lenin y de seguro el zapatero remendón de mi
 esquina,
 que está sudando con el martillo musical en la mano,
 y sobre la rodilla la suela de mis zapatos y los suyos
 que dejaron su polvareda por todos los caminos de los días.
 Por eso, en el mástil de esta palabra mía inscribo su nombre.
 No importa que otra mano, aun la del viento cainita,
 arranque su grito de aquí y deje mi asta sin bandera.
 Quedo yo, al pie de mi montaña
 como una diana a los pies de una sierra madrugada.

Lo espero aquí, solo como el árbol que va sosteniendo el día,
 aquí, en esta casa suya que está amasando pájaros para recibirle
 cuando venga. Sé que ha de venir, que está viniendo siempre
 como el agua de mi río que me trae panoramas
 como un vendedor de cartulinas.

Viene usted, vendrá siempre como un viento encendedor de pensa-
 mientos
 y tan parecido a mi sacristancito de San Juan de la Chimba,
 que se llama Domingo y me dice siempre «niño Alberto».
 Ya ve, niño soy aún de brote y de entusiasmo.
 Por eso estoy, estaré aquí, niño laceador de vientos,
 y trampero cazador de cantos,
 hoy, mañana, allá, detrás de todas las esquinas de la duda,
 recogiendo en mis manos brotadas de canciones y de pájaros,

este montón de ondas, este flamear de alas que suscita
su palabra levanada como un saludo,
como una mano, como un reclamo a los hombres todos de la tierra.

(Arequipa, septiembre 17 de 1933.)

Hai - Kais

El hai - kais es un pensamiento
que ensaya plumas
como un pájaro en el viento.

El hai - kais es nube
que fué agua y nieve
que ahora sube.

Un gorrión
como un chico en su silabario
le repite a un árbol su lección.

En el vientre de mi madre
germinaban ya mis canciones
y así no quieren que cante.

A veces me encuentro el cielo
en un charco
y me consuelo.

Lo que dice la arena:
— Siempre duele
la huella.

Asesinos de flores:
los críticos,
los gusanos, los leñadores.

(En *Repetitorio Americano.*)

El santero don Julián

(Del libro *Areqquepay*)

A Francis de Miomandre.

Cerquita, más allá del cequión, hacia el lado donde el sol se acuesta, en una casita de adobes, sin siquiera revoque de cal, vivía el santero don Julián.

Recuerdo que era de color bronceado, los dientes ralos y los ojos legañosos, con los párpados revueltos, colorados. Cojeaba de reumatismo, tenía las manos tullidas y fabricaba dioses con esas manos viejecitas.

La casa no era sino un cuarto dividido por cortina mugrienta. Atrás, fuera del cuarto, el gallinero y una perra sarnienta. Yo era amigo de Ajiseco, el gallo de pelea de don Julián. Vivía amarrado al pie del catre como el perro de San Roque: cabeza fina, agudos espolones y jubón de candela. Era el clarín del vecindario: daba las 5, daba las 6. No cubría las pollas. — ¿Por qué le pone traba don Julián?

El techo de la casa en ángulo era de paja, en la puerteja una cruz de flores secas para espantar a las brujas y encima de la techumbre las nubes, maravillosas ubres repletas.

¿Cuántos años tendría yo? ¿Cuántos años don Julián? A juzgar por sus dedos, 1000 años, a juzgar por mis miedos 7 años. ¡Cuántos Cristos, Dios mío, rociados por el suelo! ¡Cuántos ángeles gordos como fetos, feos, impúdicos, sin sexo!

Me escalofrío cuando pienso en aquellos Santos Cristos! Los tallaba en madera de sauce con formón. En seguida los cubría con músculos de yeso, — el yeso a veces lo mojaba en los labios resecos — y pintaba — ja los Cristos! — sonrosados, con carnes de aurimelo. Pero las llagas, ¡qué tremendas! ¡Parecían alaridos! Y las rodillas con hoyos azules, y las ojeras moradas. Me espantaba la indiferencia con que manipulaba sus Cristos. Por unos cuantos soles para chicha se los llevaba como en pañales, envueltitos.

Una vez se cortó con el formón no sé cuál mano.
Mi mamá lo curaba. Santa paciencia! (Era el doctor del vecindario.)
No recibía dinero. Nos traían ciruelas, palomas, dalias rellenas.
La dulzura de doña Victoria — así llamaban a mi madre —
limaba aristas de lágrimas, vencía las gangrenas.

Ahora que me acuerdo, don Julián tuvo una hija, la Manuela.
Mi mamá no me quiso decir nunca de qué se murió,
Pero un día sentí llorar una guagua detrás de la cortina.
— Es un recuerdo de la tal, hija de tal, me dijo don Julián,
ojalá se la cargue el Diablo, todas son tan...

Otra vez mi mamá le encargó a don Julián
que nos hiciera un burrito y una vaca así de grandes.
Día a día fuí a ver cómo les nacían las patas.
Eran horribles. Pero yo le decía: Están muy lindos, don Julián.
Cuando ya estaba armado el nacimiento — trigos en tazas sin asa,
linaza en cajas de sardina, el Señor San José con su sonrisa consentida
y el suspiro de la Virgen al recordar la Palomita —
se nos llenaba la casa de vecinas con sus niños — dioses cholitos.
Yo había hecho esas casas de cartón con tantas ventanitas,
y esos lagos de espejo. Lo fácil que me era hacer patitos...

En Reyes, a veces, mi papá
se prestaba de alguna comadre un caballo grande y un chiquito
y me llevaba hasta Tiabaya a sacudir los perales.
Claro que yo nada sacudía — no soy el viento! — y a mí sí me sacudía
[el caballito.
¡Oh, qué grande era el mundo y cómo trotaba el maldito!
Me daba vueltas el sistema planetario, pero tenía un coraje!
— ¿Vas bien? — me decía mi padre —. Claro que sí, perfectamente.

En Tingo tomábamos Kola y a nosotros nos tomaban los mosquitos.
Veraneaba allá mi prima Isela, gorda, fresca.
Me miraba dulcemente las polainas y se quedaba en el reflejo.
Al volver me dolía el caballo y me dolían sus ojos negros.
La noche borroneaba los caminos, la luna enseñaba los cuernos.

JUAN JOSE LORA

(1902)

Nacido en Chiclayo. Poeta y periodista, bohemio. Ha ejercido la dirección del periódico *La Hora*. Perteneciente al Partido Aprista, está ahora desterrado, en Chile.

OBRA: *Diánidas* (Lima, 1925).

La canción del hospital

Canción del hospital. Danza de moscas.
Orquesta de fastidio y desesperación.
Con una caridad de manos toscas
nos tapamos la boca. ¡Maldición!

¿La muerte? No. No es esto lo que nos da tristeza.
Es el dolor. Son estos féretros de orfandad
en que anclamos con toda nuestra humilde pobreza,
ya destrozado el último timón de voluntad.

¿El dolor? No. No es esto. Aquí en el hospital,
entre tanto dolor, quizás se está mejor,
mas el alma nos pide su ración capital:
un poco de odio crudo o un cocido de amor.

Venid. Aquí ni gana para quejarse queda.
En este hogar no caben bienvenida ni adiós.
Ved la blanca y escéptica e infinita alameda:
Dios está en todas partes, pero aquí no está Dios.

Madres de caridad... ¡Pobres las pobrecitas!
Si no han tenido un hijo, ¿qué caridad tendrán?
El médico y su corte y las moscas malditas
que zumban en la zumba de esta fatalidad.

(*Diánidas.*)

Cabaretrín

El jazz-band colorista...
 La laguna del dancing.
 Fonográfica vida de la vida... El amor,
 el amor milonguista de las lunas cambiantes
 bajo los besos de las pantallas camaleón.

El fagot de la pena bombardera, epidérmica...
 Y los cristalofonios de una euforia infantil...
 Y el alcohol,
 el alcohol que golpea la tarola romántica
 y el carcajear de mil flautas de cartón.

Una ampolla que revienta llena
 de gases hilarantes
 es la palabra *Cabaret*.
 Aquí, oh piedras preciosas de la muerte,
 sois un hirviente remolino de chaquiras...

— ¡Qué poco elástico es el redondel!

El que quisiere veros, que no os mire!
 A lo mejor la carne es de papel.
 De las pupilas góticas del ansia
 saltan cohete de luces
 hacia el cáscara cielo de la fe.

Timbal primaveral de lo casual, agrio timbal,
 ¿qué haces aquí?
 En este cuadro de alma celuloide
 yo soy un cigarrillo pinturero
 que sostiene una boca de carmín.

Mujer, mujeres de humo alcanforado...
 Arco iris de un hastío surtidor,
 rasgueantinas matracas de infortunio,
 cabezas de tambor!
 Oh charol de la ustoria femenina
 aquí donde no hay sol.

El vapor de las danzas emboladas
 que asfixia a un Pitigrilli soñador,

un embolismo de caderas trombas,
boya que boyá por mi alrededor.

Oh jazz-band colorista...
Remolino del dancing,
fonográfica vida de pasión.
El amor milonguista de las lunas cambiantes
bajo los besos de las pantallas camaleón.
Toda la luz aventurera, toda,
aquí, donde no hay sol.

(*Ibid.*)

Fábrica

¡Pistones! ¡Bielas! ¡Embos!
Sinfonía estridente
— monótono jazz-band —.
Canto del bosque férreo
en que el hombre es más triste que cualquier animal.
Tú,
desertor del campo,
tú,
que de tanto mover esa palanca
eres tan sólo una palanca más,
¡pobre ingenuo!
creíste que en la urbe no habría fieras.
Descuídiate y verás:
ese volante un brazo robó a tu antecesor;
y
esa oruga metálica
¿la ves?
Pues ¡ay de ti si te conecta un hilo!
¡Ah, pero no medites,
que puede ser fatal!
¡Suda, suda hasta liquidar!

.....

Ya sonó la campana.
¡Vamos!
¡Sal!

El humo de la fábrica mancha el azul oscuro:
 así está tu overal
 y
tu esperanza en la Revolución Aprista

(*Cantos de la Revolución.*)

Eucaliptos

Serrana:

fué en tu tierra que me obsequiaste tus primeras lágrimas.
 ¿Me olvidaré algún día?

¡Eso quisieras, mi ángel!

Mira cómo este instante tiene la cara de aquel cuando:
 ¿Acaso no son los mismos eucaliptos?

¡Hurra, fráteres míos, hurra!
 ¡Hurra, finos atletas,
 cinematográficos como Valentino,
 excelentes tanguistas,
 figurines modernos,
 primaverales héroes,
 siempre de pie,
 de frente,
 en la batalla!

Jugáis ahora basket y ya os veo marcar un tanto con el sol
 en la canasta jardinera del valle:

¡HURRA!

Salud, mis queridísimos!

.....

Te pusiste nerviosa como la sombra de los eucaliptos,
 porque te dije que me iba pronto a México, solito.

El girasol de tu alegría dobló su tallo
 para mojar mi labio en su rocío.
 En el viento sentía tu tembloroso corazón
 cual un gorrión loco de luz
 girando desesperadamente.

Hoy me dirás que miento,
que no lloraste,
y que ni creías
que en la nocturna perla viese tu monograma.
Todo es mentira
ahora,
y sin embargo tiemblas, como la delirante sombra
de los eucaliptos.

¡Primavera! ¡Verano!

Pobrecitos mis ojos,
pobrecitas mis manos,
pobrecitos mis labios,

Rockefélleres ¡ellos! que eran tan pobres,
dueños de un universo tierno de oro y plata,
y en el océano de tus pupilas,
viajero,
hacia *Diosalía!*

Así, de pronto.

Pobrecitas mis manos,
pobrecitos mis ojos,
pobrecitos mis labios,
bajo tu imperio,
trino del milagro.

GUILLERMO MERCADO

(¿1900?)

Nacido en Arequipa. Poeta rural y maestro. Es de los iniciadores de la tendencia «cholista» en la poesía peruana. Ha sufrido persecución por ser aprista.

OBRAS: *Alba de oro* (Arequipa, 1922). *Un Chullo de poemas* (Arequipa), *Tremos* (poemas cholos) (Arequipa, 1933), *Donuto* (1936).

Jarana

El peón don Julián, que se ha colado de poncho
un retazo de crepúsculo olvidado en el campo,
hoy ha vuelto en francachela
abrazado a la cintura de su joven querida, la guitarra.

Al pasar el arco último del día
sus amigos, los campechanos, tórax del viento,
anchos de amistad como los valles,
le han cogido en la emboscada de abrazos que se enredan,
y a encender la noche de fiesta como un castillo
trepan la cuesta colorada de la tarde.

En la choza se desentornilla la voz de 40 años
en una marinera chorreante de aguardiente;
los pañuelos, como pendones de los maridos,
flamean sobre las espaldas como cerros de las cholas,
ellas se descuelgan las caderas
y las dejan como barcas sobre un mar movido.

Los aplausos queman el aire,
de los ojos la alegría sale en chispas
y las polleras sueltan carcajadas de colores.

Afuera las sombras rondan sin un cigarrillo
(hay ganas de invitarles una copa)

En un corralón lejano
se incendia de ladridos la medianoche.

La procesión

I

Sobre la nube más grada, a la Virgen del cumpleaños,
con su manto largo de chacras la han sacado a dar una vuelta.

Con su corona que los devotos se la hicieron del primer oro
del sol de la mañana
va claveteando las nubes.

Todo el pueblo, con sus chozas, sus árboles, sus acequias y sus cerros
se mueve apretujándose tras de la Virgen.

Las mujeres bajo sus mantones
se atizan con chala de miseria el corazón
hasta que el fogón arde
y entonces los ojos chisporrotean de ruegos.

Veinte caras de hombres maduros de amor a Dios
van mascullando rezos como mascando mote.
La mirada de la Virgen se enreda en los jatacalas
que también vienen a limosnear su cuartito de amparo

II

Las ceras a franjas nacionales
babean
el vestido blanco, blanco de fiesta
de las calles soleadas.

*El bombo de los músicos hincha los cerros del contorno
mientras las trompetas cacarean su música bigotuda.*

III

En la fiesta de la iglesia
las golondrinas tejen guirnaldas de trinos
y el cura, desarrugando una plegaria,
eleva
el tronco averiado, octogenario, de su voz.

Los suspiros aletean en los árboles...

por la cuesta los cohetones van abriéndole heridas al cielo.
Se abrocha el crepúsculo como un escapulario

(*Amauta*, enero de 1930.)

Cholita

Chola, cholita, te van diciendo
los árboles abuelos de la carretera.

Es que te vieron nacer
quizá como un matecillo, de la acequia, del vientre de tu madre
a toda corriente, a toda corriente,

y te has crecido como una mañana
para pascar por los campos arreando con el látigo de tus gritos
manadas de nubes.

Pasas colgando en las ramas
tus cantos mojados de madrugada
para que los oreé el sol.

En tu cara retoza la alegría de los jilgueros,
como el agua clara,
mientras van choleando, *choleando*
tus faldas de franela

II

Al mediodía en punto, en el maizal a todo viento
de tu edad
florece el choclo bien granado de tu risa.

(*Un Chullo de Poemas!*)

ERNESTO MORE

Nacido en Puno hacia 1900. Periodista.

OBRA: *Hesperos* (poemas, Lima.)

El traumerei

¡Oh muerte en la vida, los días idos!

TENNYSON

He abierto de mí mismo la ventana
del pasado a las húmedas praderas,
y he visto la niñez o la mañana...
He cerrado, he cerrado esa ventana,
y el rocío ha quedado en las vidrieras.

CARLOS OQUENDO DE AMAT

(1901?—1936)

Nació en Puno. Poeta que se dió a conocer en *Amauta*: mezcla de indigenismo y surrealismo. Se afilió al Partido Comunista. Sufrió persecución y destierro.

OBRA: *Cinco metros de poemas* (Lima, 1929).

Mar

Yo tenía cinco mujeres
y una sola querida:
el Mar.
Por ejemplo, haremos otro cielo
para el marino que nos mira de una sola ceja
con su blusa como una vela en la mañana.

El viento es una nave más.
¿Quién habrá dejado caer
las rosas de las islas?
Se prohíbe estar triste.
Y la alegría como un niño
juega en todas las bordas.

Un contador azul
en el año 2100.
El horizonte,
el horizonte que hacía tanto daño
se exhibe
en el Hotel Cry.

Y el doctor Leclerc,
oficina cosmopolita del bien,
obsequia pastillas de mar.

Poema

Para ti
tengo impresa una sonrisa en papel japon.

Mírame,
que haces crecer la yerba de los prados.

Mujer,
mapa de música, claro de río, fiesta de fruta.

En tu ventana
cuelgan enredaderas de los volantes de los automóviles
y los expendedores disminuyen el precio de las mercancías.

Déjame que besé tu voz.
Tu voz
que canta en todas las ramas de la mañana.

(*Amauta*. Lima, enero, 1927.)

Madre

Tu nombre viene lento como las músicas humildes
y de tus manos vuelan palomas blancas

Mi recuerdo te viste siempre de blanco
como un recreo de niños que los hombres miran desde aquí distante.

Un cielo muere en tus brazos y otro nace en tu ternura.

A tu lado el cariño se abre como una flor cuando pienso.

Entre ti y el horizonte,
mi palabra está primitiva como la lluvia o como los himnos.
Porque ante ti callan las rosas y la canción.

(*Cinco metros de poemas.*)

ALEJANDRO PERALTA

Nacido en Puno, hacia 1895. Gran poeta indigenista. Maestro. Su libro *Ande* imprimió nuevo rumbo a la poesía andinista.

OBRAS: *Ande* (Puno, 1926); *El Kollao* (Lima, 1934).

La pastora florida

Los ojos golondrinas de la Antuca
se van a brincos sobre las quinuas.

Un cielo de petróleo echa a volar 100 globos de humo.

Picoteando el aire caramelito
evoluciona una escuadrilla
de aviones orfeonidas.

Hacia las basílicas rojas
sube el sol a rezar el novenario.
Sale el lago a mirar las sementeras.
El croar de las ranas se punza en las espigas.

Los ojos de la Antuca
se empolvan al pasar por los galpones.

Ha guturado la campana
el asma tatarabuela del pueblo
din-don, diin-doon,
como tijeras de trasquila
se ha hundido en el vellón de las ovejas.

Pobre Antuquita,
todo el día detrás de la majada.
Hecha un ovillo sobre las piedras,
se ha ido tan lejos.

Se va a quedar en media pampa,
acorralada entre los cerros.

El barro de los fangos
 ha ensuciado el camino bengala de sus ojos.
 ¡Para qué habrá ido sola al pastoreo
 con tantos duraznos abridores
 y las caderas reventonas!
 Tiene la boca llena de tierra quemante,
 un kelluncho le brinca sobre los parietales.

Bajo un kolli pordiosero
 ha hecho acrobacias locas con el Silvico
 en el trapecio de los nervios.

Y se han sajado las carnes
 y han hecho cantar la honda.

Los ojos golondrinas de la Antuca
 se van
 planeando
 por las cabañas...

(Ande.)

Karabotas

Tórax de la pampa. Encendedor del alba.

Arranca el Karabotas corral afuera las riendas de la pampa;
 el látigo en su cintura es un relámpago.

Alegre caballito del picacho,
 tironea los caminos en alas de su relincho.

Se crispó tu boca frente a la Hacienda
 Karabotas

En las fogatas del cerro llamean gritos y cantos.
 Ve a amontonar peñascos,
 ve a afilar los cuchillos de tus ojos.

Anoche ardieron los pajonales;
 despavoridos los zorros huyeron con la pampa entre los dientes.

Simuquita,
 la tejedora.

todo el día
tejiendo nubes
para tu poncho.

Alcohol de auroras insurrectas soflamas del cráneo.

La pampa y el Karabotas.

De pie

No debes cerrar los ojos.
Karabtas.
En el surco, en el brefnal el sol afila tus galgas.

Te han sentido rugir tras de los cerros.

WENKACHO
el
HAMBRIENTO
va a cargar la carabina
con tuétano de sus huesos.

(*El Kollao,*)

Cántico

La sombra retrocedió de súbito y hoy te tengo
en la palma de mi mano.
El cansancio del paisaje matinal tuvo mi acento y el tuyó
y hubo no obstante más azul que nunca.

Se estremeció mi cuerpo porque un instante no fuiste tú sino
MI MUERTA
y los cipreses.

En seguida creciste en desnudez

Te llevo recorrida a tuétano de angustia.
Tu camino junto al mío
ya es mi propio camino cuarteado hacia el ozono.

A tus pies sujeto el vértigo,

Alegría de tu beso y tu mano en labor,
estamos donde la aurora es nftida,

¿Debo pedirte más de lo que me tienes dado?
Estoy hambriento de sentirte hasta el hueso

Nos amamos y nos quema la vida como una llaga.
¿Habrá lugar para nosotros?

(Guerra a la lírica pura.)

SOMOS LOS CONSTRUCTORES DEL NUEVO AMOR.

(*Ibid.*)

RAMIRO PEREZ REINOSO

(1899)

Nacido en Arica. Profesor, poeta y ensayista. Tendencia filosófica acusada. Ha ejercido el magisterio y el periodismo. Ha residido varias veces en Chile y ha viajado por Argentina y Uruguay. Militante del Partido Aprista.

OBRAS: *Manuel González-Prada* (crítica, Lima, 1920); *La imitación de la luz* (poemas, Lima, 1926); *Ideas para una concepción histórica de la filosofía* (ensayo, Lima, 1931).

Un cielo dulce

Un cielo dulce
cae sobre mi vida.
Para buscar a Dios
he visto
la muerte de las cosas.

El ruido de los días
se va
como un llanto perdido.
Se aleja
en el alma la vela
final
y pasa el mundo
lutado de orfandad.

Un dulce cielo
cae sobre mi vida!
Para buscar a Dios
he visto
la muerte de las cosas!

(*La Imitación de la luz.*)

Tropel de la víspera

Tierra donde las cumbres de las montañas
 son el pueblo tenaz de los puños que juran.
 Tierra donde las arenas del desierto
 cubren para mañana las huellas de la muerte
 y los vientos más duros
 rompen contra las rocas sus flancos de acero;
 donde los ríos y las selvas
 matan en su garganta su música salvaje
 cuando un ruido de cadenas
 triza el aire del Oeste.

Por las arterias inmensas de tus fronteras
 corre como una lanza viva
 la sangre de mi corazón.
 Nadie sabe cómo irá quemándose gota a gota
 al encender la mecha de todos tus caminos.

Tus sepultureros turbios
 no tienen dónde arrojar las piedras que te arrancaron.
 Vagando en la noche oscura
 con sus paladas de espinas,
 les caerá en el pecho la espada ardiente
 del nuevo día.

Cuatro banderas negras
 velan aún sobre tus cuatro puntos cardinales.
 Tierra en que la amargura se hace la vela blanca
 de tu destino.
 Un desfile de hombres musculosos
 se aproxima a tu pecho para sembrar en él la llama
 de la resurrección.

Ahora que mis manos están ya sobre los nudos,
 cada eslabón es un puño que empieza a desplegarse.
 Ahora que mis manos buscan
 el fondo santo de tu barro,
 todos los relojes de la vida
 lanzan el nuevo ruido de sus metales
 al compás de tu corazón.

AMERICO PEREZ TREVIÑO

(1900)

Nació en Trujillo. Poeta, periodista y escritor de combate. Diputado aprista, ha sufrido encarcelamientos y destierros. Actualmente exiliado en Chile.

OBRA: *Los poemas del Apra* (en preparación).

Rumuru

A Ciro Alegria

Rumuru. El caserío está de fiesta.
Rubio sol matinal dora espigas y tejas.
Los ojos de las puertas, de par en par abiertos,
dan la impresión de que pretendan
sorberse el día hasta agotarlo.
Los ojos de las puertas de los pueblos serranos
no se cierran jamás. Es porque atisban los caminos largos
en un perenne afán humilde de ofrendarse y servir:
no vaya a ocurrir que al viajador cansado
le falten pan y lecho donde lecho y pan hay...

Rumuru entero se ha aventado, tempranito, a las calles.
Los mozos, fuertes, chacchan su alegría:
¡A P R A !
Frescas, las chinás hilan su esperanza:
¡A P R A !
Hasta la tierra, amable, se ha peinado de raya:
¡A P R A !

La palabra,
cogiéndose a las barbas hirsutas de los montes,
trepó las cuestas y ganó las cimas
para afirmarse en el más alto mástil.
Después
— balón hinchido de promesas nuevas —
fué rebotando de ladera en ladera
hasta llegar al caserío.

2.

Sombría realidad de la Colonia
 con sus virreyes y sus encomiendas.
 Sombría realidad de la República,
 en la que encomenderos y virreyes sólo cambiaron títulos y trajes:
 de hoy más ya no seréis sino un recuerdo negro, como la pesadilla.
 Ahora está renaciendo el Inkario:

¡A P R A !

Ahora está clareando la luz de la Justicia:
 ¡A P R A !

Y por eso Rumuru se ha vestido de fiesta
 y los mozos mastican la coca de su júbilo
 y las mujeres hilan, en los vellones, su esperanza...

San Lorenzo

1.

A Cucho Haya de la Torre.

Metal de los clarines sobre el agua.
 Fragor de la metralla sobre el agua.
 Rugir de los motores sobre el agua.
 Restallar de las voces de mando sobre el agua.
 Y el mar, el mar, el mar,
 la vastedad del mar como escenario.

Eso fué una mañana añil de mayo,
 mañana amanecida de promesas
 en los hogares proletarios, horros de alegría y de pan.

Después, súbitamente,
 se anudó a las gargantas proletarias
 el nudo de un silencio de colofón fatal.
 El anuncio era breve, desolado, tajante:
 «Se ha restablecido la normalidad».

2.

Uno, dos, tres y cuatro, y cuatro más, los héroes marchan
 gallardamente sobre la Isla Trágica.
 Avanzan cara al sol, iluminados
 de serena firmeza los grandes ojos ávidos.
 Son ocho vidas proa al sacrificio.
 Son dieciséis pupilas selladas de Infinito.

(Su sangre va a abonar, riego fecundo,
surcos de redención para el futuro.)

3.

Y he aquí, cabe el marco sin término del mar,
que ocho izquierdas en alto
nos apuntan la senda desde su Eternidad.

A P R A.

A P R A.

Esta vez van de luto las dos alas.

JULIAN PETROVIC

(Su nombre es: *Enrique (?) Bolaños*)

Nacido en Huancayo, hacia 1905. Conoció el destierro en 1929. Como aprista supo los dolores del confinamiento en la Siberia de Fuego (Madre de Dios) de 1932 a 1933. Fué secretario de Haya de la Torre. Actualmente se encuentra preso. Ha ejercido el periodismo y escrito cuentos y poemas.

OBRAS: *El cinema de Satán* (1926); *Naipe adverso* (Santiago, 1930).

Mañana

Un océano de memorias
me pesa en la mano amarga.
Un viento joven me empuja por la espalda
con su cola de pez
para no despertar el sueño de mis recuerdos.
La angustia, como los carbones de las usinas,
me enciende esperanzas del color de los mares.
En los viajes nos vemos las caras
como entre el cielo y el mar.
Los recuerdos tienen cara de lobo.
Hombre solo
con alma de piedra
y sentidos de acero para una sola conquista,
detrás queda la inocencia desfigurada de sueños.
Mañana se pintará el calendario de árboles frutales,
siempre mañana.
La alegría está en el fondo de los mares:
iremos a pescarla con escafandras,
pero no está bueno que nuestros niños nos sigan.
Que no sepan que tuvimos que buscar la alegría
en el fondo de los mares.
Los niños son para mañana.

(*Naipe adverso.*)

MAGDA PORTAL

Nacida en Lima, después de 1900. Poetisa y luchadora social en las filas del aprismo. Obtuvo un premio en un concurso poético de 1923. En 1927 fué desterrada junto con su compañero de vida y arte, Serafín del Mar. Viajó por Centroamérica, México y Chile. Sufrió detención en Cuba. De regreso al Perú en 1930, ocupó un cargo en el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Aprista Peruano. Fué perseguida durante toda la tiranía de Sánchez Cerro. La actual la apresó mientras se encontraba pacíficamente en la ciudad de Chiclayo, y la tuvo 15 meses en la cárcel de Santo Tomás, de Lima, mientras del Mar se halla en la Penitenciaría, y la hija de ambos, sin amparo.

OBRAS: *El desfile de las miradas* (Lima, 1926); *Una esperanza y el mar* (Lima, 1927); *El nuevo poema y su orientación hacia una nueva estética* (Méjico, 1928); *El derecho a matar* (en colaboración con Serafín del Mar), (La Paz, 1929); *América Latina frente al Imperialismo* (Lima, 1931); *Frente al momento actual* (Lima, 1931); *Hacia la mujer nueva* (Lima, 1934).

Cartón morado

Casualidad,
madre de los desamparados.
Es ya rojo todo el camino recorrido.
Con tres jirones de alma menos
y esperando
como si todavía hubiera Providencia.
¿Y aún no se me enturbia mi esmeralda ilimitada?
Me están llamando las lágrimas desde enantes,
se rebelan contra mi sequedad.
Y lloro.
Mañana habrá reventado un botón nuevo
con el calor de esta noche.
Estoy sola.
¡Cómo te amo, Soledad,
grande vacío de la noche,
cómo te he amado siempre!

Generadora de mis mejores pensamientos,
pañó de lágrimas,
confidente y refugio.

(*Una esperanza y el mar.*)

13

Me dueles como clavos en las sienes.
Mi corona de espinas.
Madre,
me dueles
como un loco deseo de gritar.
¡Y haberse vuelto mudos para siempre!

¡Ah, cómo debe doler la muerte
al que no la ama!

¿Y quién? — me digo.
— ¿Quién?

Y parece que entre mis manos
crujiera algo que yo quiero:
un corazón,
tal vez mi corazón.
Y lloraré con alta voz.
Ya libre.

(*Rep. Americano, San José de Costa Rica,*
diciembre de 1929.)

Vidrios de amor

¿Con cuántas lágrimas me forjaste?
He tenido tantas veces
la actitud de los árboles suicidas
en los caminos polvorrientos y solos.

Secretamente, sin que lo sepas,
debe dolerte todo
por haberme hecho así, sin una dulzura
para mis ácidos dolores.

¿De dónde viene mi fuerza
para no conformarme?
Yo no conozco la alegría,
carrusel de niñez que no he soñado nunca.
¡Ah, y sin embargo
amo de tal manera la alegría
como amaran las amargas plantas
un fruto dulce!

Madre, receptora alerta,
hoy no respondas porque te ahogarías;
hundo mi angustia en mí para mirar
la rama izquierda de mi vida
que no haya puesto sino amor
para amasar el corazón de mi hija.
Quisiera defenderla de mí misma
como de una fiera,
de estos ojos delatores,
de esta voz desgarrada
donde el insomnio hace sus cavernas,
y para ella ser alegre, ingenua, niña,
como si todas las campanas de la alegría
sonaran en mi corazón su pascua eterna.

1932 - 1933

Un pueblo amaneció
sembrado de cruces —
noche de 16 meses
estremecida por el llanto
de cientos de corazones maternales —.

— Jamás habrá dolor de pueblo alguno
que llore con el llanto de las madres peruanas —.

No fué la guerra que enciende odios suicidas
y que enciende el amor por el pedazo de tierra en que se nace,
disfrazando el crimen con lápidas de gloria y heroísmo;
no fué la naturaleza ciega y cruel
que desbordó tronchando vidas;
no fueron extrañas manos las que hicieron —
San Lorenzo, Trujillo, Huarás, Cajamarca
y tantos pueblos más — páginas de tragedia que enrojecen la historia;

fueron manos peruanas — los caínes —
 quienes regaron a caudales con la sangre más noble
 la vieja tierra de los Incas.
 Lado a lado al alarido de la ametralladora
 y a las voces de los heridos
 se oyeron los acordes de las marchas apristas,
 la voz dolida de los que partían prematuramente
 junto a los adioses epopéyicos de esos héroes sin nombre.
 Gran desfile de muertos
 que abren de par en par las puertas
 de la vida a los que quedan
 para que pasen las generaciones futuras.

Ahora

las caras de las madres no sonríen como antes;
 los niños tal vez han envejecido;
 una cinta de luto
 hay por cada solapa de hombre en el Perú;
 y muchos se preguntan: «¿Fué verdad o pesadilla?»
 Pero por cada soldado del Aprismo caído
 han surgido dos más y diez tal vez;
 así de fecunda es la sangre cuando se riega por una causa santa.
 ¿Pueden decir lo mismo los situados al frente?

San Lorenzo, Trujillo, Huarás, Cajamarca,
 pirámide de cruces — brazos abiertos al Sol.
 Ya amaneció — *el 30 de abril* —
 después de 16 meses —
 y es a vosotros — *Mártires* —
 a quienes debe el Perú
 que esté naciendo la aurora de su transformación.

(En *Cantos de la Revolución*.)

Han muerto ya

Ellos han muerto ya.
 Sus cadáveres fructifican en las ásperas arenas de la isla.
 Rosas de sangre decoraron la soledad
 donde el dolor ha hecho su posada.

No temblaron las manos de los que asesinaron
 ocho vidas en plenitud, grávidas de esperanza. *✓*
 No temblaron las voces que dieron

la siniestra orden de «fuego».

No temblaron los jueces que dictaron el tremendo fallo
atropellando la ley.

Han muerto ya.

Trunca su juventud — muñones sangrientos
de manos rebeldes que clamaban justicia,
sobre la isla solitaria
se alzarán en perenne reclamo de venganza.

Ya no están sobre la tierra clara
que todavía el sol de mayo orea.

¡Oh mes de mayo,
cómo eres fecundo en víctimas gloriosas!

Ocho víctimas jóvenes
que han escrito su nombre para siempre
en el martirologio de los pueblos que luchan
y que han hambre y sed de justicia,
trofeo doloroso de la lucha social.

Al lado de los nombres siniestros de sus trágicos verdugos
amparados por una ley de odio y exterminio,
la historia recogerá el clamor
de quienes murieron jóvenes y puros,
iluminados por el santo fulgor
de la lucha revolucionaria!

Pueblo, recógete! Han muerto!
Son ocho víctimas propiciatorias,
como ocho candelabros
iluminados por el ocaso sangriento de la isla,
acusando perennemente a los traidores,
a los caínes, que no supieron
volver el arma fratricida contra los verdugos
que ordenaron la gran carnicería.

Murieron con palabras terribles en la boca,
de acusación para los asesinos.
El eco recogió su mensaje,
que recorre la tierra
enredado en las ondas.

Llegará a los pueblos del mundo
y hasta el corazón de los que sufren
la injusticia social,
levantando un incendio de protestas.

Ellos son ya del mundo,
como los de Chicago, como los de Massachusetts,
como todas las víctimas de la lucha de clases.

Han muerto ya.
No tuvieron ni tiempo de saborear la vida
luchando de la noche a la mañana
por el triste pan de cada día.

¡Dios!... ¿Hay Dios para los pobres?...

Seguirá el mar impasible su canción,
besando los flancos de la isla
donde se pudren en vida
tantas víctimas de la tiranía.

Y, desde hoy,
ocho cadáveres jóvenes
impregnarán los yodos y las sales del mar
y el viento que recorre el Perú,
con sus flúidos generosos...

¡*Han muerto, compañeros!*
¡*Cómo cuesta creerlo!*

(*Ibid*)

DANIEL RUZO

(1900)

Nacido en Lima. Ganó los Juegos Florales Estudiantiles de 1917 con su poema *Así ha cantado la Naturaleza*. Viajó a Europa auspiciado por el Gobierno de Leguía. Actualmente alejado de toda faena literaria: agricultor.

OBRAS: *Así ha cantado la naturaleza* (1.ª edición: 1917; 2.ª, Madrid); *El atrio de las lámparas* (Madrid, 1922).

Mediodía

El sol del mediodía de estos campos!
Nubes grises, bochorno; por las tapias
han pasado los chicos haraposos,
y en la choza de adobes y de ramas
se han sentado en el suelo,
esperando el almuerzo; en la lejana
soledad del paisaje
el calor aletarga
los rebaños que rumian lentamente,
echados en la grama,
o de pie se dibujan sobre el cielo
en lo más elevado de las huacas.

El aire pesa. En las acequias, tibias,
han detenido su decir las aguas.
En los mares el viento se ha dormido...
El mismo sol parece que se cansa,
pues enmudece, en medio del bochorno
y de las nubes, su canción dorada...

Regreso fatigado
por la modorra del calor; se callan
los grillos sempiternos de la acequia.
y finge eternidades la distancia.

(Así ha cantado la naturaleza.)

Ilusión

Ilusión, por un beso de tus labios,
toda mi vida diera.

Me duele el alma bajo el cielo muerto,
sin claridad de estrellas;
camino lentamente, solitario,
con mi dolor a cuestas.
y la noche, callada y cristalina,
ante mis pasos tiembla.

Ilusión, por un beso de tus labios
toda mi vida diera.

Los árboles oscuros,
 llenos de sombras negras;
 los rincones amados
 y las vetustas soledades muertas
 no arrancan a n.i alma
 su vibración inmensa.

Hay vacíos enormes en mi pecho
 y ansiedades eternas.

Ilusión, por un beso de tus labios,
toda mi vida diera.

(*Ibid.*)

JOSE TORRES DE VIDAUURRE

Nacido aproximadamente hacia 1900. Ha viajado por España. Cultiva ahora la veta criolla. En su último libro inscribe el lema de Chocano: *Ténganse por no escritos cuantos libros de poesía aparecieron antes con mi nombre.*

OBRAS: *El Amor infinito* (Madrid, 1924); *Novela ejemplar del caballero romántico* (Lima, 1932); *Romancero criollo* (Lima, 1936).

El fandango de Cocharcas

Zapatea el barrio alegre,
¡alegría de Cocharcas!
Misia Conce está contenta
y están locas las muchachas.

Callejones encantados,
casas de media mampara,
quitasueños, cadenetas,
estribillos y guitarras.

Al son de un valse culero
bailan y bailan y bailan
los compinches reculpones
con las zambas sacalaguas.

Ay, negra de Matasiete;
campanuda entre tu bata:
la salmuera malambina
por los flancos se te escapa...

Es un peine el mozo cunda
que te ciñe en la bailada;
guaragüitas, vueltas, quimbas,
y, atrevido, se declara...

Esta es Lima en cogollito:
faites de la Rinconada,

lindas criollas de Rufas,
tocayos de Tayacaja.

Estudiantes dormilones,
calaveras malapata,
adús de las malas noches,
combinas de rompe y mafia...

Comadritas que se besan
y de lejos se maltratan,
pues conocen los guariques
del Botánico y la Plaza.

Aquí está todo lo rico
y el ají con su sonaja.

— Ya tiene sabor a vidrio
esta copita, Adelaida,
y están que se comen solos
los frejoles con papada.

Carlos Saco se destroza
— rasgando primos — el alma...
y abre a la vihuela un hueco
y Lima se desbarranca...

Los faites admiten flores,
se disfuerzan las huachafas
y arrunzan con los pasteles
los chiquillos de la casa...

Bailando está todo el mundo,
todo el mundo canta y canta...

Copias de Ño Tabardillo
la china Raquel cantaba
y a los dichosos peroles
los galifardos buscaban.

— De las Chacritas, señores,
somos y su palizada
y hacemos con el cajón
flores, a compás, talladas.
Vengan las ollas de charqui,
vengan las copas peruanas,

y si alguien quiere oponerse
sabemos tirar trompada...

Pásame la agüilla, chola,
ni de raspadilla, zamba...

Tilín de los tenedores
— cerca está la madrugada —;
ante las fuentes opíparas
todos los enarbolaban...
Y en una gramola vieja,
mientras las voces descansan,
riéndose de la vida
Montes y Manrique cantan...

Después de la marinera
una bronca gorda se arma,
por quítame allí ese naípe
los convidados se abracan...

— A mí no me asusta nadie.
dice el narigón Salabria,
y el gago Matalechuza
le clisa la furia flaca...

Ruedan de las mesas fuentes,
tacutacus, butifarras,
los cabezazos circulan
y viene corriendo el guardia.

— No hay tutía: soy muy hombre,
vamos presos y qué pasa!... —
dicen, de uno en uno, ellos;
y ellas forman alharaca.

Bolondrones y cocachos,
lisuras y cachetadas,
el sol por salir... ¡un lío!
y el cargamento se alza.

— ¡Todos a chirona! — ordena
muy tieso el Mayor de Guardias
que acude a caballo, espléndido,
con su traje negro y plata.

¡Ay, qué antipático, ¡guá!
comentan las disforzadas:
ya te caerá la quincha
cuando mueva mis palancas...

que nosotros somos lo
mejorcito de Cocharcas!

MARIA WIESSE

Nacida en Lima. Popularizó el pseudónimo de «Myriam». Ha escrito libros de historia, viajes, crónicas, poemas en prosa y verso. Casada con el pintor José Sabogal e hija de un altísimo espíritu, don Carlos Wiess, mantiene el prestigio de su nombre.

OBRAS PRINCIPALES: *José María C órdova, Santa Rosa de Lima, Croquis de viaje* (1922); *Glosas franciscanas*; *Canciones* (Lima, 1934), *Quipus* (1936), etc.

Música de la noche

He escuchado la música de la noche.
La noche ha dicho a mi corazón
sus canciones de ternura,
de ensueño y de tristeza;
la noche deshoja en mis sienes
azahares de luna,
jazmines de estrellas
y, como Scherezada,
me cuenta historias muy bellas.

Mi llanto se ha confundido
con el melodioso sollozo nocturno
y mi pequeño corazón atormentado
palpita, escondido,
en el corazón inmenso y misterioso
de la noche.

(*Canciones.*)

VIII

XAVIER ABRIL

(1903)

Nacido en Lima, reside en esa misma ciudad. Fué alumno de la Escuela Naval. Publicó sus primeras greguerías en *El Tiempo* de Lima, hacia 1922. Viajó a Europa con el dibujante Juan Devescovi, e hizo una exposición de cuadros y poemas, en unión de aquél, y bajo la égida de Cocteau. Practica el surrealismo.

OBRAS: *Clave del gorrión y de la rosa* (Madrid); *Hollywood* (Madrid, 1932); *Descubrimiento del alba* (Lima, 1937).

Amanecer

Esta mañana
los pajaritos cantaban
otra vez,
cantaron la mañana.

Eran los mismos de antes,
pajaritos del alma!
Cantaron tan hondo,
tan adentro de todo.

que se han llevado mi corazón,
mi corazón,
para hacer su nido,
los pajaritos.

Poema de Siberia

Siberia, Siberia, Siberia, Siberia.
¡Todo el mundo,
todo el mundo ha tenido 2 destinos:
el infierno y Siberia!
Siberia tiene la sangre en costra
de todas las gargantas.

A Siberia se ha de ir por todo el mundo,
y hay quienes van con la palabra Siberia hasta las
barbas.

Siberia es en donde más se ha dolido la tierra.
Desde los montes Urales va la vida cargada de *cadenas*.
Los estudiantes rusos que se mueren.

¡Siberia! ¡Siberia!

En mi garganta tiembla la tesis de *Siberia*.

Canto de la ciudad y del hombre moderno

Para Hooff Kokof, en Viena.

Hace 2000 años que el hombre nace en la ciudad.

Entornilla sus huesos a la Urbe, y vive pobre, grotesco y miserable.
Algún cambio de Bolsa lo fuma millonario, pero él muere roto sin
esperanza alguna.

El Hombre Ciudadano es más triste que la tierra.

Soplan los vientos como cuchillos; y él apenas puede caminar, porque
el dolor lo absorbe y lo golpea y lo llena de tierra hasta las na-
rices.

En este sube y baja, el hombre nuevamente se para, y entornilla sus
huesos a la Urbe. Y procrea y extiende, pero en cada creación se
duele y se joroba.

El Hombre ya no tiene camino a donde ir. Y sabe que ha de comer
de su *propia carne*.

El Hombre es un canto de la Ciudad. El canto rojo que al fin y al
cabo ha de entregarse al viento y quemar con su dolor el cielo.
¡El cielo que nos hace tanto dafío!

Pero el Hombre? ¡Nadie sabe de él que es un *Hombre*! Porque lo ven
hundido y sucio de barro hasta las solapas.

Y él, acaso muere un día, pero en su muerte se llama *Lenin* el hombre

EUSTAKIO R. AWERANKA

Nacido en Puno. Poeta indígena, colaboró en *Boletín Titikaka*.

El siguiente es un canto a José Carlos Mariátegui, en su muerte (1930).

José Mariategue Wauqenchis
Wiñaypajj Wiñaypajj Chinkarin
Qori sonqon ukuhpitajj
munayninchista apakapun
Incajj qoni qochampi
Inti tatanchis waqaskyan
Mama killanchistajj
paywan kuska waqallantajj
Amawta runa qoyllorkunawan
wiñaypajj wiñaypajj kawsakun
ttitikajj qqapayninwan kuska
wiñaypajj wiñaypajj chinkapun
Suni puna orqokunapis
kulís kulís kulís waqan
paykunawan kuskallatajj
wiqqñakuna waqallantajj.

YANA - OKO.

(TRADUCCION)

Nuestro joven José Mariátegui
para siempre, para siempre se ha perdido;
dentro de su corazón de oro
se ha llevado nuestro cariño.
En la laguna del Inca,
el Sol, nuestro padre, está llorando:
nuestra madre Luna
llora junto con él.
El Amawta con los colonos
para siempre, para siempre vive.

Su flor, junto con su grito,
para siempre, para siempre
se ha perdido.
En su triste inconsuelo
las palomas lloran
y los jóvenes junto con ellas también.

TRAGO - NEGRO

RAFAEL DE LA FUENTE

(*Martín Adán*)

Nacido en Lima, hacia 1910. Poeta y novelista. Actualmente diluye su indudable ingenio y su talento en una bohemia elegante, entre cocktails surrealistas y hartazgo de cifras en un Banco de Lima.

OBRAS: *La casa de Cartón* (Lima, 1928) y muchas prosas y versos dispersos, además de un libro roto en momentos de murria.

Navidad

Tus ojos
unen las manos
como las Madonnas
de Leonardo.

Los bosques de ocaso,
las frondas moradas
de un renacimiento sombrío.

El rebaño del mar
bala a la gruta
del cielo lleno de ángeles.

Dios se encarna
en un niño que busca los juguetes
de tus manos.

Tus labios
dan el calor que niegan
la vaca y el asno.

Y en la penumbra,
tu cabellera mulle sus pajas
para el Dios niño.

Litoral

En el steamer de un Capitán que huma los añiles
del horizonte primo, del gris amoratado,
navego por gaviotas que sucumben a miles
y por islas de vidrio que se apartan a nado.

Las nubes, camareras de a bordo, en sus mandiles,
con helias ceras lustran el vapor encerado.
— Día, uña esmaltada, sonrojo de marfiles
en la vergüenza boba de haberse desnudado...

Yo traigo en la maleta mi pipa cerezo
y en la boca la menta de un exquisito beso,
capricho de tres dólares, caramelito redondo...

— La playa, que bucea, se trae caracolas—;
el cielo, el sol... los huesos naufragos de las olas...
Señal de que ha bajado hasta el fondo más hondo.

Esquizofrenia

Manicomio del alba asilante un lucero
friolero, adormilado, tan ave todavía...

— Apenas a la tarde se pone luz, ap-te-ro,
cuerdo, inmóvil, etcétera, a toda celestia.

En la rama cimera de un arbóreo aguacero,
estrellín, estrellón, anoche se dormía,
el pico bajo el ala, a un grado bajo cero,
sin hembra al lado, al lado de un viento que rugía.

Hora aletea torpe con las alas rociadas;
loco de soledad, se ignora estrelía y pía
en tema de ave y topa con las brisas cerradas.

Avestrella, delirio, patetismo mentales.
los anteojos de Núñez deploran tu manía
en ciegas adherencias de orvallos lacrimales.

(*Itinerario de Primavera,*
en Amauta, septiembre, 1928, N° 17.)

Lección de la rosa verdadera*A José Gálvez***I**

Vuelve a su ser, a su aire y desparece,
huye del ojo que la mira rosa,
hasta ser verdadera, deseosa,
pasión que no principia y no fenece.

Con prudencia divina, apunta y crece,
en la melancolía del que goza,
negando su figura a cada cosa,
oliendo cómo no se desvanece.

Vuelve a su alma, a su peligro eterno,
rosa inocente que se fué y se exhibe
a estío, otoño, primavera, invierno.

¡Rosa tremenda, en la que no se quiere!
¡Rosa inmortal, en la que no se vive!
¡Rosa ninguna, en la que no se muere!

II

No una de blasón o de argumento,
sino la de su jira voluptuosa,
es la que quiero apasionada rosa,
integra en mí la que componc el viento.

Miro la innumerable en el momento,
en el peligro del redor la hermosa;
en nada la divina; mas la cosa
siempre se pone donde yo me ausento.

¡Sus, los sueños sutiles y veloces
con que logro a los últimos desvíos
el cuerpo inanimado de los goces!

¡Sus, huíd si la nada ya campea,
pero antes me cobrad galgos hastíos
alguna rosa que la mía sea!

III

La que nace es la rosa inesperada.
La que muere es la rosa consentida.
Sólo al no parecer pasa la vida
porque viento sin Dios es la mirada.

¡Cuánta segura rosa no está en nada!
Si no hay más que la rosa presentida...
Si Dios sopla en mi rosa — lá vivida —
cabe el ojo del ciego — rosa amada —.

Triste y tierna la rosa verdadera
es el triste y el tierno sin figura,
ninguna imagen a la luz entera.

Mirándola deshójase el deseo,
y quien la viere, olvida y ella dura.
¡Ay, es así la rosa y no la veo!

(En *U. M. S. M.*, Lima.)

BLANCA DEL PRADO

Nacida en Arequipa, es una poetisa de inspiración eglógica. Actuó en el grupo de «Amauta». Está casada con el pintor argentino Malanca.

OBRA: *Caima* (poemas, Buenos Aires, 1933).

Caima

Huertos, flores asomadas en las tapias para mirar los caminos; su Norte: una Virgen con veinte faldas; su oración, una plaza con sol, con flores y con caminitos de sillar; su Vida, un cura asmático que canta tosiendo, con sobrinos, con jardín de claveles que aroman hasta la sacristía; su Porvenir y su canción: los trigos que eternizan el día en su juego con el viento a hacer mar, y las familias numerosas de los gallos que picotean el día en las puertas; su Temor: todo lo que no comprenden; por ejemplo, Dios; por ejemplo, los cañas; por ejemplo, que no llueva.

A Dios sólo lo sienten en diciembre porque nace; y se alegran porque el burro y la vaca que calientan al Niño se parecen al del compadre fulano y también es igual a la vaca del sacristán... ¡Y el pesebre!... Es igual a las casas de todos. Y cada uno siente que el niño no ha nacido en la iglesia, sino en su casa, junto al llanto y los mocos de los chicos, junto a los perros, cerca de la chomba de la chicha, pegado en las pajas de la era de cada uno, sobre el mantel dominguero, y quizás junto a la guitarra.

Sólo en casa de las sobrinas del cura, no ha nacido Niño o no ha nacido igual; el Niño ha nacido cerca del piano, bajo el retrato del papá, de la mamá y del tío, en el veinte peldaño de una galería.

... ¿Oh? En casa de las sobrinas del señor cura, ha nacido Dios (el Dios que castiga) pero no el niño Dios.

Sin embargo, los mejores han sentido nacer al Niño, maravillosamente Dios y maravillosamente Niño, en una parte mejor que todo, tal vez... ahí... tal vez atrás de la iglesia... por los campos puros, por los campos abiertos como para recibir el infinito... ¡Campos por donde las campanas se van al cielo!

También a la Virgen la comprenden más el dos de febrero, porque, como «ellas», ese día se cambia sus veinte faldas,

¡Caima: sus muertos vivos en sus flores, en sus mil nidos del Cementerio!

Caima: Zamácola.

Tingo

Militares, cantinas, pianolas; y así el aire un poco profanado destroza la soledad de todos los sitios; y el agua que alardea de abundancia y rumor, es pedante y hasta habla en inglés — no la entiendo —.

Además el tren que se detiene para ir a la costa, deja desde muy temprano una vana espera de algo que no promete del todo, y es como si el aire estuviera de paso también. A su regreso, en el atardecer, las tingueñas lo esperan «poleando» en la estación, pero él no les deja nada, sino una noche inquieta que no logran calmar las pianolas.

Sin embargo, hay pureza en los patos; hay candorosidad en el lago; hay maravilla en los árboles; hay un sol elegante en la alameda y hay campo, ingenuidad, gracia al otro lado del río, donde mi canción se acomoda como un villancico, después de saludar rápidamente a este Tingo, chacarero de reloj y cadena.

Y en este cerrito de Pascua (Sachaca), en esta rondita de Dios palpo íntegramente con mi mano pequeña, su pobreza, sus pies descalzos y su fe; en lo más alto, dentro de su iglesia humilde, pobre y tímida como el corazón de un «tancca». Y me dan ganas de buscar ahí algún pastor que fué a Belén o de poner todo esto, hasta mi ternura, en la mesa del Nacimiento, para la Noche Buena, sin olvidar la casa del Obispo, puesto que hasta tranvía eléctrico deben tener los nacimientos, y buñueleras del punete Grau en yeso.

Sachaca: cerrito de Pascua, rondita de Dios.

CESAR MIRO

De Lima. Promoción de 1905. Poeta, dibujante, periodista, cantor, trotamundos, bohemio elegante.

OBRAS: *Cantos del arado y de las hélices* (Buenos Aires, 1928); *Teoría para la mitad de una rida* (Santiago, 1935. Ediciones Ercilla).

Perfil del marinero en la ciudad

Llegas en blanquísmo caballo de olas
ondulante de puertos, mojado de tormentas,
y la ágil geometría de tu cuerpo
ancla un retazo de madrugada en la ciudad.

Jugosa danza tropical de frutas,
alas de pájaros azules te regaló la costa,
alegría nocturna y gris de islas dormidas.

Aquí está el marinero de ojos rubios
y cabellos de viento:
el que hizo más tostado el perfil
en los ecuatoriales mares intensos,
aquej de los países colgados en los brazos,
el que lleva más azul de tatuajes el recuerdo.

Cazador de llegadas alegres
con músicas mojadas de amanecer de inviernos.

Sonrisas de los muelles,
color feliz en el paisaje en fiesta de la tarde.

(Tres marineros blancos se enlazaron los brazos
y se fueron cantando por toda la ciudad.)

¡Adiós, norte! ¡Adiós, sur!
¡Adiós, todas las alas de mi brújula!

Yo también quiero irme por la noche sin puertos,
sin rumbo en mi solitaria barca interior,
floreceda de viajes,
cargada de horizontes.

Por la noche marinera con algas de silencio,
abierta a los cuatro vientos de mi corazón.

JOSE JIMENEZ BORJA

De Tacna, nacido hacia 1903. Profesor de gramática, crítico literario. Profesor de la asignatura de literatura castellana en la Universidad de San Marcos, y ahora también de la Católica de Lima.

OBRAS: *El alma de Tacna* (Lima, 1926, con pseudónimo, en colaboración con Jorge Basadre), *Ortografía Castellana* (Lima, 1934), *Historia literaria: autores selectos de la literatura universal* (Lima, 1937).

Canción de los velámenes

I

Altivos, anchos, ambarinos y solos
se van los velámenes como pechos audaces
entre tornanieblas y entre tornaolas.
La bahía brinda paces,
pero el índice del bauprés le señala
perennemente rutas al deseo.
Tenso y misterioso como ala,
el velamen es algo más que un reo
condenado a bogar entre los vientos
junto al orgullo del palo de mesana;
hay una entraña de luz latente al fondo
de las barcas, que es luz hermana
del luminar en triángulo.

Por las estrellas
pensativas y vagas
que parecen temblar reflejando el rosario
de vibración interna de la barca en viaje
son mucho más hermosas las lonas del velamen
que por la ociosa
pulcritud de paisaje que le dan al balneario.

II

Son como mejilla desempururada
las tersas velas de la goleta niña,
y se mira largo la viajera infanta
en el espejo de plata de la rada.

Es un espejo cuyo azogue canta
en la canción de los calores trémulos
una fuginota de emoción callada.
Lejos vibra el mar su cabellera torva,
pero aquí se brinda cofre de amistades,
corazón hermano, cristalina linfa
para el retrato de amor. Es apenas inquieta
su tremolación
bajo la mejilla blanca de la foleta.

I I I

Has de quedarte junto a mí, hermano,
cuando llegue la tiniebla y no haya nada
más de luz que el tacto de tu mano.
Buscar la lona más blanca de la rada habemos
para desplegarla como alumbradora
del común destino
mientras nos envuelve la avalancha.

Tiene el velamen sapiencia de camino
y está sereno en el mástil mientras la sombra
voltejeante es un timón en desgobierno.
Ha de estar luminada aunque visible
porque una rubia ola del mediodía
restó presa entre trama.
Remolcarán después hacia Occidente
la fragata desmantelada de la noche
y bajo el perenne amanecer del ámbar
bendeciremos el solar derroche.

MARIA TERESA LLONA

Nacida en Lima. Poetisa de inspiración íntima.

OBRA: (Un volumen de versos, cuyo título escapa al compilador).

El remanso

Orilla del río
tranquila y sombreada,
con acre perfume,
de hierba aromada.

Bajo la techumbre
que brinda el follaje
ponen tus arenas
su alfombra de encaje.

Y unas grandes piedras
forman el remanso
donde hallan las ondas
refugio y descanso.

Las aguas rugientes,
las que se despeñan
y que allí, a tu lado,
se aquietan y sueñan,

mientras sobre oscuros
troncos reclinada,
por extraño hechizo
vives encantada!

Es ya el mediodía...
¡Qué azul está el cielo!
No turba el silencio
ni el rumor de un vuelo...

El sol, deslumbrante,
la selva caldea
y sobre las aguas
del río espejea.

El tiempo diríase
que se ha detenido...
¿Será que las horas
también se han dormido?

Todo está impregnado
de un raro sopor;
ni la dicha importa,
ni importa el dolor.

La vida, sus luchas
y su vocerío
no llegan al quieto
remanso del río...

ENRIQUE PEÑA BARRENECHEA

Nacido en Lima, hacia 1905. Ganó los Juegos Florales de 1924, organizados por la Federación de Estudiantes. Poeta y diplomático, ha viajado por Argentina y Brasil. Ejerce un cargo en Relaciones Exteriores. Desde 1936 desempeña una Cátedra de Literatura en la Universidad de San Marcos.

OBRAS: *El Aroma en la sombra* (Lima, 1926), *Cinema de los sentidos puros* (Lima, 1928), *Ortoclax* (inédito), *Elegía a Bécquer y retorno a la sombra* (1936).

De “El aroma en la sombra”

Y una noche, hermanas, cuando estéis leyendo
mis versos, acaso veréis una sombra...

Se abrazarán todas, caerán de rodillas,
mudas por el pánico. «¡Ah! ¿Por qué teméis?»
— os dirá la sombra: y en la voz, hermanas,
al hermano ido reconoceréis...

En empeño inútil de querer palparla,
¡cómo vuestras manos se habrán de agitar!
Media hora, hermanas, una hora, hermanas,
quedaréis llorando sin poder hablar.

La sombra que visteis estará ya lejos,
mil millas, mil millas adentro del mar.

La noche larga

Están aullando, alma, los perros.
¿Por qué será? ¿Por qué será?
Esta noche es la noche larga,
prólogo de la Eternidad.

Viene el recuerdo doloroso
como la saeta veloz;
¡yo que esta noche iba a pasara
pensando en Dios, pensando en Dios!

Por el cristal de mi ventana
la lluvia lenta veo caer:
es silenciosa y elocuente
como un retrato de mujer.

¡Qué solo estoy en esta noche!
¡Qué horrendamente solo estoy!
Salir quisiera presuroso,
pero si salgo ¿adónde voy?

¿Adónde voy, si tú estás lejos?
¿Adónde voy, si sé de más
que cada paso que dé ansioso
es como un paso para atrás?

Están aullando, alma, los perros.
¿Por qué será? ¿Por qué será?
Esta noche es la noche larga,
 prólogo de la Eternidad!

(El aroma en la sombra.)

* * *

Juguetería de luna y de brisa.
Floreció una rama de luces moradas en la pálida mano de Elisa.
Chás.
Se cayó la luna dentro del jarrón.
Los niños, las tías, las ayas la buscan de prisa.
Por la alfombra blanca correteó un ratón.
Mariquita tonta se ahogaba de risa.

(Cuchuru y las polomas.)

De “Cinema de los sentidos puros”

1931

19.—

Mi madre ha encargado un bosque para mi alegría gorila.

Mi madre no miente nunca.

Ahora os voy a mostrar el primer paisaje disecado, la gruta de vidrios de la luna donde se están peinando las palomas.

Incoloro país de mostacillas. Véleto rubio donde va la novia del alfiler al huerto de las morsas.

Mi madre se sonríe, y yo estoy en derredor de sus cabellos como los halos de los iconos.

20.—

En esta soledad, en esta dulce alegría de soledad: un animal que muerde nieblas.

Una flor. Una mano en el aire dibuja nubes.

En esta soledad.

A la orilla de este sueño llegan las flores de los mares antiguos.

Una tiene la alegría de tus ojos y crece como una espuma de oro.

En esta soledad nazco y envejezco; tengo mil años y me piso las barbas.

Rabia de gorila salvaje, clavo mis uñas en las paredes de tu ausencia.

Estas son las manos brutas y velludas, sin tacto.

Estos son los ojos asombrados de la anunciación.

Me curvo como un animal de museo, con escamas, sin sexo, asqueroso.

En esta soledad me arrastro y dejo babas.

En esta soledad, a veces, soy también un hilo de lluvia, un pequeño ascender, un trébol.

Pienso en el rapto de la flor por los ángeles bárbaros.

Yo desespero, amigo, de esta soledad. Yo estoy contento, amigo, de esta soledad.

Poetas muertos

Amigos que un buen día me presentó la vida
 y que tenéis los ojos cerrados para siempre,
 ¿qué sombra os teje ahora sus arabescos lúgubres?
 ¿O qué luz los inunda más alba que la nieve?

Me acuerdo de tu risa, Guillén, de tu palabra,
 donde saltaba un ágil surtidor de luceros,
 del cóndor que volaba desde tu poesía
 ebrio de sol, alegre, a no sé qué universo.

¡Oquendo, Oquendo, Oquendo, tan pálido, tan triste,
 tan débil que hasta el peso de una flor te rendía!
 Tu ternura nos pinta sobre el marfil del cielo,
 con pinceles de chino, palomas, golondrinas!

¡Y Harry Riggs, atónito, entre el mundo y su angustia!
 ¡Y Harry Riggs, sonámbulo bajo la luz lunar!
 ¡Ah, pobre niño muerto, que en esta noche un ángel
 te lleve de la mano por el jardín astral! (1)

Son cítaras sus nombres que en mi silencio suenan;
 mi corazón los sigue por sus mundos arcanos.
 ¿A la luz de qué lámpara, como ayer, leeremos
 otra vez, nuestros versos, en las noches, hermanos?

(Elegía a Bécquer y retorno a la sombra.)

(1) Harry Riggs murió antes de los 20 años, en Lima, hacia 1930. Tenía el adolescente poeta trunco un magnífico espíritu artístico. Leí un cuaderno de inéditos versos suyos, de manos de Carmen Saco. De haberlos tenido a mi alcance habrían figurado algunos aquí. (N. del compilador.)

CATALINA RECAVARREN ULLOA

Nacida en Lima. Poetisa y periodista. Sufrió persecuciones en 1932. Después, ha realizado viajes por Chile, Argentina y el Perú, en comisiones del Touring Club Peruano.

OBRAS: *Inquietud* (Lima, 1933); *Cuentos y cantos* (Lima, 1934).

Mis manos

¡Pobres manos mías!
Cuando las contemplo
me hablan en silencio.
Pobres manos mías,
delgadas y pálidas,
nerviosas y frágiles,
cansadas y lánguidas.
Me dan tanta pena
que quiero cuidarlas,
que quiero mimarlas,
¡que quiero besarlas
como a dos enfermas!...

¡Pobres manos pálidas!
Cuando las contemplo
me dan casi miedo;
y las siento, a veces,
lejos... lejos... lejos...
Me parece, entonces, que son de otros tiempos,
algo de Infinito, algo de lo Eterno.
¡Y hasta me parece que ya no las tengo!

¡Pobres manos lánguidas
como dos enfermas!
— ¿Qué han sido, hace siglos, en obscuras épocas?
— Dos tímidas garzas
cautivas por bellas?
— O dos desoladas
y fúnebres ceras?

— O dos mariposas,
vibrantes y trémulas?
¿Qué han sido mis manos en otra existencia?
¿Por qué me obsesiona saber su leyenda,
y por qué hay un Alma también para ellas?

¡Pobres manos mías!
Cuando las contemplo
me hablan en silencio,
me hablan en silencio con el temblor tenue
de sus leves dedos.

(Inquietud.)

LUIS DE RODRIGO

Nacido en la sierra del Sur; no estamos seguros de si en Cusco o Puno, porque nunca ha exhibido su biografía, ni ha publicado un libro. Poeta andinista, que se reveló en «La Sierra», revista de Lima. Es hombre venido a la tierra con el 1900.

Poema del Titikaka

Me traigo en el kepi del alma
un verde mordisco del campo.

Mirad el rclámpago
del látigo de mis ojos.

Soy una herida en tu flanco, montaña.

He venido tatuado de senderos,
con un frescor de albas en los labios,
cabalgando, cabalgando, cabalgando
la longitud musical del silencio.

Se me escapan de los ojos
tus castillos de luz, Titikaka.

Yo palpé la risa sinfónica de tus labios
y sobre tu cuerpo de dios he besado
el cósmico alarido del sol desnudo.

ROSA MARIA ROJAS GUERRERO

Nacida en Lima, en este siglo. Inspiración excesivamente hogareña, doméstica, sin desgarraduras. Ha viajado a Chile y Argentina.

OBRAS: *La alcancia de cristal* (poesías, Lima); *El panal de los días* (poesías, Lima, 1936).

Meditación

No me atará el amor, a la partida...
ni el dulce aplauso, ni la hacienda real;
ni el interés de acrisolar la mente;
ni el de fortalecer la voluntad.

No detendrá mi trance a lo ignorado
ni aun el mínimo apego a idea fiel;
ni una quimera de inmortal aliento;
ni aun siquiera un tiránico deber.

No me atará ninguno de los lazos
con que arraiga el instinto de vivir;
sólo tendré que abandonar tristezas...
pero ¡qué duro me será morir!

JOSE VARALLANOS

Nacido en Huánuco hacia 1905. Poeta, abogado y maestro. Se inició en *Amauta*. Cultiva la poesía vernácula. Dirigió *Altura*.

OBRAS: *El hombre del Ande que asesinó a su esperanza* (Lima, 1928), *Canciones de la paloma y del trébol* (Lima, 1931), *Primer romancero cholo* (Lima, 1936).

Nocturno en la noche sin límites

Dirá mi hermano, ya antiguo en mi recuerdo:
«Canta mi último deseo, llora y se va en pena
o me agrieta este hueco o estrella profunda
por la que alguien me dice: ya no viviré con ustedes.
Por los chorros de esa agua, jah, tan abandonada,
gira ahogándome la onda más interminable!
Invierno, invierno, el más grande y más íntimo.
Nunca habrán de saber, poetas, de estas tierras,
en que un gramo de son es un magno terremoto!
Allá, a la vuelta, un hombre amarra los vientos.
¡Ah, brazos de los radios que recogen mínimas señas!
Una rosa, una abeja, luna de ceniza entre mis dedos.
Hay frente a mí una gruta de hielo de olvido.
Ballenas de oro, cocodrilos infantes, algas!
Qué noche tan intensa, noche de pura tinta.
¿Sería por esto, José, que pedía «pluma y tinta»
cuando niño, con ternura de pedir alfajores?
¿Podría hallarse, por ahí, por allí una linterna?
Tren que pasa, de las trincheras, por mi frente,
con ventanillas que son ojos de los muertos.
¿La tierra, la tierra, la tierra, la tierra?
Cómo no he de estar cansado en esta actitud.
Es bueno que siembren mis últimas palabras;
habrán de estar por el campo de trigales de Jauja.
Ya estoy solo de soledades, amigos lejanos.
Por un solo punto giran los astros, giran.
Pero dejadme solo o acompañadme, que es tarde.
Hablen de las formas de la luz, canten de ella.
En mis ojos se espesan las sombras de siempre

y toda tierra de calcio llena mi boca!»
 ¡Qué tristeza de mares glaciales se me viene
 cuando en su nocturno dirá, así, mi hermano!

(El hombre del Ande que asesinó a su esperanza.)

Romance de fuga

Leve, la soledad rondaba:
 luz, romero y ave-maría.
 Entre el río y la plaza:
 alba con estrella pía.

Sobre bayo corcel ligero,
 cabestro de plata fina;
 con balas de pedrería,
 al hombro su carabina,
 así se iba un cholo guía
 de Baños a Sillapata.

Ay, en su pecho sonoro
 aromada pena se cernía.
 Gallos, redonda serenata
 con guitarra en agonía;
 aire tierno, suspiros;
 el corazón se le moría.

Luna de copas, ya vacía,
 tragos, cantos y tiros,
 paisaje de la vaquería,
 sol de la quebrada honda,
 que, yéndose, no se iría.

Ya entre dos caminos
 — venas de la lejanía —
 se fué por el dorado
 como el amor que tenía.

Leve, la soledad rondaba
 romero y ave-maría;
 que en medio día, fugado,
 la Mariacha ¿qué diría?

¡Ay, en su pecho sonoro,
 lágrima que se cernía!

(Primer romancero cholo.)

ANAXIMANDRO VEGA

No ha editado libros. Carezco de datos para su biografía. Ha publicado y publica mucho en revistas y diarios del Perú.

El marinero ausente

Anoche el puerto se robó un marinero.

Un marinero harto de su barca gris,
de su gorra de espumas,
de su blusa de mar.

Para su mal de días oxidados
se emborrachó de olvidos.

En la casa del sexo
jugó a la baraja de una vida sin porqué.

Y tejió con su sangre
la última novedad.

La barca partió a la aurora,
sus palos flórecidos de nubes rosas.

JUAN LUIS VELAZQUEZ

De Piura. Poeta ultraísta y dadaísta. Residió largo tiempo en París. Afiliado al Partido Comunista, ahora milita en el Trotskismo y reside en México.

■ OBRAS: *Perfil de frente* (Lima) y un libro sobre política electoral peruana en 1936. Por publicar: *Pulso de vida*, *El hombre*, *Afirmación de la alegría*, etc.

Cuánto me duele la vida

Cuánto me duele la vida
sin la dulzura del dolor.

Cuán tristes sin Tristeza
son los días sin corazón.

Cómo barren las horas glaciales
el oro en polvo de fe de sol.

Piura

Qué soledad sin soledad siquiera.

Qué trincheras tan altas sin altura
contra quien jamás le hiere el plomo.

Qué gente tan llena de recodos
enlodados en este desierto sin lluvias
ni rastrojos.

Qué vida tan al cielo raso
ante este cielo alto, franco y claro
de primavera.

EMILIO ADOLFO VON WESTPHALEN

Nacido en Lima, hacia 1910. Poeta surrealista. De la promoción de *Martín Adán*.

OBRAS: *Insulas extrañas* (Lima, 1933), *Abolición de la muerte* (Lima, 1935).

Teoremas

I

La tarde llevaba lazos azulgrises en trenzas rubias de bobería y sol.

¡Oh la niña de otro tiempo y los lazos y los aros!

Estos de redondez ligera que ruedan y trascienden en oes de expectación admirada, de equilibrio inencontrable sostenido en hilos invisibles por dos ángeles guardianes con alas transparentes de libélulas.

Niñas giran aros y sentimientos por senda nebulosa a la que no van sonidos de chirimía y corneta de banda militar.

— Con la noche olvidaron en el aire huella de pies de cristal y círculos de madera perfectos.

II

Reyes de baraja miran corazón de luna y horizontes pálidos de tesis.
(Ritmo de minuto tembloroso de premura.)

Debajo del alma, ratones roen la certeza inefable.

¡Oh, cómo se vacía el alma!

Noche encuna la luz; yo andando loco por la vara quejumbre de los minutos.

III

Perdido en ansias porcelanas
de gritos de alcndra amarilla
con la felicidad en pico
recto a tarde toda llagada
por dobles misterios pueriles.

Pensamientos de prisa ríen
 todos con clamor de accidente
 incierto y las sublimaciones
 de instintos asnos porque son
 ellos los pescadores de agua:

los diptongos de la color
 mi color a risa arrancada
 que no ven ciegos de clarores
 por ojos grises de nostalgia
 de peces y de mozas hadas.

(*Mercurio Peruano*, marzo-abril, 1929, Lima.)

Poema sin paraguas

Aserrín, todo aserrín,
 sesos, frente, entrañas, corazón,
 todo de aserrín.

Desmenuzar las horas y sus migajas
 esparcidas por el plano sin asperezas
 del mantel que cubre los galgos y la mesa,

Los cepillos muestran sus deseos
 de limpieza y suavidad de cuerpo.

Pero no llegan los que deben traer
 las servilletas, el rosario, la amada
 y la cortesía de la manzana.

¿Por qué su demora,
 cuando yo alzo mi alma
 a las esferas impalpables,
 a la brisa de la luna,
 al desfilar de duendes,
 interminable,
 en camisas largas,
 con mi cuerpo muerto?

(De *Presente*, Lima, 1930.)

IX

CIRO ALEGRIA

(1909)

Nacido en Trujillo. Poeta y periodista. Siendo estudiante, en 1930 conoció la cárcel. A los 23 años empuñaba el fusil de revolucionario y fué condenado a 10 años de presidio. Estuvo en la Penitenciaría de Lima, hasta agosto de 1933. Al servicio del Partido Aprista, prosiguió su lucha, y fué preso y desterrado en noviembre de 1934. En 1935 ganó un concurso de novelas en Chile, en donde reside.

OBRAS: *La Serpiente de Oro* (novela, premio Nascimento, Santiago, 1935), *Himnos de la Revolución* (inédito). Versos y cuentos dispersos en revistas y diarios de América.

El poema inacabable

Como el pulso en mi brazo estás en mí,
como este movimiento en mi mano que ondula y mi aptitud
de ver en la mirada.

Más te oigo con la yema de los dedos,
y mi cuerpo es lo bronco en el dío arterial de nuestros cuerpos.

Yo dejé mi pasado entre cactus y cerros y magueyes de angustia
y ahora estoy aquí — rendido — igual que un animal extraño.

¿Y tú? Si pudiera decirlo yo diría que vienes
como pulpa de noche, agitada por raras convulsiones eléctricas.

Y ahora, ambos a dos, aquí, en la palma de Dios
o solamente en la
quiromántica palma de la Vida.

Ambos a dos, aquí, abrochados de angustia por espacios ignotos
donde en el fondo, acaso, están llorando niños.

Ya no contamos nada. Ni alegrías ni lágrimas.
Es una queja alegre ésta del «da y toma» de las mayores ansias.

Yo voy a ti, pirata.
Y ven tú a mí, saquéame!...
...hasta la fiebre y el cansancio y la desesperación y
la caída.
Naufragamos en islas de soledad.
Perdidos, sordos y yertos al clamor lejano,
estiramos los brazos vanamente, tratando de encontrarnos...

El caballo fraterno

Viento puneño se trenzó en sus crines
y en sus cascos chispeaban pedernales.

Cedro y nieve le hicieron la color reluciente.

Caballo hermano,
bueno cual retazo de viento.
De un relincho domaba cuanto cerro saltaba al paso
y los caminos eran hechos polvo por sus ojos tatuados de relámpagos.

Se hacía acompañar de espuelas
para marcar mejor el trote franco.

Juntos atravesamos mil caminos,
pasamos hambres,
equilibramos nuestra angustia en los desfiladeros
y nos envoivieron soledades donde era sombra la única presencia.

Los dos vivimos sobre la amplia puna
fría y enhiesta,
que afilaba peñascos, batía truenos y aguaceros,
cavando precipicios a un lado y otro de los cerros.

Se llamaba «Canelo»,
y era todo él un corazón latiendo.

Caballo hermano,
ahora es más grande que nunca tu recuerdo.
Ahora que voy a pie por los caminos
y escucho tu relincho como un largo lamento.

JOSE ALVARADO SANCHEZ

(*Vicente Azar*)

(1913)

Nacido en Lima. Es universitario, de un grupo alejado de la realidad candente de su patria.

OBRA POR PUBLICAR: *Anclaje de albas húmedas.*

El Tiempo

(*Elegía*)

A Marcel Proust

Extenso, fuera de los valles, fuera del silencio y del amor,
fuerá de la hermosa provincia reflejada en los ríos al crepúsculo,
fuerá del mar batiente frente a la iglesia gótica,
más allá quizás de los breves rostros amables,
superando el dominio que atalaya el dulce recuerdo
aunque quizás muy cerca o dentro de las venas llenas de la más leve

que haya regado una alegría, quién sabe, una tristeza muy distinta,
y quizá entre los ojos cansados de ese transcurso inútil y eterno,
no se sabe si cerca o lejos, pero presente, extenso,
poderoso e inmóvil, difuminado en el misterio,
pero indudable, oscuro, como un gran león que dormita en el atar-

está, aquí cerca, el Tiempo.

Aquí cerca, Marcel, está el Tiempo, el Tiempo de la linterna mágica,
alumbradora de verdes escenas merovingias
en que la suave sonrisa de la virgen dinástica
aparecía escoltada por el caballo de un San Jorge pintado
con la turbulenta coloración aureo-rojiza de la infancia.

¿Aquí cerca, o es lejos, infinitamente distante
que el Tiempo adormecido de Combray se despierta?

Se reconoce por la tristeza, por la lucha algunas veces ruda
del cuerpo que se resiste a envejecer.

Por las imágenes ya malheridas, débiles,
que evocan el combate dramático, final,
por la palabra que no designa a un niño
cuando eres tú, «l'enfant Marcel», que entras.

Algo ha sido vencido; y el león ronda triunfante.
Ha sido herido algo, y la flecha aún tiembla.

Es el Tiempo.
Dulce y terrible
pasa borrando ya inefables sonrisas,
acallando ecos puros cuyo destino fué durar,
palabras que jamás debieron desoírse.

Y es la primavera en el Vivonne,
el Combray del estío rumoroso,
y Tante Leónie duerme
en la tranquila soledad aldeana
que se extiende mirando, frente al Vieuxvicq señorío,
la Martinville sonora,
alta y sutil de agujas y de torres lejanas.

Son las ninfas cruzando el agua pura,
es el camino de Méséglise.
Es Françoise, es la abuela;
Tansonville y sus setos, sus macizos floridos
en el lado de un Swann misterioso y vedado.

Es el Tiempo.
La bella época de los *clacs* en las alfombras muelles,
la *dame-en-rose*, Gilberta, *les jeunes filles en fleur*,
Balbec, el hotel al crepúsculo,
Rivebelle, algo nítido en el atardecer.

Es un apocalipsis violento y grave, mucho,
Marcel, de lo perdido, de lo inasible, de lo que fué.

Son los rostros, los rostros en su milagrosa variedad perdurable
son las estancias turbias, tristes, del corazón;
es Swann, el *dandy* pálido al que una angustia ahoga
frente a una celosía terrible y misteriosa
y es Odette entre rosas y frases en inglés.

Quizás Miss Sacripant fuera de su misterio,
o es la excitante atmósfera de aquella *dame-en-rose*,
y las catleyas que aceleraban una vida
con su dulce lenguaje de posesión y goce.

Quizás todo.
Es el Tiempo, Marcel.

Es el Tiempo de mayo, de los espinos, del mes de *María*;
es el Tiempo del Bois, del parterre, de *Gilberta*,
o, insensiblemente, la Princesa Matilde,
o sutil y anciana la de *Villeparisis*
o como en un vitral *Orianne de Guermantes*.

Es la sonata lenta y maravillosa
que *Vinteuil* olvidara sobre el piano una tarde;
es *Elstir* que retiene en el color y el lienzo
a una *Odette* furtiva hecha de amor y olvidos.

Es la marcha inasible del Tiempo.

Y *Saint-Loup*, y *Bergotte*, y la luna diurna,
el genio familiar de los *Guermantes*, todo
lo desaparecido en masas concertadas:
las flores, los paseos, los sueños,
los viajes, las estancias, los ruidos,
el vitral de los guerreros ancestrales.

Muy lento este río remonta su curso
de la muerte a la vida, desde lo hablado a lo inefable,
de los efectos a las causas,
de las tumbas a los altares,
y adonde florece la vida,
y adonde el pensamiento nace.
A salvarlo todo del Tiempo,
a salvarse, a salvarse.

Marcel, aquí esta linfa pura,
este Leteo azul viene a buscarte,
y tu rostro va a detenerse,
y será una cambiante imagen.

Es el Tiempo.
Nada, en verdad, puede salvarse.

Al recobrar el Tiempo,
 cuando ya ha muerto algo,
 cuando ya ha sido tarde,
 tú, «enfant Marcel», solo te encuentras,
 la Verdurin es ya una Guermantes,
 las *jeunes-filles* se agostaron,
 y llueve el tiempo, y hay que huir,
 hay que retroceder y que recobrar,
 y mayo viene con sus espinos,
 y a la pantalla de la alcoba olvidada
 llegan Gilberto el Malo y Genoveva de Brabante,
 y al Bois regresan Albertina y las otras,
 y Swann comenta a su Vermeer de Delft cuando
 su Haarlem se puebla con un mítin de tulipanes.

El Tiempo, nuevamente
 el Tiempo, y a buscarte,
 Marcel, en los espejos olvidados,
 y en las temporadas vacías,
 y en los Balbecs abandonados,
 y en las Venecias que el sirocco
 cruza en el ardiente verano.

Tras de ti, tras de hallarte,
 siempre alguna cosa se busca,
 alguna faz, algún sonido;
 sigue la búsqueda, la búsqueda,
 sea claro día de estío,
 sea noche de luna.

Y se encuentran vestigios, algo pasó silente,
 apenas como un suave alentar, un rumor
 en el Tiempo sin huellas, otoño o primavera:
 lo precede la abeja que va a libar la flor
 buscando de la savia la secreta corriente;
 lo termina el hastío de la hora postrera.

En la taza de té de la tarde tranquila,
 se hunde la magdalena a conjurar el Tiempo,
 y surge el nuevo apocalipsis
 como el acuático misterio
 de los jardines japoneses en los tazones infantiles
 o como el vértigo en la mente,
 lúcido, raudo, nitidez
 en que las horas se hacen una en la pantalla de la muerte.

Efectivamente inexorable, extenso,
saliendo de la taza de té, del Combray matinal,
de los espinos blancos, de la linterna mágica,
del sueño de Albertina,
de lo profundo de la infancia,
espera lento, quieto,
Marcel, a que aparezca tu esperanza,
tendido frente a los crepúsculos,
el Tiempo.

CARLOS CUETO FERNANDINI

(1913)

Nacido en Ica. No ha publicado ningún libro. De temperamento retraído, con tendencias a la mística, que lo ha proyectado hacia lo filosófico.

OBRA: *Poemas* (por publicar).

Poemas

1

De silencio sobre el delirio
los pequeños pasos del día
crecían repitiéndose bajo los párpados.
Ah, si los giróvagos hacinamientos de la ternura
rodaran sobre los perdidos futuros,
rescataran de los olvidos evocados
presencias no aridecidas —
pero el ojo late en su corazón de silencio.

De fuego sobre los párpados
la fluencia de los sollozos
rejuntaba el eco de las angustias en lontananza.
Rumores escintilantes
cantados al otro lado del ruido,
canturreados,
suspendían sobre soledades escarchadas
los espejos de canciones desvanecidas.

Ah, el poema quisiera llegar
por el camino del delirio,
abrir con su ternura
los fulgores, pequeños y cerrados, del día.

La Estrella es libre. ¡Ojo Mío! Ella levanta su forma por encima del párpado. Asistid a la disolución de los lugares. Sus ondas vienen, representando su cuerpo; lucen sus alientos brillantes. Después de haber permanecido sembrados en una tierra de tiempo, inconstantes y raudos, suben sobre los párpados, desvaneciéndose, desvaneciéndose. Ojo Mío: ¡acércame al Perfil; acércame, haciendo la violencia más lejana, al lugar donde todas las imágenes se reunen!

Decid: Estrella. Su costa de imágenes. Su susurro. El pulso de su inocencia. ¡Bajáis! ¡Qué islas menos claras que él mismo se impone el viento! Detrás de tu gesto, tus brazos, tus piernas, descendiendo quebrado y sollozante, descubro tu gallarda columna vertebral, au-reolada de años, flores, sangre. Descubro el oscuro fango, las raíces, los desconocimientos. Pero el viento es raudo. Pero el perfil es raudo. Sí, pero de los apretados mundos emerge la bruma, la tierna sorpresa, los fugitivos cabellos. Pero las palabras no dichas escancian su voz. Pero los pasos no caminados reposan su huella sobre su ligero contoneo. Esta es la forma.

¡Recuerda, Ojo Mío, aun cuando sobre ti se deslizan los apenados olvidos! La esencia. Las ondas. El viento sobre los párpados. La esencia.

(1934.)

EMILIO CHAMPION

(1909)

Nacido en Lima. Doctor en Letras. Codirector de la revista *Palabra*, feneida, porque aunque demasiado prudente, resultó excesivamente libre para el criterio oficial.

OBRAS: *El color de la Noche* (1935). Por publicar: *Capitán de los vientos y Verso*. Debió publicar *El Mar me dijo...* (versos), «que ya no publicaré».

La niña del jardín

Celeste, dice la niña.

Celeste, repito yo.

— ¿El mar?

— No.

— El cielo,
el cielo y tú.

Agua dormida en la sombra,
agua que no despertó;
agua de campos fragantes,
agua que ambiciono yo.

Rosado, dice la niña.

Rosado, repito yo.

— ¿El cielo?

— No.

— Las rosas,
las rosas y tú...

(*El Mar me dijo...*)

10

Holland el silencio, destrozándolo en los dientes
y cabalgando en una sonrisa
para abrirla toda, toda.
Con las manos abundantes voy a ti;
para buscar esplendor de mirada,
para hundirme en tu sangre
y figurar mi canto.

Silencio que desgarro en la tiniebla de mi cuarto
y mis dedos pulpos tocando sobre mis sienes,
para forjar la imagen,
para no sentir el latido,
aunque se destruye la carne
y se rompa el espíritu.

Por eso, encima del silencio,
vuelo en una sonrisa
para ofrecerme todo...

Lluvia

Voz celeste, sin pétalos, desnuda;
perfume de la tarde aprisionado,
rayo de luz en soledad, dorado
en altos campanarios de espesura,

Prisa de nubes hacia la llanura,
espejo de la tierra enamorado,
pestaña que en la mar ha desanclado
para librarse de las olas pura.

Y navegar su pabellón pirata
sobre peces tejidos de oro y plata.
Anuncian deslumbrantes en lo alto

y resbalan veleras presuntuosas;
carnes de gasolinas olorosas,
besadoras del brillo en el asfalto.

ARNALDO DEL VALLE

Sólo conozco sus poemas: del autor, nada o casi nada.

Por la escalinata

Por la escalinata
enorme,
en puntas de pies
bajan los caballeros
del Ajedrez.
De dorado y negro,
de reflejos verdes;
así todos en figuras,
lejos,
fabrican los juegos.
Los reyes, las reinas,
los peones,
alfiles y torres
y curvos caballos
azules y bayos.
Comienzan el juego
las piezas confusas;
hay escaramuzas
y mates
al rey de las ropas granates.
A la luz vespertina
el juego neblina.

(Viñetas reales)

JOSE A. HERNANDEZ

(1910)

Nacido en Lima. Estudiante.

OBRAS: *Tren* (Lima, 1932), *Juegos Olímpicos* (Lima, 1933) y *Del amor clandestino y otros poemas incorporados* (Lima, 1936).

En preparación: *De los mirlos iguales* (poemas).

1.

Ancianito ñorbo con claridad
de luna,
frailecito enano del jardín
celeste,
novio asustadizo
de la abeja y la uña,
hermanito de la santa melancolía.

Tú eres el mirador silente
de la madrugada fría,
de la tarde fresca;
tienes la luz morada
de los recuerdos y los olvidos.

No tienes ojos por tu timidez
exacta;
no cantas por tu belleza
pura;
no gritas porque amas
en silencio,
porque aduermes tu dolor,
porque te coronas
con tus propias manos,
porque eres estoico
y gozas con tu dolor inmenso.

Escondido fierbo:
en éxtasis de pureza
te miras con el sol,
te enamoras de las nubes
y nos imitas el dolor.

(Juegos Olímpicos.)

El otoño de las palabras cortas

Mira el otoño resentido y frío,
cojo, viejo, hecho de cotejo y nada;
mira su niebla robándose el sombrero de los árboles.
Otoño, pobre carente de ilusión y mediodía,
atleta incauto del amor y de las penas,
cegador del campo, colegial del cielo.

Mugriento, mísero otoño; lento, cauto, fiero, moderado otoño
violador de madrugadas,
recalcitrante, amorfo, sublime
y dentro de lo sublime el espacio opaco y mudo.
Tus ojos, fundición y licuación del llanto;
llanto, amanecer de silencio y vacío,
lenta emigración de la tarde apaciguante, apaciguada,
enervante. Ahora si grito se helaría
mi mano diminuta, cortés, diplomática, inquieta, quieta.
Por eso yo quiero una tía, que sea nueva, audaz, elocuente,
añico frágil, rubia amarilla, frágil bacín de hospedería,
dama de salón olorosa, pintada, almacén de seda, gasto de marido.

Otoño de vejez rocosa, cornudo fino, invención de panorama
plomo, paisaje simio, hombre de humorada. Juguete, ilusión,
fantasía de geógrafo y calendarista.
Estación, despedida, espera, alucinación,
incautación de días y de fechas. Otoño, estanque robado.
Burla, insignificancia de periódico vespertino.
Desesperación abúlica, amarga, esqueleto del pato y de la risa.

Tía, cambio de giro, sácame la maravilla del huevo
y ponla en el espejo del lago. Calzado 37. Cara oval.
Allí vendrán todas las aves y todas las alegrías, pero
aguarda, que aguardar es una vieja escoba, es un viaje de muchas
aguarda, que el aguardar es cantar y no poder llevar un nombre. [horas]

Y así, tú, Otoño, drama terco de autor sin pupila,
tú que vienes por el camino inconocido, tú que eres asunción
del día y de la letra; tú, agonía de lo cómico
y entrada maestra de Jesús en un borrico.

Agorero, el espíritu te puso después del verano,
Otoño, ladrón de sombreros y de misterios;
tienes caladas las manos, tienes el alma sin pluma;
eres espejo, árbol, edad, esencia, virtud,
y principio del estaño y de lo azul.

Otoño, expectación del árbol y de la estela,
ritmo en cuatro tiempos, en ejecución de la alegría,
sugerencia y óptica del deseo,
geografía del enano, estética del nimbo,
numen y espíritu de lo incierto.

JUAN M. MERINO VIGIL

El compilador confiesa su fracaso para obtener, a la distancia, datos sobre este poeta.

La posada

Se alza la dorada luna
tras de los negros pinos.
Señor, no está en la tierra
el sínfin de mis caminos.

Se alza la luna inmensa
tras de los negros pinos.
En mi corazón se cruzan
¡Dios mío, cuántos caminos!

¿Qué horóscopo lloró su lágrima
en el vientre de mi madre?
Abre tu puerta, destino,
cuando tu mastín ladre.

Andar, andar mientras las lunas
nacen para sus ocaños.
Abre tu puerta, destino,
si escuchas lúgubres pasos,

MANUEL MORENO JIMENEZ

Poeta de la última generación, estudiante. Su inspiración es algo macabro, a menudo bodeleriana.

OBRAS: *Así bajaron los perros* (Lima, 1934), *Los malditos* (Lima, 1937).

Los primeros pasos

En ese teorema que empecé vivaz
con un beso en la pizarra de tu cuerpo...
En ese caminar virgen
por las brozas de los árboles humanos...
En esa calle, en ese frente,
en esa noche celestina de los témpanos feroces...

Alif vi ensartar mis ojos,
hundir mis dedos,
incendiar mis vagidos submarinos.
En esta soledad de hombres
¿qué más pude encontrar despierto?

Calla el canto, el ritmo,
la expresión armoniosa de lo humano.

La conclusión indemostrable en el crepúsculo:
Orfandad del eco!...
Mar lisiado en el exilio.

Crepúsculos

Humosa... El cielo de humo.
Así se desarrollan y terminan estas caídas vespertinas
sin arreglo, sin claros blondos reflejados en los bordes.
Amoratado por los hielos el viento cesa su rugido.
Las bandadas no van ni vienen. ¿Es que no fueron?
¿Es que quedaron?...

De esa huaca ronceadora sólo hay una lechuza
que canta maliciosa, reticente, de vez en cuando.

Ya está la luz en mis dedos libertarios.
En el centro mismo de la voz profunda. Todo uno,
desbordante. Los que avanzan. Los que sangran.
Los que llaman...

Al frente: los bloques indecisos, la desolación gris,
el mar.

Por doquier ladran los perros con furor, videntes,
a la hora prieta.

Los canchales lanzan llamas.

Los herméticos atruenan iracundos.

Los brazos expresando la epifanía de la sangre.
Ante el báratiro, los ojos sangrientos de la fuente
que alumbran el Camino, los regajos centinelas
que dejan nuestros pasos.

¡Las campanas!

El ángelus de la tarde. La ciudad.

La última tarde. La tarde aviesa. La tarde del fin.

Gruñir de brumas por los surcos vecinales.

La extensión roída. El desvaído descenso del mal.

Rayas.

Rayas en la cima, rayas en el monte, rayas en el mar.
Hondo, ferviente, hermanizado. La línea del perro
en la vanguardia.

La reptación.

El mar azul del nacimiento y de la nueva faz.

LUIS VALLE GOICOCHEA

Nacido en Trujillo, hacia 1910. Estudiante de Letras. Poeta egló-gico.

OBRAS: *Canciones de Rinono y Papagil* (Lima, 1932), *El sábado y la casa* (Lima, 1934), *La elegía tremenda y otros poemas* (Lima, 1936).

Ofrenda

En la mística escuela, en el murmullo
de sus niños traviesos,
una de esas voces trémulas
ya decía tu nombre.
Surgías de la música inocente
de una clara lección de geografía:
las auroras boreales te traían
del embrujo remoto de los polos...
Te seguían a veces
cien milagros lunares,
y venías como un presentimiento
ya entonces a mi vida...

Si el olvido arrancara a la memoria
ciertos dulces principios,
te fijara para siempre mi destino
en esa sola
inolvidable lección de geografía...

Después, cuando sepan mis versos tu perfil,
a la eternidad te ofrendaré como
la imagen recóndita más grande
de la entrañable belleza de la vida.

Canciones de Rinono y Papagil

16

Tú eres mi hermana, porque escribiste conmigo, a escondidas,
el apodo de don Benjamín en la puerta de su casa.
Porque una noche que llovía te preocupaste conmigo
de un nido que la tala dejó al sereno...
Porque cuando eras chiquita te cargó la Rarra...
Porque nos miramos juntos en los ojazos de la vaca pintada...
Porque mamá es tu mamá...
¿Te acuerdas?
Sabíamos que los jilgueros jugaban en los árboles cercanos,
y entonces la Rarra nos llamaba a mirar los últimos pollitos...
¿Te acuerdas? Estabas conmigo
cuando murió mi corderito y para consolarme
me ofreció otro Rosalía...
Me preocupa hoy que estamos lejos
la pared torcida de la casa vieja...

27

Toda la tarde ha estado golpeteando en la cumbreña
de la casa de don Juan un «carpintero».
— ¡Mal agüero, ha dicho doña Anita.
¿Quién se irá de la casa, quién?

Recordamos que anoche
aulló, toda la noche, Otelo.

Mal agüero.

Qué triste se va a poner don Juan cuando esta tarde
al regresar le cuenten
que ha estado golpeteando en la cumbreña
de su casa un «carpintero».

(*Canciones de Rinono y Papagil.*)

El sábado y la casa

I

¡Cómo plantaron en la huerta
un árbol inesperado!... ¡Cómo crece!
¡Cómo se esperan sus flores! ¡Cómo
se mira, irreparable, el girasol!...
¡Cómo ya he vuelto, de tan lejos, con otra alma
y mi pantalón largo... nada más!
Sábado.

La Rarra está planchando
y de pronto se queda pensativa...
— La amargarán qué recuerdos solitarios! —
Olvidada la plancha en el umbral, lo quema...
Sobresalto:
trasciende la madera que se tuesta
y la voz de mamá viene desde el otro cuarto:
— Rarra... ten cuidado... algo se quema...

26

(Estarán volando cuántos
maravillosos pájaros,
sobre su testa sin aureola y buena
como las flores enfermas del saúco;
pero no serán los gorriones
que pisan en la puerta de la casa...)
Te contaré, hermanita muerta, escucha:
— Discurrimos siempre
por los mismos caminos
en que quedaste tú cuando te fuiste,
y en que están al alcance de la mano,
como siempre, las chinas que gustabas
arrojar sin destino...
Hay canciones en la casa, se madruga
y convalecen con la lluvia las retamas...
Yo no quisiera morir... Mamá hila, nos peina...
Yo no quisiera morir... ¿Por qué no vienes?
Ven, hermana, que es caro nuestro pueblo
y falta contigo el alma a sus parajes, ven:
contigo entre nosotros,
¡qué distinto será todo!

Ven:
aquí se ama al saúco viejo, a las paredes,
a lo que permanece y a lo que dejamos y nos deja!
Ven, hermanita muerta;
no nos esperes, ven...
Ven a jugar con unos
corderitos blancos
que nacieron anoche...
¡Ven, que nuestra casa
es más linda que el cielo!...

(El sábado y la casa.)

EMILIO VASQUEZ

Joven poeta de Puno. Practica la poesía «kollavina» o de los kollas, que también cultiva Gamaliel Churata.

OBRA: *Altipampa* (poemas multifácicos, prólogo de Uriel García. Puno. 1933).

Imilla

Este es el poema del amor rural.

Desde la naciente del agua,
aquella perdida tarde
me alumbraron de locura tus ojos.

En tambor de gritos
se ha trocado mi pecho veterano.
Justina,
estoy pasteando,
centinela,
sankayus kantutas para tu alma.

Voy a engendrar una nueva warawara
con flores de agua
para el día roseado de nuestros besos.

Entonces en tus labios
danzarán todas las alboradas.

Asidos pasaremos saltando el río
al pastaje de nuestros sueños.

(*Altipampa.*)

Yaraví Titikaka

Viento de almíbar que me lavas las pupilas,
adéntrate hoy hasta el corazón tasajeado.

Báteme al dolor en luchas campales
para sacarles brillo a nuestros años mozos.

Tú, en espirales lavanderos;
nosotros en un coloquio de aguas dulces.

Aquel día se nubló el espacio
y las golondrinas del alma se fueron
al cielo y a las estrellas hondas.

Y el cuerpo
de soleada cuna tornóse en cama despilchada.
El roquedo amigo desdobló el silencio
y nos dijo al oído:

Sois los nuevos aventureros de la vida.

Sankayu. — Fruta silvestre muy dulce.

Kantuta. — Flor, adorno del indígena de Puno.

Warawara. — Estrellas, en aimara.

MARIO J. VILLA

(1913)

Nacido en Lima. Estudiante. No ha publicado ningún libro aún.

V I I

Tácita voz

Ausente ya, la voz será impoluta,
precisa en vaguedad, densa de arrullo;
la voz sin voz, la voz sólo murmullo,
rumor de hojas, oración enjuta.

Igual sonabas, voz, en la presencia,
filtrándose medrosa entre el sin ruido,
denso monólogo, tímido de olvido,
el coloquio antesala de la ausencia.

Voz sin voz, caricia modulada
detenida en el labio por temida,
voz de sueño, de niño, voz de espera.

Soplo, no voz: angustia estrangulada,
voz tácita, voz miel, voz exprimida,
voz última y primera.

V

Welcome

Ayer, mi vida ancló en playa imprevista,
cálida arena en que las olas nacen.
Mañana allí estableceré mi puerto,
tornando el caos en orden perfecto.

Muelles de amor serán brazos morenos;
antorchas y faro tu mirada triste,
llena de luz profunda; y en tu seno
habré almohada, y en tu voz, arrullo.

Mi bajel tiene el casco destrozado,
pero un pájaro canta sobre el mástil.¶

Mi vida estaba tan desnuda, tanto,
que el llanto la vistió . . .

Welcome, welcome, serena marinera,
que surca impávida la pasión, y calla,
y, callándose así, canta y espera.

(El naufrago también canta y espera!)

LUIS FABIO XAMMAR

(1911)

Nacido en Lima. Residió en Lima hasta 1932 y, luego, algún tiempo en la sierra.

OBRAS: *Pensativamente* (Lima, 1930), *Las voces armoniosas* (Lima, 1932); *Huaino* (poemas serranos, 1937) y *Leonidas Yerovi* (notas antobiográficas y críticas, inédito).

TRES POEMAS DE SERRANIA

Huaino

Cholita, tú por los montes
y yo por ti suspirando,
vicuña que en los espejos
de hielo te estás mirando.

Sorberás tú de la nieve
copos blancos como helados
mientras yo miro en la pampa
tu corazón despintado.

Luna

La luna, taza de leche
blanca de la vaca pinta,
en un descuido esta noche
se ha derramado
en la pampa.
La ordeñadora, allá arriba,
cómo la estará mirando.

Romance de la chola de Ripán

Cholita del caserío,
puro verano en la boca
con el sabor agridulce,
mismo de la zarzamora.

Contigo bajé del monte
con sombrero y poncho habano
cual si fuera de vicuña,
a adorar la cruz de Mayo.

Contigo aprendí a hurtadillas
nuevas ternuras salvajes;
casi me olvidé la estancia
de pirca en los roquedales.

Casi me olvidé mi nombre,
casi me enveté en un huaino.
casi nos desconocimos
cuando nos emborrachamos.

Cholo estanciero, a tu pueblo
bajé por tu disimulo;
mañana amaneceremos
lejos — los dos — una y uno.

Mi ganado será tuyo.
Tu cara mía en el frío.
Mordiendo dicha en las noches,
tu cuerpo lindo de abrigo.

¡Ah, tu cariño de chola!
¡Ah, tu fuerza! ¡Ah, tu ternura!
¡Ah, tus dos senos saltando,
redondos como la luna!

(Aguamiro, 1935.)

INDICE ONOMASTICO

A

Abril de Vivero, Pablo, 31, 36, 161.
Abril de Vivero, Xavier, 35, 40, 287.
Alas, Leopoldo (ver: "Clarín"), 22.
Alegria, Ciro, 41, 42, 43, 45, 323.
"Almafuerte" (ver: Palacios, Pedro B.), 26.
Alvarado Sánchez, José (ver: "Vicente Azar"), 41, 42, 325.
Arbulú Miranda, C., 41.
Arias Larreta, A., 45.
Armaza, Emilio, 33, 215.
Aweranka, Eustakio R., 289.
"Azar, Vicente", 325.

B

"Balduque" (ver: Federico Blume), 24.
Barreto, Federico, 23.
Basadre, Jorge, 40.
Baudelaire, Carlos, 22.
Bazán, Armando, 32, 40, 219.
Bécquer, Gustavo Adolfo, 28.
Beingolea, Manuel, 23, 39, 77.
Beltroy, Manuel, 39, 45.
Bellido, Hernán, 28.

Berninzone, Luis, 35.

Bilac, Olavo, 26.

Blume, Federico ("Balduque"), 24.

Bobadilla, Emilio (ver: "Fray Candil"), 24.

Bolaños, Enrique (?) (ver: "Juán Petrovic"), 37, 40, 269.

Bolaños, Federico, 36, 38.

Bolaños, Oscar (ver: "Serafín del Mar"), 35, 37, 40, 231, 271.

Bretón, André, 43.

Bustamante y Ballivián, Enrique, 28, 29, 30, 40, 125.

C

"Cabotín" (ver: Carrillo, Enrique), 26, 27, 30, 79.

Cáceres, Andrés Avelino, 22.

Calle, Belisario, 32.

Carducci, Giosué, 43.

Carrère, Emilio, 36.

Carrillo, Enrique (ver: "Cabotín"), 26, 27, 30, 79.

Casal, Julián del, 22.

Cisneros, Luis Benjamín, 23, 95.

Cisneros, Luis Fernán, 25, 26, 95.

Cocteau, Jean, 35, 287.

Coppée, François, 25.

Corpancho, Teobaldo Elías, 21, 23, 45.

C

"Clarín" (Leopoldo Alas), 22.
 Cortéz, José Domingo, 45.
 Cox, Carlos Manuel, 40.
 Cueto Fernandini, Carlos, 41, 331.
 Chabes, Mario, 34, 35, 41, 221.
 Champion, Emilio, 41, 333.
 Chaves Aliaga, Nazario, 31, 37, 40, 223.
 Chioino, José, 36, 225.
 Chirif, José Carlos, 31, 36.
 Chocano, José Santos, 22, 23, 24, 25, 26, 32, 38, 39, 43, 44, 59.
 "Churata, Gamaliel", 38, 117, 43, 349.

D

D'Annunzio, Gabriel, 26, 31, 155.
 Darío, Rubén, 21, 22, 24, 25, 26, 44.
 De la Fuente, Nicanor, 37, 40, 41.
 De la Fuente Benavides, Rafael, (ver: "Martín Adán"), 40, 41, 291.
 Delboy, Emilio, 36.
 "Del Carpio, Juan", 26, 27, 40, 101 (ver: Adán Espinosa y Saldaña).
 "Del Mar, Serafín" (ver: Oscar Bolaños), 35, 37, 40, 231, 271.
 Del Prado, Blanca, 35, 295.
 Deroulède, Paul, 21.
 De Silva, Alfonso, 36.
 Devescovi, Juan, 35, 287.
 Díaz-Mirón, Salvador, 22, 24.
 Díez-Canedo, Enrique, 24.
 Díez-Canseco, José, 40.

E

Eguren, José María, 24, 30, 31, 34, 40, 42, 43, 44, 131, 203.
 "El Tunante" (ver: Abelardo Gamarra), 25.
 Eluard, Paul, 35, 43.
 Espinosa y Saldaña, Adán (ver: "Juan del Carpio"), 26, 27, 40, 101.
 Esteves Chacaltana, Luis, 23.

F

Falcón, César, 31.
 Fianson, José, 23, 81.

G

Gallegos Sáenz, 35, 42, 45.
 Gálvez José, 24, 25, 26, 43, 44, 101, 105.
 Gamarra, Abelardo ("El Tunante"), 25.
 Gambetta, León, 21.
 García Calderón, Ventura ("Jaime Landa"), 25, 26, 27, 45, 111.
 García Lorca, Federico, 43.
 García Uriel, 33.
 Garland, Antonio, 28.
 Garrido, Eulogio, 33.
 Gibson, Percy, 28, 29, 30, 39, 139.
 Gœthe, 43.
 Gómez Carrillo, E., 24.
 Góngora, Luis de, 36.
 González, Carlos Alberto, 38.
 González Martínez, Enrique, 24.
 González-Prada, Alfredo, 28, 163.
 González-Prada, Manuel, 21, 22, 23, 24, 28, 29, 30, 44, 49, 163.
 Guillén, Alberto, 34, 35, 45, 237.

Gutiérrez, Juan María, 45.
Gutiérrez-Nájera, Manuel, 22.

Li

Llona, María Teresa, 38, 301.

H

Haya de la Torre, Víctor Raúl, 31, 33, 39, 41, 44, 197, 269.
Heine, Enrique, 36.
Hernández, José A., 41, 337.
Hernández, Julio A., 28, 33.
Herrera, Alejandro, 26.
Heysen, Luis E., 40.
Hidalgo, Alberto, 31, 32, 34, 35, 41, 44, 171, 203.
Hugo, Víctor, 43.
Huysmans, Ycris-Karl, 29.

J

Jammes, Francis, 25, 28.
Jiménez Borja, José, 40, 299.
Jiménez, Juan Ramón, 24, 25, 27, 105.

L

"Landa, Jaime" (ver: Ventura García Calderón), 25, 26, 27, 45, 111.
Lara Santillana, Pilar, 38.
Leconte de Lisle, 24.
Leguía Martínez, Germán, 21, 23.
Leopardi, Giacomo, 43.
Loayza, Luis Aurelio, 24.
López Albújar, Enrique, 23.
Lora, Juan José, 36, 37, 40, 43, 245.
Lora y Lora, José, 26, 117.
Lorrain, Jean, 29.
Lugones, Leopoldo, 24.
Luna Cartland, Guillermo, 38, 181.

M

Machado de Assis, 27.
Maeterlinck. Maurice, 27, 29.
Mamani, Inocencio, 41, 42, 45.
Mantilla, Víctor G., 21, 23.
Mariátegui, José Carlos, 31, 39, 40, 289.
Márquez, José Arnaldo, 23.
Martínez Luján, Domingo, 23, 83.
Marx, Karl, 43.
Melgar, Mariano, 30, 35.
Méndez Dorich, Rafael, 38, 45.
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 45.
Mercado, Guillermo, 34, 35, 40, 43, 251.
Merino Vigil, Juan M., 341.
Miró, César Alfredo, 37, 297.
Morales de Rivera, Renato, 26, 27, 145.
More, Ernesto, 255.
More, Federico, 28.
Moreno Jiménez, Manuel, 41, 343.
Mostajo, Francisco, 35.
Mujica, Nicanor, 45.
Musset, Alfredo de, 43.
"Myriam" (ver: María Wiesse), 32, 43, 283.

N

Nava, Dante, 38.
Navarro Neyra, Luis, 26, 27.
Nervo, Amado, 27, 32.
Núñez de Arce, Gaspar, 22.

O

Onís, Federico de, 59.
Oquendo de Amat, C., 37, 257.
Orrego, Antenor, 31, 33, 34, 40.

P

Palma, Clemente, 30.
Palma, Ricardo, 25, 29.
Parra del Riego, Juan, 32, 183.
Paz de Novoa, Carlos, 41, 42, 45.
Peña Barrenechea, Enrique, 39, 41, 303.
Peña Barrenechea, Ricardo, 36, 191.
Peralta, Alejandro, 31, 33, 42, 43, 44, 259.
Peralta, Arturo (ver: "Churata, Gamaliel"), 38, 43.
Pérez Reinoso, Ramiro, 36, 263.
Pérez Treviño, Américo, 265.
"Petrovic, Julián" (ver: Bolaños, Enrique), 37, 40, 269.
Piérola, Nicolás de, 22.
Poe, Edgard Allan, 43.
Polo, José Toribio, 45.
Portal, Magda, 25, 36, 37, 40, 43, 231, 271.
Puga de Lozada, Amalia, 85.
Proust, Marcel, 41, 43, 325.

R

Ramos, Angela, 40.
Recavarren Ulloa, Catalina, 37, 38, 39, 307.
Rilke, Rainer María, 26.
Rimbaud, Arthur, 22.
Robles, Alomia, 29.
Roca de Vergallo, Nicanor della, 24.
Rodenbach, Georges, 29.

Rodó, José Enrique, 22, 25.
Rodrigo, Luis de, 309.
Rodríguez, César Atahualpa, 31, 32, 193.
Rojas, Ricardo, 24.
Rojas Guerrero, Rosa María, 311.
Ruzo, Daniel, 36, 277.

S

Sabogal, José, 40, 283.
Salaverry, Carlos Augusto, 28.
Sandoval, Francis, 38, 45.
Sassone, Felipe, 26, 121.
Seoane, Manuel, 39, 40.
Silva, José Asunción, 22.
Soupault, Philippe, 43.
Spelucin, Alcides, 31, 33, 40, 44, 197.
Schiller, 43.
Shakespeare, 23.
"Stecchetti, Lorenz", 43.

T

Tarde, Gabriel, 33.
Tello, Julio C., 26.
Torres de Vidaurre, José, 43, 279.

U

Ulloa, Alberto, 28.
Ulloa, Gonzalo, 36.
Ureta, Alberto, 28, 149.

V

Valencia Guillermo, 24.
Valcárcel, Luis E., 33.
Valdelomar, Abraham, 28, 29, 31, 33, 41, 44, 155.

Valdizán, Hermilio, 26, 83.
Valle, Arnaldo del, 335.
Valle, Félix del, 28.
Valle Goicochea, Luis, 41, 42, 345.
Valle Inclán, Ramón del, 26.
Vallejo, César, 31, 32, 33, 34, 36, 203.
Varallanos, José, 40, 313.
Vargas Vila, J. M., 117.
Vásquez, Emilio, 349.
Vásquez, Carlos, 41, 42.
Vega, Anaximandro, 315.
Velázquez, José Luis, 40, 317.
Verhaeren, Emile, 27, 101.
Verlaine, Paul, 22, 24, 29.
Villa, Mario J., 351.
Villaespesa, Francisco, 24, 105.

Wiesse, Carlos, 283.
Wiesse, María (ver: "Myriam"). 36, 39, 70, 283.
Whitman, Walt, 32, 43.

X

Xammar, Luis Fabio, 41, 353.

Y

Yerovi, Leonidas N., 24, 25, 26, 30, 87.

Z

W

Zapata López, Eduardo, 31.
Zulen, Pedro, 30.
Zuleta de Aliaga, Carlos, 36.

Erratas advertidas:

Pág. 33, línea 1: donde dice: "*La generación de Puno y Cusco...*", debe decir: "*El grupo de Puno y Cusco...*"

Pág. 41, línea 24: donde dice: "*Eugenio Xammar*", debe decir: "*Luis Fabio Xammar*".

Pág. 49, linea 15: donde dice: "*Callao, 1915)*", debe decir: "*Callao, 1924)*".

1904

861.6308 S211



a 39001 0081202256

71-1

